This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

G868.T5
Se37d2
cop2

SEGALE

Del Campo Contrario

Digitized by Google

[redacted]

G868.73 SE37D2 LAC
COP.2

Se 37d2
Cop.2

LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY OF TEXAS

THE GENARO GARCÍA
COLLECTION

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

DEL CAMPO CONTRARIO

Anécdotas de

LA VIDA MUNDANA

escritas

Para las colegiatas de la Paz

por

ATENOGENES SEGALE

(Segunda Edición.)

MEXICO
José L. Vallejo S. en C.—Moderna Librería
Religiosa. San José el Real 3.
1903

206840

Digitized by Google

Propiedad asegurada conforme á la ley.

Tip. de la Comp. Edit. Cat., San Andrés, 8.

Digitized by Google

DEDICATORIA.

A las señoritas Colegialas del antiguo y real Colegio de San Ignacio, hoy "de la Paz."

HACE tiempo que deseaba escribir para vosotras un libro que fuese á la vez de entretenimiento y de sanas lecciones. Muchos días vacilé pensando en la forma del dicho libro, y al fin me he resuelto á daros una coleccioncilla de anécdotas que reunan lo ameno del relato á lo sustancioso de la doctrina.

Allá va, pues, este libro, cuyas narraciones os pintan algo de lo que es ese campo enemigo de la fé y la virtud, el mundo, con el cual ahora tenéis apenas contacto; pero con el cual tendreis que luchar en los días del porvenir. Cada vez que desde vuestra devota capilla, donde consagro algunas horas á trabajar por vuestras almas inexpertas, escucho vuestras locas vo-

Digitized by Google

ces de alegría y los rumores de vuestros juegos, me pongo á meditar en los años, que luego han de venir y parece que escucho como ecos de las risas, gritos y cantos, con que ahora atronáis los muros del Colegio, los sollozos y gemidos, las quejas y lamentaciones con que mañana llenaréis el recinto del futuro hogar. Y cada vez que os veo piadosas y recogiditas concurrir al oratorio y derramar preces y lágrimas con religiosa ternura ante la Imágen de la siempre Vírgen María ó delante de Jesús expuesto á vuestras adoraciones en el Sacramento, se va perdiendo mi alma entre muchas cavilaciones sobre la suerte venidera de vuestros sentimientos religiosos. Mi alma entonces traspasa la puertecita, que da á los claustros del Colegio, recorre sus galerías, arcadas y aposentos iluminados por los esplendores de un cielo abierto y despejado y por la luz serena y pura de la edad juvenil, y luego se va engolfando en el ruidoso mundo de allá afuera hasta asomarse con horror á ese vacío insondable, negro, tedioso de la indiferénca religiosa, que hoy el mundo lleva en sus entrañas. Entonces he

Digitized by Google

pensado en escribiros algunos trazos de ese abismo para que sepáis cuán horrible es y qué desventurados los que en él habitan y se ahogan en su ambiente mefítico y matador.

Vivís ahora en la ciudad de Dios, en el campo bendito que custodia Jehováh, en la comarca luminosa de Gesém y acampáis bajo las blancas tiendas de los que forman las tribus escogidas; pero más allá de los límites de este campo, hay otro más extenso, otra ciudad más populosa, *Enochia*, la que han fundado tenebrosa, podrida y soberbia los hijos de los hombres acaudillados por el príncipe de las tinieblas. Los que allá viven se burlan de nosotros que pasamos la vida llorando y creyendo; pero ellos no son felices, *el dolor y la desgracia alfombran su camino* y el abismo es su fin. De ese país maldito fueron traídas las leyendas de este libraco, aunque ni me fué menester ni pude ir á espigar á esa tierra, porque, gracias á Dios, nunca he hecho vida común ni trato con gente mundanal é impía; pero sobran tránsfugas, que por ventura se pasan de ese campo al nuestro con armas y bagajes, y de cuyos labios he

Digitized by Google

escuchado las narraciones que os trasmito y otras mil que pudiera contaros.

Leed, pues, este libro que escribí lo mejor que pude en el campo de batalla y con el papel sobre la rodilla, por decirlo así, y yo quedaré bien pagado con sólo que os haga pensar un poco ahora que casi no piensan los jóvenes. Con eso me bastaría, repito; pero á veces deseo que no sólo sea éste un libro para hoy, sino también para mañana. ¡Plegue á Dios así concedérmelo y que cuando la vida cambie de faz para vosotras y troqueis el Colegio por el hogar ó por la cátedra; cuando sustituyáis la gris blusita y parduzca falda del uniforme estudiantil por el bullicioso ropage de la señora de mundo ó por la tosca saya de la humilde madre de familia; todavía los cuentos de este libro os agraden y proporcionen lecciones de la experiencia y os causen los estremecimientos de un saludable horror al mundo de los descreídos y los pecadores y la conmoción generosa de la caridad por esos desdichados.

A. Segale.

Tacubaya, y Octubre de 1895.

Digitized by Google

ROSA-CRUZ.

I.

AQUELLA noche el P. Fernández, á quien solía visitar con frecuencia, me recibió en su propia alcoba. El mucho trabajo de la última cuaresma le había dejado achacoso y obligádole á guardar cama. Me habló como siempre de muchas cosas espirituales y sabrosísimas con aquel su estilo más impregnado de celestial y evangélico aroma cuando más había trabajado por Cristo. Pero aquella noche me distraía mucho de pensar en lo que él me iba diciendo un objeto raro, que desde mi entrada al aposento se había atraído mis curiosas miradas. De la mera cabeza del clavo que unía los pies del Crucifijo, pendiente sobre la cabecera del lecho, colgaba por medio de una cinta negra y roja un dije muy extraño. Era una cruz de Malta, que tenía por remate una rosa de brillantes y entrelazado á sus brazos un rodillo de pergamino

Digitized by Google

muy arrugado y lleno de manchas oscuras como de gotas de sangre envejecidas. Yo conocí desde luego que era aquella cruz un distintivo masónico, precisamente el que usan los caballeros Rosa--Cruz de las Logias y comprendí que tal objeto en tal sitio significaba toda una historia. El Padre advirtió que yo no quitaba los ojos del misterioso distintivo y me dijo sonriendo: Es un trofeo, si no de victoria, sí de venganza, que le he suspendido á mi Santo--Cristo. Es una reliquia y un recuerdo de cierta historia, que me impresionó mucho cuando fuí testigo de ella. Y, diciendo esto, desprendió el chisme aquel y me lo puso en las manos, en las cuales yo comencé á revolverlo é inspeccionarlo, sintiendo en torno de mi columna vertebral ese frío que causan los objetos misteriosos y terribles. El Padre Fernández me martirizó largo rato, poniendo á prueba mi curiosidad y dando respuestas evasivas á mis anciosas preguntas, hasta que cediendo á mis instancias, me contó el orígen de aquella prenda, la horrible aunque vulgar historia, que voy á referir en seguida.

Digitized by Google

II

En uno de los corredores del que fué convento de las Brígidas, convertido ahora en habitación de unos cuantos Padres Jesuitas, se paseaba con señales de impaciencia un hombre arropado en profusa capa española, con el alto sombrero de seda y el bastón de carey en la mano izquierda. Un farolillo con lámpara de petróleo, pues era de noche, fijo en la pared del claustro, iluminaba á ratos el semblante de aquel hombre, cuando pasaba frente al dicho farol; y podía verse entónces un rostro alargado y flacucho, de color cenceño, con bigotes exageradamente retorcidos con pomada húngara, con naríz larga y filosa, con frente harto estrecha coronada por un rizo enorme, por una ala de pichón, y en aquel semblante dos ojos tan negros como pequeños, dos pelotillas de azabache mal encajadas en tal figura.

Al fin un Padre, mal cobijado con balandrán, apareció por el extremo del corredor y encaminóse á la puertecilla de una de las habitaciones; el

Digitized by Google

hombre se apersonó con él, le dijo unas cuantas palabres casi en secreto y entraron ambos á la celda. Aquel hombre era Gustavo Adolfo Ruiz, pseudo-liberal, pseudo-político, pseudo diputado, verdadero calavera, semi-mason del grado 18 de la Lógia *Anáhuac* y genuino tipo de esos hombrecillos que ni son capaces de creer ni impíos de verdad, de convicción, insensatos, libertinos, orates del positivismo actual, esponjas esprimidas por todos los errores y todos los descarríos.

Gustavo Adolfo se iba á casar con Rosa María Quiñones, linda como su nombre, rica como Creso y casquivana como hay muchas: Por eso Gustavo había ido á. . . . . confesarse aquella noche, para llenar los requisitos de la Iglesia, ante la cual era costumbre imprescindible hacer lo que ellos llaman la ceremonia. Había escogido para el objeto un padre de la Compañía, no porque tuviese árduos negocios de conciencia que arreglar, que sí tenía, sino porque era más de tono, más propio de su talento y elevación científica (?) ir á contarle las primeras cuatro tonterías que se le viniesen

Digitized by Google

al chirúmen (él las llamaba con un sinónimo, que no puede escribirse, propio de su vocabulario usual entre amigos) á un célebre director de conciencias y no al vicario de la parroquia

Diez minutos después salía Gustavo Adolfo de aquella celda, llevando en la mano la papeleta de confusión y en la cara el gesto alegre del pícaro tonto, que acaba de salir de un mal paso y de engañarse á sí mismo.

III

La sala de la señora viuda de Quiñones se anegaba de luces y se enjambraba de gentecilla elegante. Era el matrimonio civil de Rosa. Las señoras llenaban el estradro charlando abigarradamente, las mamás hablaban de sus hijos elogiándolos con exageración, las solteras contaban noviazgos ó murmuraban de la familia Quiñones y del casamiento. En la antesala y en los pasillos cuchicheando fumaban y reían los hombres, dirigiendo á ratos á las mujeres del estrado miradas tan canallescas ó tan estúpidas que daban risa ó causaban asco. Rosa, vestida de

Digitized by Google

gros de color gris-perla, después de haberse dejado admirar de las amigas, platicaba confidencialmente con su amiga íntima Lupe Verduzco, á quien acababa de ver después de tres años de ausencia.

—Pero ¿no te impedirá las prácticas religiosas?—decía Lupe.

—No, si ya lo voy convirtiendo. Imagínate que hace tres meses que va á Misa de doce domíngo por domíngo.

—Sí, pero va á verte, porque tú vas allá.

—No lo creas: así atraemos á los hombres al buen camino.

—Y ¿ya se confesó?

—Anoche mismo y con el Padre Antonio, el jesuita que es tan progresista y tan sabio.

—No confío o mucho en esas confesiones, Aunque ahora se muestra manso, no te alucines, ya irá sacando las garras. Primero sopitas de miel y luego tragos de hiel; pero, en fin, es cosa hecha.

—Y que yo lo quiero mucho. ¡Ay! mujer, no seas pesimista. Yo espero mucho que lo acabaré de hacer al molde. Ya le regalé unos aretes de brillantes á la Purísima de la Madre Lu-

Digitized by Google

cecita, que es tan de moda y hace tantos milagros. Se la llevaron á casa de Don Juan Martínez el senador, cuando se estaba muriendo, y aunque no quiso confesarse, alcanzó la unción en sus últimos momentos.

—Que de nada le ha de haber servido, porque no estaba dispuesto. ¿Tú no sabes que Dios maldijo á los hebreos que se enlazaran ó unieran á sus hijas con maridos extranjeros é idólatras y que mandó apedrear á las mujeres que eso hicieran?

En este momento una vocecita armoniosa é indiscreta decía no lejos de las dos interlocutoras: ¿Que yo me case con mason? Primero muerta. Vaya si tenemos que padecer mamá y yo con mi hermano Rodolfo, que se ha vuelto descreído, y ya no deja paz en la casa. Era Lilí Contreras, la espiritual niña de cabellos blondos y tez de camelia, la *Caperuza roja,* como la llamaba Rosita Quiñones, que en aquel momento rehusaba un novio como Gustavo Adolfo, que de chanza le ofrecía su vecina.

—¿Qué dices, Lilí?—le preguntó Rosa volviéndose á ella.

—Que eres muy tonta, criatura, que

206840

Digitized by Google

eres muy tonta—fué á decirle al oído Lilí, levantándose con un salero y un candor que daba envidia.—Pero muy linda, agregó besándola estrepitosamente en la mejilla.

—Sí—continuó Lupe por su lado—Dios mandaba que muriera apedreada la que tuviera amores con enemigos de su religión.

—¡Ay! Rosa, que no vayas á ser apedreada, dijo Lilí haciéndole un cariño.

—Y ¿quién me ha de apedrear? boba, si eso que la beata de Lupe dice, es cosa de los judíos, ¿quién me había de apedrear?

—Pues, Dios, mujer, pues Dios—respondió la niña poniéndose muy triste y muy seria con esa seriedad de niño, que infunde tanto respeto.

Rosa palideció visiblemente: sentía acaso la presencia de un ser superior, que la amenazaba para el porvenir. Vamos, que la había amedrantado aquella Casandra bulliciosa y linda como un ángel del Ticiano.

En aquellos momentos se presentó en la sala el juez del Registro Civil, un viejo feote y estiradísimo, de anteojos con alambres de oro, y barba de

Digitized by Google

candado. Hizo el buen juez los preparativos necesarios, llamó ante sí á los novios y testigos, tosió dos veces, se dió mucho tono, ordenó á los presentes que se pusiesen de pié, *porque aquel acto era muy digno de todo respeto,* pues no era, como el matrimonio religioso, simple ceremonia, (dijo él) sino verdadera unión de transcendencia y efectos ante el Estado, que es todo. Vos—agregó—á ejercer el sacerdocio de la ley el nombre de la República. Al decir esto una risita mal comprimida resonó entre el silencio de los circunstantes é hizo que el señor Juez lanzara por sobre sus anteojos una mirada, que quiso ser fulmínea. Lilí Contreras, la pícara Caperuza encarnada, se apretaba con las manos sus carrillitos de azucena para contener la risa porque se acababa de imaginar al señor Juez vestido de sacerdote con casulla y todo y rodeada de su monumental esposa Doña Remedios y de sus seis hijos, a quienes Lilí conocia mucho, rollizos y obscuros de color como bolas de chorizo Extremeño.

Digitized by Google

IV

Tres días después *Muguet,* el cronista del periódico *El Intransigente,* del cual era redactor Gustavo Adolfo, publicaba una descripción opípara del casamiento religioso. Un *landau*—decía Muguet—tirado por dos caballos negros de *pura sangre* (!) enjaezados con los correspondientes ramos de azahar paró á la puerta del templo de Sta. Brígida á las once menos cuarto *a. m.* y de el bajó la desposada, que estaba elegantísima. El níveo ropaje, que engalanaba á Rosa, parecía tejido de alas de ángel y alas de abeja; á lo largo de la falda abullonada lucían muy costosas perlas. ¡En verdad que no tienen los jardines de nuestra mesa central Rosa mas gallarda que la Srita. Quiñones!—exclamamos al verla en todo el esplendor de su hermosura iluminada por los reflejos ruborosos de la antorcha de Himeneo. Dos pajecitos, dos *efebos* sostenían su luenga y pesada falda. Al entrar la desposada, ejecutó magistralmente la orquesta del Conservatorio la marcha nupcial de Mendelhsson, ese epitala-

Digitized by Google

mio tan clásico y tan aristocrático.

"Arrodillados los novios, de los cuales él vestía pantalón *crema* y levita *príncipe de Gales,* en mullidos cojines de púrpura, hizo las preguntas rituales, leyó *la epístola de San Pablo* (1). *escrita para esos casos* (!) y dió las bendiciones de arras y demás el Ilmo. X. En aquel instante la voz trémula de emoción de la desposada, el color de sus mejillas, *la mística luz,* que rodeaba su fisonomía, todo nos indicó que Rosa era supremamente feliz y evocamos las orientales notas del Cantar de los Cantares (*Muguet* no lo conocía sino de nombre) y la tragedia idílica de los amantes de Verona.

"Asistió al acto toda la *crema* de nuestra sociedad. Allí pudimos ver á (y aquí una lista enorme de señoras, señoritas y caballeros, con quienes *Muguet* se hombreaba solo en las columnas del periódico, hasta llegando á tutearlos.)"

Estos y otros muchos disparates escribió entonces el pobrecillo *Muguet;* lo que no dijo ni pudo decir fué que

(1) Así llaman los ignorantes, así á la exhortación del Ritual Toledano, que se lee por lo común á los contrayentes.

Digitized by Google

los asistentes á la celebración del Sacramento, *toda la crema,* como él los llamaba, charlaron, rieron y murmusia como paganos; y que Gustavo Adolfo Ruiz cometió un sacrilegio y Rosa Quiñones poco menos. Así llevaron los desposados al cáliz de la ira divina su óbolo de profanación, acompañados de un séquito digno y parangajes de las bendiciones que Dios enviaría sobre la familia que iban á formar.

V

Un día el P. Fernández subió al tranvía, que corre por el centro de la ciudad. El coche iba lleno y el buen Padre se acomodó lo mejor que pudo, de pie junto á la puertecilla. Pocos momentos después uno de los elegantes que iban sentados en los banquillos del tranvía, abrió cortesmente la portezuela para darle paso á álguien. Una dama entró vestida con mucho lujo y altanera como una palma real, mirando por sobre el ala al mundo entero. Vamos, una verdadera Juno. Era Rosa Quiñones. El Padre se apartó á un lado como un mendigo para dejar-

Digitized by Google

la paso; tres hombres se levantaron para cederla el asiento, que ella ocupó sin dignarse hacer ni una inclinación de cabeza. En ese momento una muchacha rubia, sencillamente elegante, que estaba sentada al otro extremo del coche, se levantó y le dijo al Padre Fernández:

—Padre, siéntese usted aquí.

—De ningun modo. Mil gracias. Estoy bien así.

—No, siéntese usted. A mí me darán el asiento muchos apénas me vean en pié, á usted no.

El Padre tuvo que aceptar y al instante un *lagartijo* de lentes inútiles dejó vacío su sitio para que lo ocupase la joven, que no era otra sino Lilí Contreras, la Carperuza encarnada. Tocóla en tal caso sentarse precisamente junto á Rosa, á quien hizo un saludo, del cual apenas obtuvo tal contestación que parecía de limosna. ¿Qué le iba sucediendo á Rosita? que su marido era casi ministro, porque era el adlátere de un ministro muy influyente en aquella época y ella cada vez más hermosa, rica y celebrada se había vuelto horriblemente soberbia.

Digitized by Google

El Padre Fernández al verla dijo para sí:

—¡Pobre mujer! no pasará mucho tiempo sin que se vea humillada; Dios abate á los soberbios.

VI

Rosa María Quiñones de Ruiz estaba en el apogeo de su grandeza. A sus cuantiosas rentas agregábanse no pocos bienes del Clero que su marido acababa de adjudicarse. En los pocos salones de nuestra ciudad pasaba por una de las mayores beldades y daba el tono en asuntos de moda. Los revisteros de bailes y tertulias la celebraban sin medida en ditirambos, que no quedaban sin recompensa.

Recuerdo que el bueno de *Muguet* hasta la llamó Venus Urania en una crónica apastillada que hizo de un baile de fantasía, al cual había asistido Rosa vestida de *Noche,* con ropas de negro tul atestadas de brillantes. Sus coches eran de ocho muelles, los caballos de sus cuadras de pura raza, y sus criados muchísimos y muy elegantes y gananciosos.

La vida doméstica de la Quiñones

Digitized by Google

no podía ser mas feliz. Su casa era un nido, pero nido de oropéndola ó de colibrí. Se ahogaba en delicias. Hasta su marido había dejado las calaveradas que de él se contaban antes y en aquella plena luna de miel parecía tener la fidelidad de un Píramo ó un Leandro y ser el modelo de los esposos.

En aquella atmósfera de felicidad se reía Rosa de los fatales pronósticos que la hacían sus amigas ultramontanas porque se casaba con un *sansculotte*. Vaya si estaban locas la mogigata de Lupe y la cándida Lilí cuando la decían que Dios manda apedrear á la que se casa con infiel.

Los pocos sentimientos cristianos de Rosa estaban narcotizados y medio muertos. ¿Cuando se es tan feliz quién se va á acordar de Dios? Por otra parte, Gustavo se oponía á que ella fuese al templo con frecuencia y era necesario complacerle, transingir con él, para que él á su vez cediese algunos palmos de terreno. Sin embargo, Rosa iba alguna vez al templo, vestida como para ir al teatro, con el poco usado rosario de coral ceñido á la muñeca y el devocionario de marfil en la mano,

Digitized by Google

rosario y libro comprados con el dinero que producían las fincas robadas á los frailes. Iba al templo á que la vieran y la alabaran, á hacer que se murieran de envidia las otras profanadoras cursis de iglesia y que se ralamieran los bigotes los sietemesinos, que se instalan á ver mujeres en los pórticos de los templos más concurridos. Hizo más Rosa por su religión: regaló á un templo una custodia de azófar, de esas que venden los mercaderes Barcelonetas, y logró por ese medio que un periódico conservador diera la noticia con todo este bombo: "La munificencia de la señora de Ruiz ha enriquecido á la Iglesia de ** con una primorosa custodia de oro maçizo. Estos son ejemplos que deben tener entre nuestras damas muchas imitadoras." Así se preparaba Rosa para las sagradas funciones de la maternidad.

VII

Rosa se fastidiaba horriblemente aquella noche; estaba sola, ni había venido visitas, ni Gustavo venía. Era la primera vez que daba el reloj las once sin que él regresara á casa desde

Digitized by Google

que se habían casado. Rosa espera impaciente con esa impaciencia desesperada de la rica que no sabe qué hacerse cuando está sola. Ella no tenía quehaceres domésticos en que entretenerse; había olvidado ó la fastidiaban las pocas labores mujeriles que había aprendido cuando soltera; por tercera vez se le había caído en la falda el novelón estrafalario que aquellos días estaba leyendo. ¡Dios mío! ¡qué aburrimiento! Gustavo no regresaba, ¡qué ingrato! ¿le habría sucedido algo! ¡qué miedo sólo pensarlo! no, él debía estar entretenido; pero ¿en qué?. . . . Rosa veía su relojito cuajado de brillantes á cada tres minutos, se paseaba por la sala, entreabría las vidrieras, se asomaba á las ventanas, estrujaba las plantas de sombra de las rinconeras, cogía y repasaba los chirimbolos de las mesitas, mordía las motas de su chal y no hallaba qué hacerse, nerviosa, excitada, febril en angustia é incertidumbre. Las doce campanadas del reloj vecino retumbaron en su corazón con ecos siniestros. Un rumor de pasos en la acera de la calle interrumpió el silencio; él debía ser. Rosa se asomó á la ventana. No, no era él, un hombre

Digitized by Google

pasaba de largo. Poco después oyó llamar fuertemente á una puerta. Debía ser Ruiz. Tampoco, el vecino de enfrente volvía de la zarzuela.

¿Qué era aquello de no venir su esposo? Sin duda una desgracia. ¿Lo habrían asesinado?

Un rocío de sangre salpicó la imaginación de Rosa con mil gotas que la quemaban como otras tantas chispas, y se echó en una butaca gimoteando como una chiquilla. No, si eso fuera, los muchachos amigos que tenía Ruiz en todas partes habrían venido á avisarla. Entónces ¿qué? ¿Volvía á las antiguas calaveradas? Una ola de lumbre subió arrasadora y tremenda al corazón de la muchacha. Rosa corrió á despertar á sus criados, los mandó en todas direcciones á buscar al señor.... todo en vano.

A la mañana Ruiz llegó á casa pálido y descompuesto. Sorprendióse de encontrar á su mujer en el corredor cansada de velar toda la noche, llena de dolor, con los ojos inyectados de sangre y la fisonomía estragada.

—Cómo, ¿no has dormido?—la dijo.

Digitized by Google

—Y ¿tienes cara de preguntármelo?

—Hija, si yo también he estado muriéndome de pena por tí. ¿No ves qué semblante traigo?

—Sí, muriéndote de pena y ¿me asesinas? ¡infiel!

—No, Rosa, no lo creas. Ya lo sabrás algún día. Es un secreto.—Y abrasándola por el cuello la condujo á su aposento.

Cuando estuvieron allí, Rosa, aún haciéndose la enojada, continuó:

—Si no me dices dóndo has estado, no vuelvo á hablarte en mi vida.

—Rosa, es un misterio que no puedo revelarte—repuso fingiéndose muy apurado.

—¡Ah! ¿tienes secretos para mí? Ya sé. . . . .

—No, mira, te lo diré, pero cállatelo siempre, siempre.—Y después de decir esto, bajó la vista Ruiz y tomando actitud de rapaz que confiesa un pecado agregó: Yo estoy afiliado á una logia masónica y anoche determinaron á última hora que tratásemos un asunto de suma importancia que nos entretuvo hasta ahora. Más no puedo decirte.

Digitized by Google

—¡Ay! quítate de eso cuanto antes, porque dicen que los masones toman venganza y matan, sí, matan.

—Ja, ja, ja, ¡qué candorosa eres! si las logias son asociaciones de beneficencia.

Con aquello quedó Rosa casi satisfecha por de pronto, aunque (y es excusado el decirlo) el garito, la taberna y otros sitios eran la triple logia, en que Ruiz volvía á trabajar con tanto empeño.

VIII

A esa noche siguieron otras en que Ruiz faltaba de su casa y en que Rosa sufría espantosamente. Un corazón; sobre todo si es desmoralizado y si la religión no atiza en él el fuego de un amor santo, se cansa pronto de amar un solo objeto, por bello que éste sea. Ruiz se había cansado de Rosa y vuelto á la vida de *variedades*, á que estaba acostumbrado. Venus, Baco y Birján entrelazados formaron entonces un verdadero tonel de las Danaides en que se iban perdiendo rápidamente la gran fortuna que Rosa había aportado al matrimonio y los mal adquiridos

Digitized by Google

bienes de Ruiz, formando un río de oro que se hundía en el abismo.

Una de tantas noches Rosa se bebió la última gota de paciencia que quedaba en su cáliz de matrimonio y resolvió hablarle á su marido con toda la dureza que se merecía. A la mañana siguiente lo mandó llamar y rompió de esta manera:

—No quiero que esta situación se prolongue. Sé que me has aborrecido y que te entretienes en jugar, en amar y en beber.

—Es mentira, te han engañado las beatas con quienes te he prohibido que trates, las amigas de tu madre: eso es todo.

—Yo trato con beatas tanto como tú los negocios masónicos. Sé cuanto haces en estas noches, que te ausen-ausentas.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Los libros de cuentas que he visto.

—¿Tú qué sabes de eso?

—Te voy á decir lo que sé. Envenenado mi corazón de sospechas, me dictó que fuera á ver los libros de tu administrador, y hallé en ellos exhorbitantes partidas de miles de pesos con

Digitized by Google

este destino: *regalos para mi esposa, alhajas para mi esposa;* y aunque no sé de cuentas. . . . . ¿en dónde están esos regalos?

—Has hecho muy mal en visar cuentas, que por ningún título te pertenecen. Yo soy el marido.

—Y yo la esposa. ¿Dices que no me pertenecen las cuentas del dinero de mi padre y de mi madre?

—Yo sabré lo que hago, tú cállate, no me mandas, no me he vendido á nadie.

—Si quieres dilapidar, tira lo que te robaste de los conventos, no lo que te dí de limosna cuando me casé, no lo permito.

Al oír esto Ruiz, fuera de sí levantó la mano y le dió una bofetada á su mujer. Esta palideció horriblemente hasta no quedarle en el rostro más color que la roja huella de la palma de Gustavo, crispó los puños, apretó los dientes, medio lanzó un *ay* y cayó desplomada en el pavimento.

Tal fué la primera cuenta de un rosario de disgustos intestinos, de golpes, de horrores, en aquel hogar. Rosa se quejó á sus parientes, mediaron ellos, Ruiz prometió enmienda cien

Digitized by Google

veces y siguió igual; y por el buen parecer. y por cuestiones políticas que ligaban al abuelo de Rosa con Gustavo Adolfo quedaron las cosas en el mismo estado.

Rosa tenía miedo cerval al escándalo, su amor propio no pasaba por que supiesen las gentes que se le había rebelado el corazón del marido, y por eso aparentaba contento. Supe que una vez que Ruiz le dió de bastonazos á Rosa y á la media hora salieron juntos en berlina, al paseo de la Reforma. Quien los veía pegaditos y silenciosos se imaginaba: ¡qué matrimonio tan lleno de amor y de ceremonia! Y en verdad levantábase entre los dos un muro invisible, sutil y muy fuerte de odio y de celos. Ya comenzaba á trascender en la sociedad el olor de las riñas conyugales de Rosa y Gustavo; pues aquella tade, de que iba yo hablando al pasar el coche de Ruiz junto al *break* que ocupaban las dos gemelas de Ramírez Aduna acompañadas esa vez por Lilí Contreras; Altagracia sonriendo con malicia le dijo á Lilí al oído: ya tendrás tú quien te dé de palos. Y la candorosa Caperucita sin haber visto á los consortes desavenidos

Digitized by Google

exclamó, levantando mucho su vocecita penetrante: Yo no tengo quien me pegue, tengo quien me bese, mi mamá, Rosa volvió involuntariamente la cabeza al oír aquello. Esa ironía de la inocencia la hizo sentir la reconcentrada amargura que sentirá un náufrago, que, reluchando en los extremos de la vida, ve la sonrisa del cielo ya limpio y el perfil halagiieño y primaveral de la costa á que no ha de arribar.

IX

Era ya la una de la mañana y Gustavo Adolfo perdía que era una lástima en el garito de la calle de M. En aquel momento, de codos sobre el tapete verde, inclinada la cabeza, dilatadas las pupilas, esperaba la venida de una sota á la cual había apostado cien pesos. Un criado de su casa, el criado de todas sus confianzas, un buen indio de treinta años, entró en la sala de juego y se colocó respetuosamente detrás de Ruiz, esperando coyuntura para comunicarle algo de importancia á juzgar por el afán que se leía en la acti-

Digitized by Google

tud y rostro del sirviente. Gustavo seguía ávido la sucesión de naipes que se deslizaban bajo la presión suavísima de la mano del *tallador*. Por fin, un siete de oros asomó su doble cabeza como riéndose con sarcasmo: era el contrario de la sota. Ruiz dijo una interjección repugnante y se puso lívido. Entónces el criado le habló con mucho respeto, volvió él la cabeza relampagueando de enojo y, reconociéndolo, estuvo á punto de cogerlo por los cabellos.

—¿Qué vienes á hacer aquí, estúpido?—gruñó Ruiz.

—La niña se ha puesto muy enferma.

—Pues llama al médico. ¿Qué tiene?

—Señor, urge que usted vaya.

Ruiz comprendió por la fisonomía del criado que algo muy importante ocurría y, esperezándose, salió de aquella casa.

Cuando Gustavo entró á la alcoba de Rosa, se acababa de retirar el facultativo, el peligro había pasado y se oían los vagidos de un infante.

—Mira, Gustavo—le dijo Rosa, al verlo llegar, y le señaló á su hijo que

Digitized by Google

se retorcía como una mariposa, recien abierto el capullo, entre los finos pañalitos de batista. El grito del amor paternal fué un *sésamo* que logró abrir la roca de aquel corazón recrudecido en el fuego innoble de las bacanales. Ruiz depuso el ceño acre de sus facciones y sacó del último escondrijo de su alma una especie de sonrisa de niño.

Este suceso volvió á atraer á Gustavo al lado de su esposa y abrió una tregua á las discordias del hogar y á la licencia en que vivía el marido. El niño, á pesar de las protestas de Lupe Verduzco y de las ironías dulcemente corrosivas de la Caperuza encarnada, (que habían venido á casa de Rosa benignamente, cuando en su enfermedad las hizo llamar) no se bautizó hasta los tres meses, porque antes no podía venir el padrino, que era un alto jefe de zona militar en la frontera. Aunque en la fuente del bautismo le dieron varios nombres de santos, á Rosa le parecieron feos y á Gustavo mogigatos y le agregaron al niño y dejaron por nombre único el estrambótico de Ivan.

Hubo con ocasión del bautizo una frasca carnavalesca en casa, y se re-

Digitized by Google

partieron medallas acuñadas al efecto y tarjetones con fleco de seda, alegorías salpicadas de polvo de vidrio que figuraba nieve, é impresas á varias tintas. Muchos de los concurrentes viriles llegaron al tercer período de la embriaguez.

X

Poco tiempo iba desde que aquel pajarillo retenía en el nido á Gustavo, y este acabó por romper los nuevos lazos de cariño que al hogar le ataban. Rosa entonces se refugió en el amor de su hijo y algunas gotas de consuelo rociaban ya en las noches solitarias su corazón atribulado. Fué Rosa casi una madre; y digo *casi*, porque no dejó de entregarle á la nodriza y de abandonarle muchas horas, todas las pérdidas que una mujer del mundo consagra á la vanidad, su ídolo indispensable. Mas cuando Rosa regresaba del paseo ó del sarao pedía á su hijo para darle muchos besos y hacerle muchas caricias. Y cuando su marido la dejaba sola, se entretenía con Ivan y dejaba caer sus lágrimas silenciosas sobre el rostro del niño (que pugnaba

Digitized by Google

torpemente por coger la cara de su madre) cuando Gustavo había reñido con ella y la había pegado.

Ivan fué creciendo en aquel ambiente de inmoralidad y discordia sin que nadie se encargase de infiltrarle las verdaderas ideas religiosas á tiempo. No hubo quien le vacunara el alma para precaverle del *virus* del siglo, que infestaba su hogar. Su pobre madre le puso á los nueve años en un colegio dirigido por eclesiásticos, porque decían que aquellos buenos padres corregían á los muchachos traviesos y sobre todo, porque le recibían de pupilo, y así el rapaz no daría guerra en casa. Pero Ivan salía de vacaciones dos meses por año y en aquellos dos meses se acababa lo poco que habían podido escribir en su alma orgullosa los padres del Colegio. En estos dos meses la asistencia asidua al teatro, la zarzuela y otras zarandajas, la unión con amiguitos pervertidos y en el íntimo trato con los criados, que ni la ausencia de su padre ni el descuido mundano de la madre podían evitar, fueron abriéndole los ojos al niño de un modo alarmante. Cuando Ivan tenía trece años, el Director del Colegio le notificó á Rosa con

Digitized by Google

mucha mesura y delicadeza que su hijo no podía continuar allí porque su permanencia en el establecimiento era inconveniente. Mas precisaba que el niño tuviese una carrera, y por eso Rosa le puso en una escuela nacional á seguir los estudios preparatorios para la abogacía.

Por aquella época Ivan Ruiz y Quiñones acabó de ver claro. Rosa quiso contener tardíamente con las prácticas religiosas los avances de la malicia en su niño. Quería llevarle á Misa los días festivos; pero él se escabullía de mil modos porque le era bien sabido que papá nunca iba á Misa. Urgíale la madre que se confesara por cuaresma, y él la engañaba, si ya sabía que papá nunca pensaba en confesión y aun le provocaba náuseas el oír hablar de eso. Se ocupaba, eso sí, en larguísimas conversaciones con el cochero y con el barbilampiño lacayuelo de su casa, conversaciones que no debían ser muy edificantes, pues las veces que su madre lo sorprendía en esos coloquios, se tornaba el rostro de Ivan rojo más que la grana.

Digitized by Google

XI

Rosa tenía aquella noche una angustia sofocante. Su hijo, su único bálsamo de consuelo no volvía á casa y... eran las diez de la noche. Rosa padecía un frío que la hacía tiritar; su hijo, el único calorcito de aquel hogar apagado casi, faltaba esa noche. Volvieron para la infeliz madre las inquietudes de las primeras noches en que el marido dejaba de venir á acompañarla. Volvió á escuchar, pegado el oído á los cristales de la ventana, los rumores de la calle, á pasearse incierta por los aposentos á media luz, á mirarlo y remirarlo todo con sublime avaricia de hallar á su hijo, como si pudiera estar escondido en algún mueble ó cachivache de la casa solitaria. El reloj vecino dió las once, con golpes terribles y macizos, que retumbaron en el corazón de Rosa, como en otra noche memorable. Iván no llegaba: las once campanadas le parecían á Rosa otras tantas repeticiones de un "no" categórico, que respondía á sus deseos de madre. ¿Habrán asesinado á mi Iván?—pensaba la de

Digitized by Google

Ruiz—ó ¿será como su padre? ¿Habrá una herencia de libertinaje, que pasa del padre al hijo? En la sombra de cada mueble que se diluía entre los pliegues de algún tapiz, creía ver dibujarse, por momentos, la figura de Ivan, unas veces pálida y sangrienta, otras risueña y gesticulando como un ebrio.

Alas doce, cansada de tanta zozobra, se dejó caer en un sillón, con tanta fuerza, como si quisiera despedir del pecho el corazón, cuyo peso la era insoportable; y se quedó unos minutos, como embrutecida ó aletargada. Por eso no pudo oir un silbido canallesco, que sonó en la calle, algo como una contraseña. A ese silbido se abrió el zaguán de la casa de Ruiz, lo más calladamente que fué posible, y entró Ivan, tropezó en el umbral, estuvo á punto de caer, ahogó una palabrota, subió la escalera con dificultad y metióse sigilosamente á su alcoba.

A poco, Rosa abrió los ojos, sobresaltada, había oido algo como la voz de Ivan; revolvió en torno la vista: todo era ilusión, nadie había hablado. La desalentada madre volvió á reco-

Digitized by Google

rrer las habitaciones, una á una, buscando el tesoro perdido.

Al entreabrir la puerta de la alcoba de Ivan, escuchó y pudo percibir el rumor de una respiración fatigosa. ¿Quién estaba ahí? Rosa tomó una palmatoria (que formaban un grupo de amorcitos muy festivos, amotinados sobre una concha, sosteniendo una vela de esperma) y alumbró la estancia. Ivan yacía atravesado en la cama no deshecha. El joven dormía profundamente. Sus cabellitos de color de castaña, se abrían en desorden, á ambos lados de la frente, tersa y blanca como una hoja de lís. Los grandes ojos cubiertos de sutiles párpados, orlados por las pestañas crespas y riquísimas, parecían dos emblemas de paz. Su boquita, sombreada por un bocillo tan suave como el vello de un melocotón, aquella boquita como una granada que se hiende de madura, desarmaba las iras más indomables.

—¡Aquí estás, Ivan!—exclamó Rosa, mirándole.—Oye ¡qué noche me has dado! Despierta, despierta. ¿Dónde estabas? Responde.—Y diciendo esto, lo sacudía, para espabilarlo. El muchacho, al fin, abrió los ojos, con

Digitized by Google

mucha pesadez, se los restregó con las dos manos, y dió un resoplido, que olía asquerosamente á alcohol.

Las gracias juveniles de su rostro eran la máscara inverosímil, de una alma leprosa y fea.—¿Qué has hecho, Ivan?—gritó Rosa levantando la voz llena de ira. El muchacho vencido de alcohol y de sueño se enderezó, balbució algo incoherente y dejóse caer pesadamente en la cama.

A esa noche siguieron muchas en que el hijo estaba ausente de la casa paterna. Llegó día en que ninguna alhaja, ningún objeto de valor estaba seguro en casa de Rosa. Ivan se lo rateaba todo para sufragar los gastos de su *calaveraje* incipiente. Hasta los objetos que entrañaban recuerdos muy sagrados para la señora de Ruiz, hasta su anillo nupcial y el rosario de perlas de su madre y el crucifijo de oro y marfil que habían tenido en la mano sus abuelos moribundos, todo era botín de la rapacidad de Ivan y todo iba á tener á la casa de préstamos. El mundo de la crápula se comía á grandes bocados el capital de Rosa por dos bocas insaciables, el padre y el hijo. Así llegó á ser la familia de Ruiz Qui-

Digitized by Google

ñones tipo de familias liberalescas digno de exhibirse en una exposición de sociología.

La infeliz madre no hallaba á quien volver los ojos. Cuando se quejó á su anciano abuelo del mal camino que llevaba Ivan, cuentan que el buen viejo se encogió de hombros y respondióla: Mujer, no seas exigente: los hombres deben correr el mundo. ¿Quieres que los muchachos comiencen por donde nosotros acabamos?

Entónces se acogió á la religión para que le enmendase al hijo; pero con tan poco tino y tan á deshora que discurrió mandar á su Ivan á fuerza á una casa de retiro espiritual á que hiciera los ejercicios. Lleváronle el mozo de confianza y el lacayo, después de haberle sacado medio borracho de una cantina, á la santa casa en coche simon; y el mozalbete pasó los nueve días renegando contra los frailes, á quienes los amigos le habían enseñado á odiar y al fin *para quitarse de cuentos* imitó á su padre: le dijo tres tonterías al confesor y comulgó sacrílegamente.

Excusado está el decir que Rosa recibió á su hijo con mucho agasajo y

Digitized by Google

habiéndole enflorado la alcoba; y también que Ivan siguió peor que antes. En virtud de lo cual, la señora de Ruiz declaró *ex-cathedra* que la religión era insuficiente en los tiempos modernos para reducir á los hijos de familia.

XII

Don Gustavo Adolfo Ruiz, viendo tan mermados los bienes de su esposa y á dos dedos de una quiebra, se hizo el propósito de trabajar, pero ¿en qué? En un empleo que fuese lucrativo y poco trabajoso. Habló para conseguirlo con un prócer muy influyente, que, conociendo á Ruiz, le propuso una comisión secreta, que dejaría pingües ganancias.

En la fronteriza aldea de San Jacinto vivían dos hombres acaudalados y de mucha influencia en las masas populares, hombres que llegaron á infundir serios temores al vacilante gobierno de la República.

Ambos pertenecían al numeroso gremio de malcontentos ambiciosos, que sólo esperan el momento oportuno para alzar bandera, formar facción y lanzarse á la guerra civil á esa langos-

Digitized by Google

ta política, que no ha cesado de causar males á nuestra desdichada patria. Ambos habían dado sus nombres á la secta fracmasónica; y hasta se decía que un *gran luminar* de las sociedades sacretas los andaba instigando á que levantasen el grito revolucionario contra los poderes establecidos.

Juan Santoyo y Alejandro Méndez eran esos hombre. El uno velludo como Esaú, lampiño el otro como Jacob; aquel era agricultor y éste abogado. Tiempo hacía que noche á noche se reunián los dos y conferenciaban hasta muy á deshora. Alguien decía haber visto un cargamento misterioso, que introducido de noche por el punto menos vigilado de la frontera, fué á parar á casa de Santoyo; y era fama que el tal cargamento contenía armas y municiones.

Todas estas cosas y otras mas habían llegado á noticias del Gobierno, quien tomó muy pronto sus medidas; es decir, la empresa de quitar de enmedio á los dos conspiradores.

Investido Ruiz de extraordinarias facultades, con pliegos reservados que expeditasen su acción, y llevando instrucciones secretas, salió de la capital,

Digitized by Google

rumbo al pueblecillo de San Jacinto. A Rosa, á los suyos y á cuantos hubieron conocimiento de su próxima partida les dijo que iba á negocios comerciales á Nueva York; y de este modo logró despistar aun á los más sagaces.

XIII

Decían los vecinos de San Jacinto que aquella noche fué la más horrorosa que en la vida habían visto; que los lobos aullaron en los alrededores del poblado con más atrevimiento que nunca; que el viento aulló mucho más en techos, puertas y ventanas; que los relámpagos se sucedieron sin interrupción; que se vieron en el cielo extrañas figuras de nubes, que bullentes y minaces se cernían sobre la aldea, y otras muchas consejas, como si la naturaleza toda se hubiera entretenido en hacerle añagazas al pueblo maldito de los conspiradores. La imaginación del que esto escribe nada sabe de cierto sobre esas maravillas, ocupada como estuvo en asistir á la *tenida blanca*, que en honor del caballero *Rosa-cruz*, Gustavo Adolfo Ruiz, recien venido de la Metrópoli, celebraron los

Digitized by Google

masonetes de San Jacinto. Porque es de saber que había mujeres *hijas de la viuda* en la tiera de Juan Santoyo. Reuniéronse, como iba diciendo, *ellos y ellas* á festejar á Ruiz, no sé si porque fuera *logia andrógina* la que allí existía, ó, porque, no estando muy fuertes en cuestiones rituales los de San Jacinto, lo creyeron oportuno; lo cierto del caso es que se reunieron y que el jaleo resultó sublime, igualmente digno de los festejadores y del festejado.

Dos docenas de sillas de cerezo con asientos de enea, tres lámparas de petróleo, pertenecientes á las casas consistoriales, un crómito bermejo que representaba á Don Benito Juárez, dos retratos litográficos de Hidalgo y Morelos, algunas escuadras y compases de papel dorado y plateado, muchos festones de pino y banderas de papel de china formaban en total el ornato y mobiliario de la sala de Alejandro Méndez trocada aquella noche en salón masónico.

Una murguilla clorótica tocó dizque la obertura de *Campanone*, Méndez pronunció un discursillo frenético en que hicieron el gasto los curas, la in-

Digitized by Google

tolerancia, el fanatismo, el retroceso con todos sus perendengues. Siguió un aplauso rotundo y acompasado como son de castañuelas.

Luego Juan Santoyo y otros cuatro hicieron pantomima con unos estoques mohosos y mellados que más parecían asadores que otra cosa. Ruiz peroró, estando en pie toda la concurrencia, y su oración (?) ¿para qué decirlo? fué el sempiterno almodrote liberal, el mismo platillo de siempre, que guisado con blasfemias, dislates y otros ingredientes, llega á las ignaras multitudes lugareñas después de haberse colado en los mil cedazos de mil cabezas estúpidas, que se van sucediendo en el monótono orbe de la incredulidad y del jacobinismo. El palmoteo y pataleo, los gritos y dianas que lo remataron no son para referidos por esta descolorida pluma.

Después, como era natural, empezaron el bailecito y los tragos reiterados. Durante ese tiempo, si Méndez, Santoyo y sus adláteres hubieran estado menos alegres, habrían notado que Ruiz se fijaba muy á menudo, con una insistencia que hacía cosquillas, en las ventanas (que daban á la calle y en

Digitized by Google

las cuales se aglomeraban los profanos de sombrero de palma y calzones blancos, ansiosos por ver los sagrados divertimientos de los iniciados) como si buscase allí á alguno cuya presencia le interesaba en demasía.

A las doce de la noche, cansados de saltar, sentáronse á la mesa y la gula en todas sus faces resplandeció como soberana, como deidad: Si las libaciones de los de San Jacinto hubieran sido menos frecuentes, habrían visto que el señor Rosa--cruz no bebía sino partes infinitesimales de las copas que le servían y que listamente se dejaba escurrir el resto por la barba y por el cuello de la camisa. Dos horas después la tinga estaba en su apogeo. Méndez discutía con Gustavo sobre política, hablando con lengua tropezadora y mascando el rabo de un cigarro puro. Santoyo, medio tendido en una silla, dirigiendo requiebros de ganapan á una *hermana*, que respondía en la logia al púdico nombre de *Melpómene*, se deshacía en miradas insolentes, asestadas desde sus nublados ojos de ebrio, desde enmedio de la opaca selva de barbas y cabellos que le adornaban la cara y la cabeza.

Digitized by Google

En tal instante á dos ó tres toses de Gustavo penetran al comedor diez hombres armados de rifles y machetes. Al son de las espuelas, que calzan, vuelven la cabeza algunos comensales. Ruiz se levanta de su asiento y con celeridad pasmosa saca el revóver del bolsillo del pantalón y dispara contra Méndez y contra Santoyo uno y dos pistoletazos. El abogado, herido en el pecho, se levantó para huir, presa de pavura, desencajado el semblante, descolorido como el mantel; pero uno de los que habían entrado le clavó un puñal por la espalda y cayó de boca sobre la mesa, echando bocanadas de sangre. Juan Santoyo, á quien le entró la bala por el cuello, rasgándole la arteria, soltó la mano de *Melpómene*, que con la diestra tenía agarrada, se fué hacia atrás con todo y silla y chocó en los ladrillos con ruido seco su cabezota de Olofernes peluda y sangrienta.

Desórden isdescriptible se apoderó de los concurrentes en aquellos instantes; desmayábanse las mujeres, los hombres requerían sus armas para defenderse ó para vengar á los muertos; quién lloraba, quién daba voces de

Digitized by Google

traición, socorro, los asesinos, quebrábanse vasos, rodaban sillas, volcábanse las mesas, se apagaban las luces, un terror pánico sobrecogía los ánimos no bien libres de los vapores del alcohol unos salían atropellándose, otros chocaban con las puertas; estos se tiraron por las ventanas, aquéllos montaron á caballo y partieron al galope. Y al fin de tanta confusión ni pareció la ronda ni la autoridad del lugarejo dió trazas de existir, y todo quedó en la casa del banquete sumergido en silencio sepulcral.

XIV

¡El solsticio de Verano! ¡Qué lujo, cuánta liberalidad desplegán cielo y tierra en México en esta época del año! Días muy largos, muchas horas de luz, auroras vestidas de regia púrpura, crepúsculos muy ricos de celajes dorados, mañanas en que el sol, satisfecho de andar rozando los carrillos del zodiaco derrocha sus dardos de diamante, campiñas muy verdes, nubes de profundas ondas, lluvias torrenciales, mil frutos rayanos en la sazón: todo eso y más copia de vida trae consigo el fin del Verano.

Digitized by Google

Gustavo Adolfo Ruiz, aquel solecillo del libertinaje, llegó á México entónces, de regreso de su próspera expedición al Norte y tuvo también su solsticio. Recibió felicitaciones. . . . no diré que de Dios, descoló zorras fenomenales, se anduvo de frasca sin parar pié, fué el héreo del día.

Los grandes fracmasones, los de verdad, se reunieron dos ó tres veces muy en reserva para discutir los sucesos de la frontera, que les habían sido notificados, y la *plancha* levantada en su tenebroso *taller* quedó en el mayor secreto. No sería sin embargo muy adversa al perturbador de la *tenida blanca* de San Jacito, pues que el día de San Juan Bautista asistieron al ritual festin en amable unión y compañía con los otros hermanos de la logia *Anáhuac*, incluso el mismísimo Ruiz. Ya á los postres de esa comilona un incidente turbó la fraternal alegría: el Sr. Ruiz fué víctima de un ataque cerebral muy violento. Todo el mundo creyó que era una congestión causada por lo mucho que había deglutido el caballero Rosa-Cruz. El pobre fué llevado á su domicilio en estado lastimoso. Y lo cierto del caso es que habiánle

Digitized by Google

dado á beber el *agua de San Jacobo*, en pena por la matanza de los *hermanos* fronterizos, segun el acuerdo de los altos dignatarios de la secta.

XV

Pasados algunos días y noches de indecisión y angustia, la pericia de los médicos y los solícitos cuidados de Rosa y sus amigos salvaron á Ruiz de la muerte, mas no de que por el resto de sus días quedase paralizado de las extremidades y reblandecido del cerebro, estúpido, completamente estúpido y por demás ciego. Rosa no tuvo la resignación suficiente para entregarse del todo al cuidado de aquél imbécil, con quien la ataba un vínculo que ella apénas nunca había comprendido. Se hizo la reflexión de que la era preciso distraerse, olvidar sus desgracias, interrumpir aquélla tensión de espíritu, en que la había puesto la enfermedad de su marido. Siguió, pues, asistiendo á bailes, tertulias, teatros y paseos casi tanto como antes; y dejaba al enfermo sumido en un sillón y guardado por los sirvientes de la casa.

Una de esas ocasiones estaba Ruiz

Digitized by Google

inmóvil en el sillón, arropadas las paralíticas piernas con una piel de oso y enguantadas las secas manos. El criado que lo guardaba había salido á retozar con sus compañeros y el enfermo tartamudeaba su eterno estribillo de *a. . . . ba. . . . ba ba, ... a. . ba ba . . . . ba. . . .* Aquella no era vida, era un guiñapo de existencia al cual se agarraba el alma de Ruiz, como un pulpo con sus tentáculos á los musgos de una roca submarina. Al verle Rosa ha dicho á veces que mejor *Dios se acordara de él.* Y aun es fama que la buena mujer ha rezado tres novenas seguidas á Santa Rita de Casia para que al fin descansara su Gustavo.

De pronto la espesa negrura, que embozaba las facultades mentales de Ruiz, se rasgó, como á veces un nubarrón de Estío se agirona y deja en claro una parte del cielo, y el infeliz pudo ver con la fantasía en la abertura de aquella noche un campo de sangre, rojo, muy rojo, estriado de cuajarones, y en él el tórax ensangrentado de Alejandro Méndez y la cabeza *holoférnica* de Santoyo que velluda y cruenta le hacía muecas y castañeteaba los dientes. Ruiz lanzó un grito muy gutural

Digitized by Google

y comprimido; su rostro se llenó de manchas de escarlata y rodó del sillón y comenzó á revolcarse en la alfombra convulso como un epiléptico. Media hora después volvió el sirviente encargado de vigilarle, le encontró tirado en el suelo, avisó á sus compañeros, vinieron ellos, trajeron luces, llevaron al paciente á su lecho y salieron en busca de la señora.

Cuando llegó Rosa encontróse á Gustavo rígido como un tronco y respirando con un ronquido particular. Entónces por primera vez acudió á la mente de Rosa una idea horrible y un temor súbito á su corazón: si se condenaba Ruiz, su antiguo amor, el padre de su hijo. . . . . ¿qué hacía ella? ¿qué hacía? Ante el pensamiento del infierno abierto para su marido Rosa se sintió muy pequeña, muy débil y necesitó de apoyo, de consejo, de álguien más piadoso que ella. Al punto mandó recado á Lupe y á Lilí para que vinieran con toda celeridad, porque urgía sobremanera su presencia en casa.

Digitized by Google

XVI

¿Qué negocios traía á la mañana siguiente la *Caperuza Roja,* que anduvo de aquí allá por partes muy distintas? A eso de las nueve bajó de su cupé á la puerta del Palacio Municipal, entró á ver al Sr. Gobernador del Distrito y salió poco después llevando un pliego misterioso. Luego fué á parar su coche frente á la Inspección de Policía núm. 5. Habló Lilí con el Inspector, mostróle una orden y el Comisario mandó en el acto cuatro agentes que estuvieran incondicionalmente á las órdenes de aquella señorita. Lilí les dió las señas de una casa y les dijo que la esperasen en ella. Pocos momentos después entraba Lilí Contreras á la sacristía del templo H preguntando por el P. Fernández. Un monacillo le indicó un reclinatorio en que arrodillado el Padre daba gracias después de haber celebrado Misa. La elegante joven esperó algunos minutos con visibles señales de impacencia. El Padre se levantó por fin.

—¿Qué desea usted? hija mía—la dijo con su habitual dulzura.

Digitized by Google

—Padre, vengo á darle una molestia muy grande, á pedirle que nos haga una caridad muy grande también—le dijo ella, acercándose y hablándole con ese respeto sencillo y sin afectación con que las personas deveras decentes, deveras piadosas hablan á los eclesiásticos. El Padre la miró con benignidad como diciendo: usted mande.

—Ha de saber usted Padre, que el marido de Rosita, ya sabe usted cuál, Gustavo, aquel Gustavo, se ha puesto muy grave—continuó la Caperuza moviendo con mucha gracia y viveza su escultural cabecita, arropada en el velo de seda que le circuía el rostro y prendíase bajo su barba de nieve como haciéndole un mongil.

El Padre hizo un signo de asentimiento.

—Yo le ruego á usted por el Sacratísimo Corazón de Jesús que valla á auxiliarlo.

—Pero ¿me dejarán entrar?—preguntó el Padre.—Porque sé que han ido algunos sacerdotes y ciertas personas les interceptaron el paso.

—Usted entrará, Padre, eso corre de mi cuenta.

Digitized by Google

—Voy en el acto.

—Yo estaré pendiente, pierda usted cuidado. Le dejo á usted el coche. Yo puedo correr y urge que usted vaya pronto.

—Iré en el tranvía.

—No, no, se queda el coche—dijo y después de haber besado muy respetuosamente la mano del sacerdote salió corriendo, llegó á casa de Ruiz en un santiamén y subió anhelando la escalera. En la antesala un grupo de hombres elegantes, unos seis, de torvos semblantes charlaban, fumaban y reían. Eran los *hermanos*, que habían venido á formar el *círculo de hierro* para que los *fraíles* no penetrasen á la alcoba del enfermo á arrebatarles su víctima. Al ver á Lilí se entreabrieron para dejarla pasar, ella les hizo una inclinación de cabeza y entró.

XVII

Corrieron diez minutos y presentáronse en la puerta el Padre Fernández y Lilí, que respetuosa le llevaba el sombrero y el bastón. Los *hermanos* al ver al Padre se hicieron un guiño malicioso y se colocaron junto á la puerta que comunicaba con la recámara del

Digitized by Google

enfermo. Lilí siguió su camino sin darse por entendida y platicando con él.

—Dispense usted, señorita—dijo entónces uno de los *hermanos,* el más resuelto.—El señor no puede entrar.

—¿Cuál señor?—preguntó Lilí.

—El que acompaña á usted.—

—¡Ah! ¿el Padre? Sí entrará.

—No, señorita, para impedir eso hemos venido.

—Pero es que en esta casa ustedes no son más que visitas y quien manda es Rosa y yo que la represento.

—Será, pero esa persona no entra.

Al oír esto la pícara Caperuza encarnada con agilidad de gacela corrió á abrir una puerta lateral.—Pasen ustedes—dijo. Cuatro gendarmes penetraron en la sala.

—En nombre del señor Gobernador del Distrito—agregó Lilí dirigiéndose á los masones—pasa el Padre.

Los *hijos de la viuda* se quedaron de una pieza. Los gendarmes formaron valla, levantando sus bastones á la altura de la visera, y por entre ellos pasaron á la alcoba el Padre Fernández y Lilí Contreras, que sonreía con una gracia. . . . .

Digitized by Google

Decididamente *el mundo es de las faldas y de las faldas*—como dijo el otro—de las faldas de los *frailes* y de las faldas de las mujeres.

XVIII

El enfermo había entrado en agonía. Yacía tendido boca arriba con la cabeza pesadamente reclinada en un cogín de *edredon*. La nariz se le había afilado en extremo, las cuencas de los ojos se habían hecho muy profundas y llenas de una tiniebla violácea, un sudor terroso bañaba su frente, las pupilas estaban inmóviles, el aire de la respiración gruñía en su garganta y silbaba en sus dientes, cuyos bordes empezaban á ennegrecerse.

Rosa al ver entrar el sacerdote corrió hacia él, diciéndole: Sálvelo usted por amor de Dios, que no se condene, sálvelo usted.—El Padre sonrió con amargura. Se acercó al moribundo, gritóle al oído algunas preguntas encaminadas á sondear el estado de su ánimo respecto á la penitencia; pero Ruiz no daba muestras de oir, Rosa gimoteaba, clavando de vez en cuando

Digitized by Google

en el rostro del agonizante una mirada ansiosa. Lilí arrodillada á los piés del lecho, rezaba con fervor en secreto. El Padre comenzó á recitar la recomendación del alma. Rosa á momentos se abalanzaba á coger febrilmente entre sus manos la cabeza, el pecho frío, las manos descarnadas de su marido.—¿Te arrepientes?—amor mío, ¿Verdad que estás contrito? chiquitín. ¿Verdad que eres bueno y que te vas á la gloria? Y luego volviéndose al Padre, le preguntaba como frenética: ¿Se condenará? ¿Usted me asegura que no se condenará? El Padre seguía rezando impasible.

De repente Lilí vió brillar un objeto en la cabecera de bronce dorado de la cama, corrió á desprenderlo y se lo entregó al sacerdote que lo guardó en el bolsillo de la sotana. Era la insignia masónica de Gustavo, una cruz de Malta pendiente de una rosa de brillantes. Rosa, que noto esto, abrió por su parte un cajoncillo secreto de la mesita de noche y sacó un manojo de documentos masónicos, entre otros un pergamino manchado de sangre, el diploma de Rosa-Cruz, que Alejandro Méndez llevaba en la cartera cuando

Digitized by Google

fué herido en San Jacinto, y también los puso en manos del Padre.

XIX

Una hora transcurrió y el Padre Fernández salió de la alcoba. Lupe Verduzco llevóse á Rosita á otras habitaciones. Lilí Contreras abrió de par en par las puertas de la recámara y les indicó á los del *círculo de hierro* que podían entrar: señalándoles el lecho mortuorio cubierto con una sábana en cuyos pliegues se advertían las formas rígidas del cadáver, les dijo: Ahí le tienen ustedes; se enjugó las lágrimas y marchóse de aquel sitio. Entonces pudo comenzar el festín de hienas; no era mas que carne muerta la que le entregaban á *la viuda.*

La sala de la señora Quiñones quedó á las dos horas convertida en *capilla ardiente,* como ellos dicen, con luces verdes y paños y símbolos de la hermandad. Los *hermanos* de los grados subalternos turnábanse para hacer la guardia con el estoque empuñado y fija la vista en su punta.

Dos detalles del duelo: *Muguet,* el antiguo cronista de EL INTRANSI-

Digitized by Google

GENTE, ahora diputado y académico correspondiente de la Real Academia Española por gracia de unos noveluchos impúdicos que escribió, dijo junto al sepulcro una oración fúnebre del género cargoso-encomiástico. Ivan regresó á su casa la noche del día en que murió su padre, y regresó andando en tanganillas, henchido de vino hasta los bigotes y á las doce dadas. No, nadie apedrea á la infeliz que da su mano á un enemigo de la religión cristiana, en que ella se ha criado. A Dios se le acabó la justicia y sólo le queda la misericordia.

Digitized by Google

Las educandas de S. Amor.

I

Tengo en mi poder un manuscrito hasta veinte fojas de papel rayado en cuadros, en cuyo frontis se lee ese título bien pendoleado con letra inglesa por mano de mujer, indiscutiblemente hábil en la escritura. Lo que dichos papeles contienen es algo como las memorias de una ex-colegiala; y el cómo vinieron á mis manos es muy sencillo. Dispensé poco ha los auxilios de la religión á una moribunda, que la caridad de cierta amiga, había recogido muy enferma y muy sola en la tierra. Murió á poco la infeliz, y la amiga, que la hospedaba, creyó conveniente remitirme todos los documentos hallados en el roto y desprovisto baúl de

Digitized by Google

la muerta. Eran papeles inútiles, cartas familiares, paquetitos de cartas amorosas, cuadernos garabateados de firmas en que se guardan flores secas y otras niñerías de la propia haya. Pero en una cajita forrada con pajas de colores, de esas que traen pañuelos de seda, me encontré el citado legajo. Comencé á leer con poca curiosidad, que fué creciendo á medida que avanzaba en la lectura, le guardé con cariño, le mostré á varios amigos, y todos opinaron que era una pieza extravagante y muy original, digna de ser conocida, porque es la historia de un colegio, que ni ha existido, ni existe en nuestro país, cuya existencia no se sabe por dónde pudiera haber llegado á noticias de aquella desventurada que poseía y sin duda había escrito el cuaderno, ya que la letra es idéntica á la de otros papeles que á todas luces fueron por ella escritos.

Con tal motivo, suscitáronse algunas discusiones entre esos amigos y yo. Controvertimos desde luego si las dichas páginas eran históricas ó novelescas, y, aunque al principio inclinóse la mayoría á esto último fundándose en que el plantel descrito en esas hojas

Digitized by Google

mas bien parece cosa de sueño molesto que escuela real; prevaleció al fin mi sentencia, según la que las *memorias* esas constituían, un cuento urdido sobre una trama histórica porque en verdad el profundo sentimiento, que brota y rebasa de algunos pasajes, indica haber mojado la pluma quien tal escribió en la amargura de sus propios recuerdos.

En lo que no pudimos avenirnos jamás fué en cuanto al autor de este manuscrito. Rehusaron los más admitir por autora á la joven enferma, en cuyo baúl se encontraron los papeles, porque, ellos decían, cierta robustez y nervio del estilo, el desenfado de algunos pasajes y finura de observación que por donde quiera está de relieve en el zarandeado manuscrito, no son de mujer. Así ellos creyeron que la tal historia era concepci6n y hechura de algún novio de aquella joven, que desocupado y de buen humor se lo habría hecho escribir al dictado ó copiar de borradores. Pero yo afirmo que esas, que ellos alegan, no son señales exclusivas de estilo varonil, porque muy desenfadado fué el modo de escribir de la Baronesa Dudevant, y Doña Emilia

Digitized by Google

Pardo peca de robusta en su fraseo; y si á calificar por el sabor del estilo vamos, más me inclino á asegurar que esas *Memorias* son obra femenina, por tal cual escepticismo alambicado, muy propio de mujer, que en ellas se trasluce y por la hipocresía melosa con que suele su autor escusarse cuando más hiere de filo, plantando un *yo no sé, quién sabe,* y mostrando mujeril tendencia á lavarse las manos en ciertos lances. Como fin de cuentas estoy por creer que todo el manuscrito es desahogo de una pobre histérica, que suelen tener las tales muy raros caprichos de fantasía; pues, si bien es seguro que la consabida muchacha murió de tisis, también está fuera de duda, como defendía uno de los amigos que es médico, que la histeria no es propiamente enfermedad, sino síntoma ó conjunto de síntomas de otra dolencia.

Sea de todo esto lo que fuere, no me toca más que transcribir el manuscrito sin que le falte una tilde, y, después de leerlo juzguen los lectores lo que les plazca, ó no juzguen nada, lo cual á mí, bien visto el negocio, me importa un cabello.

Digitized by Google

Hé aquí, pues, el texto del famoso legajo:

23 *de Marzo de* 1885.

Hoy acabo de entrar al colegio de San Amor, donde un diputado, que fué amigo de mi madre, me obtuvo un lugar de gracia. No es tan mala suerte para una huérfana como yo. ¡Bendita sea la caridad! El edificio del colegio es muy triste, parece que fué convento de mujeres, á quienes el gobierno echó de aquí. Por eso quizás tiene lo triste y lo glacial de un nido abandonado, del cual los rústicos arrojaron á los pajarillos. Como me arrancaron de mi casa todavía con mi vestidito empapado en las últimas lágrimas de mi madre, este encierro me parece la lobreguez más espantosa. ¿Cuándo saldré de él? ¡Dios mío! No permiten la salida sino tres días. . . . . por semana, del sábado hasta el martes, pero eso á las que tienen familias ó amigos influyentes, que las quieran mucho, y como yo. . . . no saldré sabe Dios hasta cuándo. Quisiera ir á visitar la tumba de mi madre. Quisiera también asistir á misa para rogarle á Dios por ella. Aquí no tenemos iglesia en uso; la que

Digitized by Google

había está convertida en bodega. El establecimiento es completamente laico. Me han matriculado en la clase de segundo año, aunque ya tengo catorce y creo saber mas que las que cursan el quinto de este plan de enseñanza. Todas las alumnas me miran de reojo como se hace siempre con las nuevas. Las hay muy alegres y vivarachas que atruenan todo el día los corredores con juegos, gritos y cantares. Otras son muy entonadas y bachilleras; muchas de estas usan espejuelos, creo que sin necesidad, porque se los desprenden de la nariz cuando tienen que ver algo que las importe. Por lo que he visto hoy, la aplicación de las colegialas no es mucha, á cada paso se forman corrillos de niñas, que charlan, riendo á las veces de un modo muy estraño y que se recatan cuando yo me acerco.

Me han llamado á la sala rectoral: quería conocerme un gran señor, á quien aquí llaman el *protector* del Colegio: no sé qué cargo será éste. Estaba sentado en un sillón de cuero cuando entré. Es un hombre de cincuenta años, gordo, muy gordo. Usa bigote larguísimo y entrecano, y sus cabellos

Digitized by Google

divididos en dos altos petes parecen alas de cuervo cubiertas de escarcha. Me vió con mucha fijeza, como clavando en mí sus ojos, que son amarillos y muy pequeños. Dicen que se llama Don Martín Casillas. Me habló de unas cosas que no entendí. Han de haber sido amonestaciones para que me porte bien Lo único que se me ha gravado en la memoria es una expresión que él repetía mucho: *la emancipación de la mujer*. ¿Qué será ello? Al despedirme el *protector* me hizo una caricia. Si mi madre lo hubiera visto, no la habría gustado, porque decía que ya estaba yo muy crecida para esas señales de afecto.

30 *de Marzo de* 1885.

Hoy me han quitado la ropilla de luto que traje de mi casa y me han hecho vestir el uniforme. ¡Qué horrible es! Se compone de falda azul, y corpiño rojo, muy encendido, con mangas perdidas. ¡Ay! si mas bien que traje de educandas, parece vestido de comparsas de *María Antonieta*. Salí con él toda encogiéndome, muy avergonzadita. Las burlas, que no han ce-

Digitized by Google

sado de lanzarme las compañeras, aumentaron con ese motivo. Me han puesto por apodo *la mosca muerta.* Aquí nadie escapa de llevar sobrenombre; con decir que al señor *Protector* le dicen *el gallo*. . . . Las cosas de religión, mi único consuelo,, por acá andan muy mal, entiendo que á los superiores les repugnan. Yo traía suspendido del cuello con una cadenita de plata un medallón de oro de Nuestra Señora de Guadalupe, regalo de mi madre el día de mi primera comunión. Al pasar por una galería el señor Protector llamóme y me dijo que ¿qué era aquello? que las sabias leyes de. . . . Reforma (me parece que dijo) prohibían toda manifestación del culto, que ahí se habían de observar, que me lo quitara en el acto. Y él mismo tuvo la amabilidad de ahorrarme el trabajo, me quitó el medallón' (¡mejor que hubiera quitado un pedazo del alma!) y exclamando que quedaba en depósito mientras yo salía del colegio, se lo guardó en el bolsillo.

A lo que veo las alumnas están completamente *secularizadas.* Al despertar por la mañana no se oye en los amplios dormitorios rumor alguno de

Digitized by Google

oraciones ni se ve que nadie haga la señal de la cruz; comienzan sí su charla sempiterna y el tiroteo de equívocos; imitan la garrulería con que los gorriones del vecino fresno reciben al alba. En las cabeceras de las camas no cuelgan imágenes de santos, ni cruces; en cambio algunas tienen retratos de caballeros: serán de algunos parientes.

Muchas leen á las horas de estudio y á las de recreo tomos enormes. ¡Qué libros tan sabios deben ser esos!—me decía yo al principio juzgando por el volúmen; pero ahora he visto que son novelas y se llaman: *El Conde de Monte--Cristo, Los Tres Mosqueteros, El Judío Errante, Los Misterios de París, etc., etc.*

Mi soledad crece cada día, porque no quiero tener amigas, me causan repugnancia. El otro día me introduje en un círculo de platicadoras y la conversación tomó un giro tan asqueroso y rodó por tales muladares, que instintivamente me retiré, poniéndome quizáz más roja que una fresa. ¿Eso será lo que Don Martín llamaba la *emancipación de la mujer?*

Antes de ayer me hicieron asistir por primera vez á la clase de gimna-

Digitized by Google

sia. Es un salón muy vasto, y aun *basto,* (como suelen escribir aquí esa palabra) y en él hay trapecios, argollas, barra fija, trampolín y otros chismes de funámbulos. Todos las niñas hicieron hábilmente ejercicios acrobáticos, yo me rehusé tercamente, me encapriché. Y me puse á llorar sin medida, lo cual me costó una reprimenda excepcional y un sermón sobre la obediencia, por supuesto sin textos de la Santa Escritura, y sí con muchas citas de un señor á quien llaman *Spencer,* y.. ....no hubo una madre que me defendiera. ¡Ay de la que es huérfana si cae en poder de la *libertad!*

Hay una cátedra que llaman de Lógica, que regentea un joven muy prendido, de cien alfileres, muy patarato, si he de juzgar por su modales. Yo no entiendo de qué trata. Solo pude comprender que habló muy mal (sería en alguna digresión) de los sacerdotes y los pintó como monstruos salidos de un charco ó del infierno. Yo lo estaba oyendo y veía en mi imaginación asomar el rostro del P. Angeles por entre su marco de cabellos blancos, del P. Angeles, del confesor de mi madre, aquel anciano de bondad angélica que

Digitized by Google

con tanta dulzura me reprendía y con tanta prudencia me enseñaba, preparándome para mi primera comunión. ¡Adios figuras venerables de otros días!

Ayer que fué sábado, el señor Protector nos dió una plática sobre *instrucción cívica*. Explicónos la justicia de la ley que prohibe las reuniones de hombres y de mujeres ligados con votos para servir a Dios. Se esfuerza mucho el buen señor. Hay que agradecérsele. Probó con muchas razones que no son tolerables los conventos de monjas. Una de las alumnas mas aventajadas propuso la dificultad de que, si no era lícito que se congregaran las mujeres religiosas para cumplir los votos ¿por qué se permitían unas casas, que dicen que hay, de mujeres malas? El señor Protector dijo muchas cosas para deshacer la objeción, y por fin, nos remitió al estudio de la *fisiología*, y todas aplaudieron estrepitosamente.

6 de Junio de 85.

¡Albricias! Y ¿quién me las dará? Ya tengo una amiga. Ya no estoy sola. Ha entrado al colegio la última nieta de la señora Marquesa de los Espinos.

Digitized by Google

Nuestras relaciones datan de muy atrás. Recuerdo que mi madre visitaba á la señora Marquesa hace siete años, á aquella señora, modelo de finas maneras y de virtudes. Apenas conservo algunos recuerdos de su persona. Su cabellera, completamente blanca, encanecida prematuramente, contrastaba mucho con su rostro lindo y fresco todavía. Parecíame una gran dama á la Luis XV, con el cabello enpolvado, de aquellas que yo había visto en las porcelanas de Sevres. Todo en ella era arístocrático: su familia, su porte, su hablar, sus virtudes. En su casa nos conocimos su nieta Lucía Mastelero y yo cuando éramos niñas de ocho años. Después de muerta la Marquesa, sus hijos vinieron á menos, y por esta razón, Lucía no ha tenido más recurso que ingresar á la escuela de San Amor. Desde el primer momento nos conocimos y no cesamos de andar juntas; su educación y su ánimo se parecían mucho á los míos. Ella también hecha de menos la religión. Nos reunimos á platicar de día, y por la noche en el ángulo más obscuro y apartado del colegio rezamos juntas algo, el rosario si nos dan tiempo. Con su presencia me

Digitized by Google

he envalentonado y me atreví á preguntarle á Luisa Vélez, una rubia muy elegante, cada cuando se confesaba. Una lluvia de cuchifletas fué la contestación, nos rociaron de insultos como acostumbran rociarse de saliva estas *radicales*. No sé en qué hubiera parado aquella mofa si no viene á distraer la atención de nuestras enemigas un lance que ellas dijeron chistosísimo. Una vigilante y una colegiala comenzaron á darse carrilladas al extremo del corredor en que estábmos, porque la una mandaba y la otra no quería obedecer.

12 *de Junio de* 85

Temo que no se pueda escribir en este papel mojado de las muchas lágrimas que lloro. La clase de gimnasia ha sido para mí un infierno. Cuando llegó su hora procuré esconderme para no asisitir; pero me fueron á sacar de mi escondite y me llevaron entre dos asida por los brazos. Ya la directora y el señor Protector me esperaban á la puerta de la cátedra. ¿Cómo—exclamó él—Usted resiste á obedecer las órdenes de los superiores? Es usted

Digitized by Google

una insubordinada. Ya se le impondrá un correctivo muy duro. Y luego, procurando dar á su voz una dulzura persuasiva, agregó:—Si es un ejercicio muy higiénico, sin el cual el desarrollo de la presente generación es imposible. Vamos, señor Profesor Cuyás,—añadió dirigiéndose al maestro de la asignatura—cure usted de sustos á esta señorita. Entónces el tal Cuyás me cogió sin miramiento alguno por la cintura y me levantó en vilo para que yo alcanzara á tomar dos argollas muy altas que pendían de las cuerdas. Yo me retorcí con cuanto esfuerzo pude por desasirme, pero aquellas manazas de hierro eran invencibles. (¿Dónde estabas, madre mía, que no acudiste en mi ayuda?) No hubo más recurso que ceder; me afiancé de las argollas y quedé balanceándome en el aire y sintiendo en el rostro algo como el resquemor de un cáustico.

—¡Bien! ¡bien!—exclamó el Protector. Las condiscípulas alineadas frente y detrás de mí me saludaban con sus risillas de pilluelo. ¿Cuánto tiempo iría á durar yo en aquella picota? En eso llegó á nuestros oídos el

Digitized by Google

canto de una muchacha que decía con voz fresca y robusta:

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tan graciosa belleza. . . .

Un movimiento de asombro sacudió á las alumnas y al Protector. ¿Quién cantaba aquello en aquel colegio¿ Era Lucía Mastelero. Alcancé á verla pegada al barandal de la galería alta. Seguía meciéndome yo en mis argollas y el airecillo piadoso seguía sonando.

—¡Bien! ¡bien!—decía el Protector, y se estremecía de vez en cuando como si le hiciesen cosquillas por detrás en el cogote, al escuchar la voz de Lucía.

—¿Quién canta?—preguntó por fin.

—Es una nueva, á quien no le obliga esta clase—respondió la Directora.

—Ya la haremos callar—dijo el Protector visiblemente enfadado.

—Mírame con compasión.
No me dejes, Madre mía....
No me dejes, Madre mía.
Madre mía, Madre mía.

Continuaba cantando la gemebunda voceeita de soprano de Lucía Mastelero.

Digitized by Google

El protector no pudo contenerse más; sus ojos amarillos y pequeños lucieron con torvo brillo, y dió media vuelta para salir en busca de la criminal, que osaba lastimarle con semejantes canciones.

En ese momento, yo, presa de mil impresiones varias, me sentí desfallecer, mis brazos se acalambraron, ví poblarse el aire de luceritos de colores en fondo verde obscuro, me desprendí de las argollas y perdí el sentido. Lo primero de que díme cuenta al recobrarle fué un dolor agudísimo en el pecho, como si me le hubieran majado con una piedra. Una colegiala me tenía en brazos, otra me rociaba la cara con agua fría. Y heme ahora, tendida en cama con un terrible golpe en el pecho, una luxación en el pie izquierdo y otro golpe más cruel en mi corazón, condenado á presenciar la muerte de su modestia.

22 de Junio 85.

Ahora que estoy enferma he sabido, de boca de la enfermera, la historia de este Colegio de San Amor. Un rico muy religioso dejó á su muerte un le-

Digitized by Google

gado de 500,000 pesos para que la Iglesia fundase con ellos escuelas católicas; no faltó quien denunciara ese legado; el fisco se incautó de él y el ministro de la Instrucción Pública pidió que se le adjudicara el medio millón para establecer un colegio tipo, eligiendo para el objeto el abandonado convento de San Amor. Don Martín Casillas, hombre acaudalado, probo y progresista, recibió el encargo de administrar esos dineros, fundar el colegio y regentearlo con el título de Protector, y *sin un duro de sueldo.* El fin principal que persiguen los institutores del colegio modelo, es librar á la mujer de inveteradas preocupaciones y formarle un espíritu libre y sereno, ilustrado y tolerante; pero hasta ahora, según dicho de la enfermera, no ha salido ninguna hija del colegio que haya terminado sus estudios: por lo cual puede afirmarse que el ideal de Don Martín Casillas y socios no pasa aún al mundo de las realidades.

Algunos ratos, ménos de los que yo quisiera, ha permanecido á mi lado Lucía, mi única amiga. Está apenada con un año de no salir á la calle por lo que cantó la malhadada lección de

Digitized by Google

gimnasia. La pobrecita llora mucho y comienza á hacer unos pucheritos que ni el cielo. . . . . ¡Qué piadosa es Lucía! Temo por su fé en esta casa de herejes. Y ¿por la mía? Me dan convulsiones cuando me ocurre lo que será de mí si esta situación se prolonga.

Ha venido á visitarme varias veces el Protector, y ha sido tan cortés que se ha sentado á conversar conmigo. Parece que se empeña mucho por mi salud. ¿Tendrá remordimientos porque fué la causa de mi enfermedad? Casi siempre que viene me trae regalos, como dulces y hasta cintas. Me habla con una vocecita endulzada que no sé de dónde saca. Sus mimos me hacen daño; podía guardarlos para Luisa Vélez, que al decir de todas es su consentida.

1 *de Julio de 85.*

Ya me permiten abandonar la cama y salir del aposento. Ahora que no tengo de asistir á las clases, me ocupo en recorrer todo el colegio. Ayer mañana nos introdujimos por una puertuca desvencijada á la vieja Capilla

Digitized by Google

Lucía y yo. Aquello está de no verse. Se le oprime á una el corazón de hallar tan desolado el lugar santo. Las paredes lloran humedad. Las bóvedas y los ángulos están tapizados de telarañas. El oro de los colaterales fué raspado por mandato del señor Protector, que lo vendió en polvo para beneficio del establecimiento. Las imágenes benditas aún se ven en algunos nichos, éstas descabezadas, aquellas cojas ó mancas: en la capucha de un San Francisco anidan los murciélagos. La mesa del altar mayor fué convertida años atrás en pesebre para los caballos de un guerrillero célebre. Todo el pavimento está cubierto de pardos enlamados y estorbos indecentes. Al saltar Lucía sobre unos tercios á que se había encaramado tropezó con algunas calaveras y fémures humanos. ¡Uy! qué miedo. Serán restos desenterrados de algunas monjas, de las dueñas de esta casa. ¡Pobres dueños cuando caen bajo la piqueta civilizadora de la libertad! Dejamos aquel sitio con horror y tristeza en el alma y bañadas de polvo hasta las cejas.

Me han hablado algunas condiscí-

Digitized by Google

pulas dándome el parabien con sorna porque he desbancado á Luisa Vélez. Les pregunté por qué lo decían, y una morena, muy cejijunta, que parece tener muy mal corazón y complacerse en humillar al mundo entero, me explicó que, como yo era tan hermosa, el Protector me prefería á Luisa que ántes era su dedo meñique. Y en efecto, noté que la señorita Vélez me miraba con mucho desdén y me zahería por quítame esas pajas. La infeliz estaba muy melancólica, con los ojos nublados como río revuelto. ¡Pobre! ¿Qué pasiones serán esas que causan tales estragos?

He vuelto al dormitorio dando vueltas en mi corazón á las dos cosas que me hicieron saber: primera, que el Protector me prefiere, y segunda, que soy hermosa. Lo uno me importa poco, más bien me enoja; lo otro me preocupa así así, y hace brotar en mi alma la fuente de un placer desconocido, fuente que mana y mana y no sé cómo restañarla. He consultado diez veces al espejo para ver si era cierto lo que dijeron, y su respuesta ha sido tan vaga como los antiguos oráculos de Delfos.

Digitized by Google

10 *de Julio de* 85.

Hace muchos días que apénas rezo. ¿Habré perdido la fé? No, todavía creo; pero este ambiente, este ambiente. . . . Mi piedad se va muriendo de asfixia. Tengo una cosa que me hace pensar todo el día y soñar toda la noche. Van tres veces que el Protector me habla á solas y me pregunta por el estado de mi corazón. ¿Qué le importa á él mi corazón ni qué sabe de corazones? ¡El estado de mi corazón! ¡Si supiera que él y su colegio me le han desgarrado cruelmente! Ayer se ocupó en hablarme difusamente de los ensueños de la adolescencia, de las primeras vaguedades eróticas. . . . . Me pintó la felicidad de la mujer que ama y es amada, que encuentra un hombre á medida de sus deseos, rico, generoso, leal, y tiene vestidos, joyas, carruajes, casas bien amuebladas, peinadora, criados, quintas apartadas y. . . . no me acuerdo qué más, todo con unos colores. . . que á él le parecieron que me daban ambición. . . y en verdad que me excitaban al sueño.

¿Qué será lo que por las pláticas de las compañeras me he figurado?

Digitized by Google

Aquí hablan muy mal, muy mal. ¡Ah! Los espíritus de los dos viejos de Susana han encarnado en éste.

Cuando acabé esta mañana de estar hablando con Don Martín, pasó junto á mí en la galería que vé al occidente Luisa Vélez, y me dirigió al pasar una frase que no he entendido: "Créete, mosca, créete que te acordarás de mí," y luego se alejó dando saltitos y cantando:

Aprended, flores de mí. . .
Lo que va de ayer á hoy.

15 *de Julio de* 85.

Ayer hubo fiesta en casa, la fiesta titular, porque hace años tomó la plebe de Francia la Bastilla. Que ¿qué nos importa la Bastilla ni la plebe de Francia á las educandas de San Amor? Dicen que mucho, porque el señor Protector creo que es francés ó algo así. El hecho es que la fiesta estuvo muy divertida. Se vistieron de fantasía para bailar despues de la comida muchas alumnas, casi todas de hombres. Luisa Vélez (yo la quiero á pesar de todo), estaba muy linda de Me-

Digitized by Google

Estófeles, toda vestida de rojo con mangas acuchilladas de negro, un capotito negro hasta la cintura, su espada de hoja de lata, y unos cuernitos rellenos de algodón.

La morena de la cejas juntas, Eglantina Soveron, iba de Príncipe Fritellini, Juana Romero de Pipo, otra de Bocaccio, otra de Mascota. Quien de América, quien de Manola. Esta de Hugonote, aquella de Margarita de Borgoña. Llamó la atención una Carlota Corday que no había más que ver. Yo no me quise vestir, ni tuve conqué, por no aceptar un traje alquilado que me ofrecía Don Martín Casillas.

En la mesa, como algunas son tan débiles de cabeza, hubo escenas nauseabundas, y brindis que no entendí, y gritos de ¡Viva la Revolución Francesa! ¡Viva el Protector! ¡Viva nuestro Colegio! A los postres se puso en pie Don Martín, que nos dispensó el honor de comer con nosotras, y dijo un brindis que me sacó los colores.

"Señoritas— dijo— incansables en nuestra loable tarea de emancipar á la mujer, espero de vosotras me ayudareis por cuantos medios estén á

Digitized by Google

vuestro alcance á desenredar enteramente á una de vuestras hermanas, que todavía se revuelve indecisa en la obscura red del ultramontanismo, en las mallas que con baba venenosa tejieron en torno de ella los enemigos y explotadores de la mujer. Supongo habreis entendido que se trata de la señorita. (Aquí mi nombre y las risas del concurso). Brindo, pues, por que ella arribe cuanto antes á la luz meridiana de la cultura y del progreso."

Todas aplaudieron, golpearon el suelo, vociferaron improperios, y yo me morí de vergiienza.

Después del baile, que duró hasta el anochecer, una Profesora y el *Príncipe Fritellino* se desgreñaron por asuntos particulares.

Se me olvidaba asentar que un fotógrafo, traído por el señor Protector, sacó retratos de las alumnas vestidas de fantasía. Anuncian que después serían exhibidas esas placas en un panorama, y que el Protector tiene contrata con una compañía manufacturera de cigarros para que usen dichas fotografías en las envolturas, todo en beneficio del establecimiento.

Digitized by Google

31 de Diciembre de 85.

En todo este tiempo no había tenido humor de escribir una letra. ¡Me pasan tantas cosas! Sobre todo, vivo en brazos de la pereza. No podía ménos, con tantas materias de estudio que nos echan á cuestas, no hay gana para estudiar ninguna, ni para hacer otra cosa. Ya le hago menos higas al Colegio de San Amor. Me voy conformando, ¿qué he de hacer?

Lucía Mastelero está muy cambiada, creo que yo también. La otra noche, que después de muchos meses de no hacerlo, nos pusimos á rezar el rosario, bostezamos de lo lindo y por fin no concluimos. ¡Qué devoción tan larga es el rosario! Hay otras más breves y más propias para las que tenemos una vida tan llena de luchas y de azares.

Acabo de comprender cuánto quiero á Lucía. La tarde de ayer que la encontré dándole caramelitos en la boca á Juana Romero, me sentí movida á arañarlas la cara. Esa Juana Romero es una cursi y una fastidiosa que me da cada enojo. . . . Ya se vé; cómo la

Digitized by Google

traen del brazo y la dan regalillos dos profesoras!

El Protector me sigue moliendo con ternezas. Me ha prometido que cuando termine mis estudios, será para mí un hermano. ¡Ay! qué hermano tan viejo. Entiendo que hay desproporción de edades.

Dos profesoras han llevado hoy una corajina hasta el grado de echar espumarajos y desmayarse, porque Juana Romero y otras no se pusieron en pie cuando ellas transitaban por la galería. Yo pensaba que estas alumnas estarían dispensadas de tal ceremonia, porque de esas profesoras son tan amigas que las tutean. Pronto las llevaron magnesia y bebidas cordiales; el amoniaco de la enfermera hizo prodigios y todo acabó felizmente.

5 de Febrero de 86.

Don Ricardo Flores, el que enseña Lógica, se ha vuelto muy bueno conmigo; á la hora de la clase se le nota la preferencia que para mí tiene. Cuando salimos, le acompaño hasta la puerta y él procura hacer ese camino lo más largo que puede, deteniéndose

Digitized by Google

á trechos para conversar conmigo de cosas muy interesantes. Yo le quiero bien, aunque es muy descreído y enemigo de la fe católica, y esto lo rebaja mucho á mis ojos. ¿Qué voy á hacer? Todos los mozos de la época son así. Todos adolecen del mismo mal por obra de los Colegios de hombres, que han de ser más heterodoxos que el nuestro.

Comienzo á sentir en mi alma no sé qué indecisos movimientos y una inquietud que no me explico. Me sucede á ratos quedarme con el pensamiento y el querer paralizados, como si se hubiera estancado el río de mi vida. En esos momentos no pienso en nada, ni nada deseo y fijo mis ojos en no sé qué punto del espacio sin ver cosa alguna. Si me hablan, respondo incoherencias ó no respondo. Otras veces va mi espíritu de una cosa á otra sin fijeza, y son sus movimientos como los de la hoja que ha empezado á amarillar y á secarse en la rama. Me paso largas horas siguiendo con la vista el curso de las nubes que en este cielo tan hermoso, ya se aceleran, ya se dilatan, se hacen ténues y se condensan. He gastado dos dias enteros en obser-

Digitized by Google

var á dos avecitas que fabricaban su nido en un chopo del huerto.

Acabo de leer una novela de Jorge Sand, *Leon Leoni,* que me prestó Eglantina. No la entiendo bien; pero me ha anegado en melancolía. Siente mi corazón honda simpatía por esa Julieta, la heroína de la novela; la quiero como si fuera mi hermana y desearía verla y platicar con ella muchas horas. Esa lectura me ha dejado unas ganas de llorar que por cualquier friolera ahí están las lágrimas.

Después de mis largos coloquios con el profesor Flores, cuando me ha dicho adios en el cancel, me voy corriendo y saltando como cervatilla; ignoro porque estoy tan contenta y late mi corazón como si en él pugnaran por volar dos alas, como las alas de una paloma que ha caído herida por el cazador entre el follaje.

Desde que trato al Sr. Flores, procuro componerme y aderezarme más que nunca. Me estrecho el corsé hasta sentir náuseas; por lo cual y porque no tengo apetito y la comida es insufrible, vivo casi sin comer. Cuando estoy con el Sr. Profesor de Lógica, sin darme cuenta de lo que hago, la ca-

Digitized by Google

beza se me menea, inclinándose de un lado á otro con cierto donaire, agitando los tembleques de oro que llevo en las orejas. ¿Será esto coquetería? Tal vez no, al fin es casi involuntario. Por lo menos yo no lo quiero resueltamente.

30 de Marzo de 86.

El Sr. Flores me ha hablado científicamente de muchos dogmas; y en efecto, á la luz de la ciencia no son tan claros ni tan ciertos como parecen. Me ha probado que los Jesuitas pretenden destruir la voluntad, que es lo más noble que hay en el hombre; y ya no los quiero. Me ha hablado de las indulgencias, del quemadero de la Inquisición, de un sabio italiano á quien carbonizaron porque sostenía que la tierra gira al rededor del sol. ¡Qué ardores padecería! Me trajo á enseñar una trenza de cabello chamuscada que aseguró era de una abrasada por el Santo Oficio. Le he oído disertar sobre la incapacidad de nuestras facultades para descubrir que Dios existe, y de que los Evangelios no fueron compuestos por los evangelistas, sino

Digitized by Google

por un tal Taciano ó por mano incógnita. Hame prestado por fin un libro de Pedro Larousse, que trata de todo eso. Cuando comencé á leerle sentía miedo á un ser desconocido, ahora ya le repaso con pocos escrúpulos. Pero al fin de todo, cuando reflexiono en lo que él me ha dicho y en lo que he estudiado, veo que se va haciendo noche en mi alma y me acometen accesos de pavura, como ántes cuando me quedaba sola en una habitación sin luz. Y cuando me doy cuenta de que ya dudo de mis antiguas creencias, mi corazón saborea un dejo muy amargo. El me dice con bizarra fraseología que *paso por las tinieblas del Gólgota para escalar el Tabor de la verdad.* ¿Qué tal será ese Tabor?

16 de Abril de 86.

Era mi secreto. Mi corazón le tenía tan guardado que no quería confiárselo ni á mi conciencia. Ya no puedo ocultármelo. Le amo, sí, le amo con todas mis fuerzas: esto sin duda es el amor. Pienso en Ricardo todo el día; de noche sueño con él. Si estoy en su presencia, no me atrevo á mirarle; si

Digitized by Google

está ausente, deseo con ansia verle. ¡Fuera misterios! Ya sé que le amo. Las veces que me he visto al espejo, advierto en mis ojos una nubecilla, sutil como el viento, parda como el crepúsculo. A la hora en que sus pasos suenan en el vestíbulo mi corazón late con ímpetu, anunciándome su llegada, como campanilla secreta. Durante la lección estoy ansiosa porque se acabe; cuando me despido de él en la puerta, me pongo triste; cuando está para irse le dirijo preguntas ociosas, vagas, baladíes, para retenerle un poco más.

Hoy se olvidó de traer su libro de texto, pidióme el mío; al punto que me lo devolvió, sin darme cuenta le entreabrí y ¡oh dicha! no estaba vacío, en él había una carta. Le cerré al instante. El no platicó conmigo según su costumbre, apénas me saludó y fuése. Volé á brir la esquela. La he leído y aun deletreado cien veces. Este es su contenido:

"En mi cáliz de agonía ha caído la primer gota de consuelo, ya que nos hemos comprendido. Me tocó abrir el alma de usted á la primera luz y al primer amor. (?) Si esto último es

Digitized by Google

verdad, mi vida no será como hasta aquí un páramo sin oasis. Hay almas que se completan en la evolución del universo á través del tiempo y el espacio. Sólo la de usted podrá integrar la mía."

Sí, sí, tiene razón. ¿Qué le contestaré? Ya he borroneado siete pliegos de papel y los he roto enfadada. ¿Quién es digna de escribirle á un caballero como éste? Creo que mañana tampoco traerá su libro y le prestaré el mío.

30 de Octubre de 87.

Ya no tengo ánimo de escribir en este cuaderno. Desde que tengo un confidente como Ricardo, me parecen amigas muy insípidas la pluma y estas hojas. Respecto á mis creencias religiosas todavía las lloro á ratitos, como que están vinculadas al recuerdo de mi madre. Pero, como dice Ricardo con mucha gracia, *las aves volaron*. Era preciso, no siempre han de vivir los pajarillos en el nido, cuyo destino es quedar vacío. Guardaba aún un resto de piedad, el amor á María, la madre de Jesús; pero Ricardo me lo ha quitado, como podía haberme robado

Digitized by Google

una flor que yo trajese prendida al corpiño. Me dijo que la Vírgen no era más que un ideal bellísimo, que en realidad no existe, como si dijéramos, el extracto de las más puras ideas, una concepción esforzada de la mente. Desde entonces mi Virgen ha palidecido. ¿Para qué quiero una idea si tengo realidades? ¡Adiós, figura luminosa de amor maternal y celeste, que yo amé en otros días! Blanco ensueño ¡adios! No puedo despedirme de tí sin darte una lágrima.

El libro de texto sigue siendo el intermediario de nuestra correspondencia. Todo sucede en el mayor sigilo. Si llegara á oídos del Sr. Protector, que aun se muestra tan amartelado conmigo, la verdad de los hechos, opino que me envenenaba. Leo y releo las cartas de Ricardo, y paso muchas horas bebiendo en ellas un néctar delicioso, como una sedienta sorbería las gotas que conservan en su hueco las hojas de las plantas después de la lluva, como el chupamirto liba la miel de las flores, suspenso en la fuerza de sus alas multicoloras en éxtasis aéreos: así está mi espíritu cuando las leo.

Necesitaba una amiga con quien

Digitized by Google

conferir mis impresiones. He escogido á Juana Romero, porque aunque es de mal carácter y corazón dañido, tiene un pecho seguro como una tumba. Ninguna otra podía servir para el objeto: Lupe Vélez me guarda rencor y tal vez se vengara; Lucía Mastelero es frívola y ligera como una mariposa y habladora como un papagallo.

Enero de 89.

Ha un año y meses que no tocaba estos papeles; ya se ve, estoy tan fuera de mí, vivo una vida tan exterior. Es cierto que las relaciones con Ricardo ya no son para mí el raudal de fruiciones inefables que al principio, pero se han convertido en necesidad imperiosa. Son como un venero que ya no mana tan constante, tan rico, tan impetuoso como el primer día; pero sigue manando, acaso más cristalino. Hoy vuelvo á mis *memorias,* porque he recibido nuevas impresiones, que es fuerza echar de mí.

Ayer salí con Lupe Vélez á visitar á una su amiga y comimos en su casa. La dicha amiga, Doña Tránsito, es

Digitized by Google

una monumental señora, gorda hasta la deformidad y picaresca hasta la otra banda. Habla, si es de vidas ajenas, como una taravilla. De sobremesa nos contó algo de su historia, y, aunque parece tener el corazón muy gastado, al recordar los días que fueron se transfiguró, se volvió sensible como una chiquilla y derramó algunas lágrimas.

Relató haber sido de una familia muy decente de Guadalajara. Eran tres hermanas, que quedaron huérfanas, tan hermosas que en la sociedad jalisciense todo el mundo las conocía por las *tres Gracias*. Su recogimiento y honestidad igualaban á su hermosura. Pero en mala hora un magnate liberal, alto, muy alto en el valimiento de los gobernantes, y cuyo nombre escuché con asombro, comenzó á hacerle la corte á Tránsito, la mayor de las *tres Gracias*. Tránsito no tenía más apoyo que su confesor, un santo sacerdote, que ahora es Obispo. Oí su nombre con admiración. ¡Ha mucho tiempo que no oía hablar de un clérigo así! Tránsito le comunicó todo á su confesor y él se cerró á la banda, y comenzó á confortar á la desvalida joven

Digitized by Google

para que rechazara las seducciones de aquel prepotente. Se entabló la lucha. El poderoso insistía; el sacerdote disuadía á la muchacha; el galán decía requiebros, el confesor verdades, el uno daba regalos, el otro consejos y la doncella se sostenía como plaza fuerte. El liberalón, acostumbrado á amorcillos venales y fáciles, se rascaba la cabeza, no atinando con el secreto talisman que tan fuerte hacía á la huérfana. Un día supo que todo era por arte del confesor. Al siguiente aquel Padre salía desterrado de Guadalajara por decreto del gobernador sin que le hubiesen dado tiempo para meterse al bolsillo la caja de rapé. Tránsito se halló de la noche á la mañana sin consejero, ni sosten, desorientada y débil, resistió algunos días más para caer en breve. Después. . . . fué una hoja de Otoño, que los aires de la vida llevaron sin derrota fija y al azar. Ahora que ha envejecido se mantiene de comprar y vender trajes elegantes, que desechan las aristócratas y adquieren las cursis, y acaso, acaso de proteger amores sin ventura.

Cuando volví al Colegio, aquel episodio del sacerdote, que defendía á la

Digitized by Google

huérfana y que los impíos quitaron de enmedio para que les dejase el campo, revolotea en mi fantasía como un mosquito taimado, que zumba y zumba, sin que se le pueda ahuyentar. ¡Los clérigos sirven para el bien de una! y los otros, los otros ¡hum!.

Doña Tránsito nos contó además, que el Protector visita á unas beatas aristocráticas y que ellas lo ponen á rezar y lo obligan á dejarse prender al pecho medallas milagrosas, y él se deja, como son tan ricas y no quiere perder su privanza con ellas. Se lo referí á Lucía y se río como epiléptica. A la hora en que Don Martín nos decía la semanaria prédica de *instrucióne cívica,* Lucía mascaba el pañuelo para no soltar la risotada: era que se imaginaba á D. Martín arrodilladito, con los brazos cruzados, hundida la barba en el pecho, cerrados los ojillos y cubierto de medallitas como Luis Onceno. Otra nueva: D. Martín es prestamista, usurero y muy usurero. Esa flor le faltaba al ramo.

A Ricardo se lo dije todo, y me vedó la amistad con Doña Tránsito.

Digitized by Google

15 de Julio de 90.

Ayer le jugamos una mala pasada al S. Protector, tan mala que aun me lamo los labios. Como fué nuestra fiesta, vino á comer con nosotras, procuramos embriagarle en la mesa y lo conseguimos sin grande esfuerzo. Después yo ideé que ejecutáramos con él una escena de *las alegres comadres de Windsor,* la del bosque. Lupe Vélez, Juana Romero, Lucía y otras iban vestidas de hadas. Yo que lo estaba de *Dama blanca,* le atraje á un salón bajo, que está abandonado y lleno de inmundicias. Con mil coqueterías le hice que se dejara atar las manos con listones, y le derribamos en tierra. Estaba el pobre en un estado. . . Luego danzando á su alrededor y cantando aquello de

Pinchadle una por una,
Por su villano intento,
Y en torno de él girando,
Quemadle sin piedad. . . .

le picoteamos con alfileres y le quemamos las barbas con las bujías, que nos servían para alumbrarnos en aquel antro. ¡Cómo reíamos con sus gestos! Nuestro *Falstaff* resultó delicioso. Le

Digitized by Google

dejamos por fin en el pavimento á que durmiese á su sabor. ¿Creerá que todo ha sido un sueño? Si no es así y se acuerda de quiénes éramos, le diremos que se nos trastornó el cerebro y no sabemos lo que hicimos.

¡Una noticia como un mundo! Lupe Vélez ha desaparecido, se fugó anoche del Colegio entre el ruido y alegrías de la fiesta y se cree, que hasta con el traje verde de hada, que le había prestado la Directora.

20 de Septiembre de 90.

¿Qué es esto? Ricardo me había regalado un prendedor muy artístico para que lo estrenase el 16, una águila mexicana de oro con ojitos de rubíes y *nopal* de esmeraldas. Le guardé en mi cajoncillo secreto, vengo, no hay nada. ¡Me lo han robado! Lo cual no es raro, porque aquí se roban desde los jabones hasta las alhajas. Pero sólo era conocido ¿quién? El secreto de esta cerradura solo era conocido de Juana Romero, mi confidente. ¿Ella sería? No puedo creerlo. Corro, escudriño todos los objetos que ella guarda. Ahí está el prendedor. Infame ladrona, me la pagará. Yo descubriré sus miserias. Vuelvo á decirle

Digitized by Google

á la Directora que Juana encubrió los amores de Lupe Vélez, amores que terminaron con la fuga, que ella la instigó á huirse. El incendio cunde, la denuncia que he hecho se propala por todo el Colegio, Profesoras y alumnas increpan á Juana, la improperan, la befan, la hacen llorar. ¡Estoy vengada!

¿Vengada? ¡Perdida! A las dos horas se presentan en mi cuarto Protector, Director, profesoras y alumnas con gran aparato judicial.—Abra usted el secreto de esa mesita de noche—me dice el Protector autoritativamente. Siento que el alma se me va, (debo haber abierto mucho los ojos y palidecido mucho.)—No puedo hablar.—¡Nunca! murmuro entre dientes.—Nosotros lo romperemos—dice el Protector. Lo veo descerrajar mi cajoncito, revolver mis objetos, hallar el puñado de cartas de Ricardo, todo como se ve un sueño fatal. Me arrojan una horrible injuria al rostro, se van y se las llevan. Juana Romero se ha vengado, yo me quedo blasfemando como una energúmena. ¿Qué será de mí?

Digitized by Google

29 de Septiembre de 90.

Ricardo no ha vuelto á su cátedra. Yo he procurado llorar sólo á hurtadillas, pero este corazón femenino me ha traicionado á veces y una granizada de insultos y reproches ha respondido á mis lágrimas. Me cuentan que Ricardo, avergonzado de que hayan descubierto nuestras relaciones, ha huido de la ciudad. A mi ver lo ha hecho más que por vergiienza, por temor á D. Martín que puede perjudicarlo mucho. Quedo, pues, sola á recibir todas las iras y todas las venganzas. ¿Qué será de mí? Mi inquietud es indiscutible. No puedo dormir un minuto. A la hora de comer si llego á tomar un bocado, se me atraganta, y lloro y todo se me va en llorar. ¡Oh, suerte de la mujer que nació para amar, aunque el amor la manche, aunque la asesine!

Desde el día en que me hallaron las cartas no he visto al Protector, ni quiero verle. No sé lo que me hará. Entre tanto todas se escandalizan de mí como fariseos. ¡Hipócritas! Huyen de mí como de una apestada. Cuento las horas que pasan como un

Digitized by Google

condenado á la pena capital. Mi historia se comenta corregida y aumentada en todos los ámbitos del colegio. Si yo pudiera cantar ahora, como Lucía cuando asistí á la clase de gimnasia:

Mírame con compasión,
No me dejes, Madre mía.

Ya no es tiempo. Esa *Madre mía* es un *ideal* desvanecido. En cambio, ¡cuánto me acuerdo de tí, madre que me diste el ser! Pero dicen que tú eres ya polvo y no más que polvo.

6 *de Octubre de* 90.

Heme aquí expulsada del Colegio de San Amor y en las cuatro esquinas como suele decirse. Estoy perdida, enteramente perdida. Ahora comprendo todo el mal que me hicieron en esa escuela infame. Tengo casi veinte años, pasé cinco de educanda y no sé dar una puntada, ni hacer apénas algo de labores domésticas. Seguí dos cursos de Francés y dos de Inglés y no sé decir más que unos cuántos nombres de modas y saludos y lo que debía gritarles todo el mundo á los educadores de San Amor: *Go to h.. . . .*

Digitized by Google

Estudié también Matemáticas, Física, Química, Historias natural, general y patria, Pedagogía, Derechos de todos, Política Sociología y qué sé yo. . . . y no tengo más que un caos en la inteligencia y otro en el corazón. Por añadidura estoy enferma de un mal incurable en el cuerpo y de otro en el alma. Hace en mí rápidos progresos la tuberculosis, adquirida como resultado de mi primera lección de gimnasia. Mi carencia de fé es absoluta, la mataron por completo mis maestros y amigos: por eso me siento languidecer horriblemente, mi nostalgía no tiene límites, mi alma vive en tinieblas y me voy aniquilando como sucedería con las plantas si el sol para siempre se extinguiera. Yo veo que hasta la mujer de un mendigo tiene toda la vida un hogar abierto, el templo una amiga cariñosa, la Vírgen María, un confidente eterno, Jesús Sacramentado. Yo estoy más pobre aún, ni templo, ni Vírgen, ni Jesús, porque no creo esta sí que es soledad, la de mi espíritu, éste sí que es desamparo.

No han corrido mejor suerte las que salieron de mi Colegio ántes de mí. A Lupe Vélez la ví pasar el otro día en

Digitized by Google

coche simón, acompañada de amigas, vestida de blanco, con zapatillas de razo azul bordadas de oro y el rostro embadurnado de pintura. ¡Pobre sér que entregaron á las fauces del abismo! la emanciparon enteramente.

Lucía Mastelero da clases y se dedica actualmente al *sport*. La otra mañana que para divertir mis tristezas y mi hambre salí á pasear por las afueras de la ciudad, la encontré vestida de abombado, calzón azul hasta la rodilla, con blusa roja y gorrillo de *jokey*, en una excelente bicicleta, veloz como un pájaro y liviana como el viento. ¡Oh! la nieta de la Marquesa de los Espinos, que era la modestia misma, que se enrojecía de vergüenza si la punta de sus chapines asomaba por la fimbria de su ropa, *batiendo el record*, á los más enjutos marimachos de Norteamérica. Estas cosas sólo las produce el colegio de San Amor.

A la vuelta del paseo ví á un niño pordiosero que besaba la mano de un sacerdote y se reía muy festivo con su harapienta madre, porque el eclesiástico le había dirigido una palabra cariñosa. Las lágrimas se me agolparon á los ojos. Sí, cuando ménos tengo fé

Digitized by Google

en una cosa, en la existencia del infierno; cuando una halla que viven impunemente, ricos, gloriosos y felices séres como D. Martín y sus satélites, que dañan y arruinan á las desvalidas muchachas que el hambre puso en sus manos, se siente precisada en creer que hay un infierno. Es necesario."

Digitized by Google

LAS DOS HERMANAS.

PARALELO.

Se llamaban Concha y Lina. Aquella era rubia, ésta morena; el día y la noche; pero la una fué un día de pasiones y tormentos, la otra una noche de sueño tranquilo y reparador. Cuando la mayor tenía quince años, separáronse para no volver á reunirse en la vida. Concha se fué á vivir en compañía de su abuela materna, una gran señora que la quería con predilección. Lina permaneció en casa de su madre, cuya fortuna era muy mediana. Concha comenzó á tener una vida inútil y frívola, inconsciente y ligera como un hilo de agua que borda la floresta, ya haciendo remansos, ya precipitándose en cascaditas, ora relamiendo tallos de flores, ora trocándose en encajes de espuma, sin saber su des-

Digitized by Google

tino, sin hallar su objeto. Lina creció con la vida suculenta de la mujer piadosa, como el arbusto bien cultivado, para el cual hay tiempo de ser podado y tiempo de florecer, que hinca primero sus raíces en la tierra, luego desarrolla su tronco, extiende sus ramas, engalánase de hojas, pompea con sus flores y madura el fruto. Concha, alentando en la fragante atmósfera de la adulación, llegó á ser muy pronto un Narciso femenino, enamorado de sí mismo, una de tantas devotas de la religión del espejo, que se arrodillan ante su propia imágen y la tributan el incienso de los perfumes, los trajes, las joyas, los carruajes y las diversiones. Lina en su apacible retiro, fué toda para los demás, amó á Dios, á su madre y á sus semejantes; su espejo fué la idea de Dios, tan limpia y bien halada que si la luz del día la toca se mancha. Y fué su corazón paloma que aprende á volar á tiempo, sin que la hayan sacado prematuramente del nido. Ambas tendían á la felicidad. ¿Ambas la encontraron?

Digitized by Google

LA MUNDANA.

I

El *combate de las flores* salió espléndido ese año. Desde las primeras horas de la mañana comenzó á transitar por la carrera de San Francisco muchedumbre extraordinaria y heterogénea de gente á pie, desde el almibarado lechuguino á la última moda hasta el boquiabierto payo. Otra multitud de coches y jinetes corría pronto por el medio de la calle: desde el ligero *tilbury* hasta la pesada calesa á la *Dawmont;* desde el estridente simoncillo de caballos fantasmas hasta el cupé brillante de fogosos bridones; y desde el *gentleman rider* dando sentones acompasados en su amojamada caballería hasta el opuesto *charro* de ancho sombrero galoneado y sonante botonadura de plata. Entre los coches adornados de flores, fantásticos algunos como combinaciones de kaleidoscopio, iba un landó abierto, trocado en sesta enorme tapizada de violetas y rosas blancas, que conducía á Concha

Digitized by Google

y á sus dos primas, vestidas, aquella de morado pálido, éstas de blanco. Concha estaba en el paraíso, lucir era para ella la suma felicidad. ¡Con qué satisfacción repartía miradas y sonrisitas á los balcones enflorados, desde los cuales cientos de ojos la veían! ¡Con qué estolidez olímpica recibió la lluvia de agasajos, de tiras de papel retorcidas y de flores deshechas, que al pasar bajo las ventanas del *Jockey-Club*, sobre su landó caer dejaron! ¡Con cuánta fruición sentía luego rodar el carruaje por la suave calzada de la Reforma! Allí en el término el castillo de Chapultepec amarilleaba de luz en medio de las opacas arboledas. Las ringleras de eucaliptos parecían entreabrirse para recibirla. Y aquel aire libre y oloroso á humedad y á resina, y aquel blando rechinar de las ruedas en la menuda arena, y aquella variedad de carruajes, de flores, de ropas y de fisonomías se precipitaban en su alma, atropellándose por entrar, como las aguas de un río en un boquerón abierto en mitad de su cauce. ¡Qué ansias tenía Concha de que el mundo entero fijase en ella su vista y su corazón! Y el mundo veía tantas cosas en

Digitized by Google

aquel paseo que apénas si alguno advertía la presencia de aquella joven. Ella esperaba que á la hora de repartir los premios, cuando les tocase la bandera blanca, signo del primero, que sin duda les tocaría, todas las miradas acabarían por converger á su carruaje. Mas ¡ay! llegó la hora. Junto á la estátua de Colón bajo una tienda rayada de azul y oro estaba el jurado calificador. Frente á ella desfilaban pausadamente los vehículos adornados. Y Concha vió con gran desengaño que entregaban la bandera blanca á un *mylord* sin más adorno que cuatro guías de camelias y cuatro flores humanas, cuatro muchachas no del todo lindas; pero, ya se ve, eran de la familia de los jurados. La amarilla, pensó Concha, el segundo premio será nuestro. ¡Oh desilusión! Un *faeton,* trocado en gruta de musgo y azáleas, dirigido por un célebre parásito de ciertos gobernantes arrancó luego tremolando la enseña de color de gualda. En ese momento adelantóse casi rozando el landó de Concha, un primoroso cesto de mimbres, tirado por cuatro jaquitas negras como la noche y con jaeces de color de lila. El cesto iba

Digitized by Google

entrelazado de azucenas de Orizaba y camelias de Coatepec, y en él un jovencito y un niño, vestidos de *hijos de Eduardo*. Era el mayorcito aquel joven rubio, de nariz aguileña y ojos muy claros, entenado de un banquero, aquel idólatra del *sport*, derrochador infatigable, que todos conocieron, y que se hacía llamar en esta venturosa república el condesito de Banyuls. Este, al pasar, arrojóle á Concha una camelia purpurina y corrió á tomar el estandarte azul del tercer premio, que ya en la puerta de la tienda le ofrecía su insolvente deudor y amigo, el último de los calificadores.

Apresuróse la joven á coger la flor y creo que sintióse algo consolada de no haber obtenido el tercer premio con lo que ella juzgaba el aplauso y la admiración del rubio doncelito. Por fin, que la *cesta* de rosas blancas y violetas, el landó de la señora Echeveste se quedó sin premio aquella tarde, ya fuese porque su dueña no gozaba de mucho influjo con los que discernían las recompensas, ya porque (según decía Concha), la mezquindad de su abuela no había permitido que la compostura saliese artística y

Digitized by Google

elegante. Pero más que la impresión de su vanidad aplastada, ocupó el ánimo de Concha el resto de la tarde la imágen del condesito de Banyuls, que ufano con el premio obtenido ó poco sensible, no volvió á hacer caso de la chica después de haberla tirado la camelia.

Al anochecer regresaba Concha con el alma magullada, con esa tristeza y excitación del que ha probado lo vacío de las vanidades, cuando cayó en su falda un ramo de miosotis y gardenias, llevando atado un billetito leve y oloroso. Se lo enviaba Ruben Hernández, aquel morenillo de ojos muy negros y bigote recortado, aquel pobretón y baldío, hjo de un político insignificante.

II

Ignoro si Concha de Echeveste se contentó de todos los disgustos padecidos en el *combate de las flores,* con la carta de Rubén; pero éste siguió rondando bajo los balcones de Concha. Advirtióle la abuela, habló mal del pretendiente, sin tasa, á solas y

Digitized by Google

delante de otros, en la mesa y en el estrado; y la nieta, caprichosa y holgazana, se emperró en corresponderle. México entera supo entonces aquel noviazgo desigual, porque ni ella ni él se recataron un punto, ella por darles en cara á los de su familia, él por hacer gala de su gloriosa conquista.

Juanito Velázquez, el sietemesino más charlatán de la esquina de la *Esmeralda,* hacía el juicio más exacto de aquel amante osado, diciéndoles una y cien veces á los amigos: "Ese Rubén es un novio imposible, no se cancen ustedes, imposible. En su figura es cursi, en su porvenir, no llega á empleadito, en su familia. . . . Un detalle que lo dibuja: tiene veintiseis años, y todavía le pide á su padre hasta para cigarros. Es un novio imposible. Esta Concha es una imbécil." Pero, á pesar de la imposibilidad y contra todo viento y marea iba pudiendo hacerse amar de la rica doncella y dándole á la abuelita cada rato que era una maldición de Dios.

Digitized by Google

III

Diez meses contaban las relaciones de Concha y Rubén, diez meses de largos coloquios por la ventana, en presencia de la multitud, diez meses de citas en el paseo, en el teatro y en el templo, diez meses de darse al diablo la cariñosa abuela y de que su bolsillo trasegado por mano de Concha sufragaba todos los gastos de Rubén Hernández. Esa noche la cita era en el *skating-rink,* á donde solía ir de vez en vez Conchita á patinar.

¿Conoces, lector, aquella sala con pavimento de madera lisa, encerada y radiante, donde van á resbalar los mozos festivos y las mozas desenvueltas calzados con extranjeras rodajas? Hay en ella estrados y graderías arrimados á las paredes para las mamás y los espectadores, gigantescos trozos de hielo con ramilletes de flores del tiempo en su interior, colgajos de hilos briscados que remedan escarcha y arcos de luz eléctrica y bombitas indandescentes que escupen manchones de reflejos en piso, hielo y techumbre. Esa noche muchas lindas aristócratas

Digitized by Google

resbalaban á más y mejor, Conchita, no muy diestra, iba y venía girando como una endemoniada, inclinando el cuerpecito á diestra y siniestra, sosteniéndose á veces con dificultad, apartando ó juntando sus esbeltos piecesillos. El conde de Banyuls allí andaba, rayando firmas, y letras con los patines en el suelo, ágil como una ilusión. Rubén Hernández, que ni sabía de patinar, ni podía exhibirse, arrinconado contemplaba á su ídolo. La vieja señora de Echeveste y otras como ella, charlaban, reían, se emocionaban, aplaudían en las butacas según las peripecias. En uno de tantos volteos Concha perdió el equilibrio, sintió escurrirse sus pies háçia atrás y buscó apoyo en el vacío. El condecito voló en su ayuda, por la cintura la tomó y la sostuvo. Ella muy pálida y falta de aliento, le dijo: *gracias, caballero,* y prosiguió la fiesta. A Rubén le dió ira aquella cortesía del rubio mozalbete; más tuvo que resignarse, pues tales sucesos son muy frecuentes y así va el uso. Muchas caen, muchos las levantan, unos por el brazo, otros abrazados, quién la aprieta á una las correas de los patines, quién la sacu-

Digitized by Google

de á otra la falda empolvada en la caída. Opino que de tales farándulas no han de salir muy bien librados la modestia y el pudor de una doncella. ¿No te parece, *lector cándido* (como te llamaban los antiguos escritores y editores en sus indispensables prólogos), que lo eres en realidad si llevas á tus hermanas ó á tus hijas á esos *skating* que Dios confunda?

De pronto un gritillo de mujer interrumpió las risotadas, que habían sucedido á la caída fenomenal de una pareja muy amorosa. ¿Qué era? Concha yacía en el piso, boca-abajo, y el condecito de Banyuls la asistía solícito. La abuela se levantó con trabajo por su extremada obesidad á ver qué había sucedido. Rubén no pudo contenerse, acercóse con timidez. Concha volvió pronto en sí en brazos del condecito. Se había hecho sangre y ¡oh dolor, oh pérdida irreparable! se había roto un diente de la mandíbula superior, el más gracioso de los que se le veían, al decir de Rubén.

Resultados: que un buen dentista ganó mucho en hacerle á Concha una orificación en el diente roto, y que Enrique Marot y Villafranca, conde de

Digitized by Google

Banyuls, hijo del Dr. Marot, médico francés, que en más felices tiempos enriqueció, por ser extranjero más que hábil facultativo, en este hospitalario país más propicio con los extraños que con los propios, y de una dama, á quien los maldicientes apellidaban *Ninon de Lenclós,* casada ahora en segundas nupcias con un banquero tan rico como imbécil, halló fácil entrada y pronto fué visitante semanario en casa de los Echeveste con motivo de lo sucedido en el salón de patinar.

IV

En ese tiempo un papel periódico, que era la presunción misma, convocó á un certámen de *bellezas,* ofreciendo por galardón á la que más votos obtuviese, una magnífica luna veneciana con marco al estilo del Renacimiento. Rubén Hernández entonces se dió á comprar ejemplares de aquel periódico, á recortar cupones, á llenarlos con el nombre de su adorada, calzándolos con distintas firmas y á remitirlos á la redacción, todo con los billetes de á cinco duros que Conchita le proporcio-

Digitized by Google

naba diariamente sonriendo con cierto airecillo de inteligencia. Pasaron treinta dias justos y la ilustre doncella Doña María de la Concepción Echeveste fué declarada por diez mil *votos* la más hermosa mujer de la gran Tenocxthitlan y recibió el prometido espejo, que no era tal luna veneciana sino un vidrio azogado de tres al cuarto, y su nombre y su imágen corrieron por el mercado como los de una *diva* de zarzuela, y ese mismo día la declaró su amor el condecito de Banyuls y casi en seguida fué mandado á paseo Rubén Hernández, que había puesto en la casa de préstamos hasta el reloj, el paragiias y el abrigo para comprar *votos de belleza.*

V

Enrique Marot y Villafranca á los dieciocho años pidióle á su madre como el hijo pródigo su legítima, se hizo habilitar de edad y se casó lujosísimamente con la señorita de Echeveste, para emprender una vida tan fastuosa que á nadie pudo antojársele. Aquello era dilapidar dinero. Vivían los dos

Digitized by Google

pichones en un nido palaciego que parecía soñado. Concha no hacía nada, enteramente nada, ni arreglarse una arruga del vestido; era la criatura más ociosa que la pobre tierra ha soportado. Tenían de vicio coches, caballos y sirvientes. Enrique había dado suelta á su manía nobiliaria: usaba el escudito del inverosímil condado de Banyuls en todos los carruajes, en el hebillaje de los arneses, en la vajilla, en. . . . hasta en la ropa blanca. Gastaba otra *manía* menos inocente, la de jugar á todas horas á todos los juegos de azar posibles é imaginables. A los cinco meses de matrimonio todos los bienes raíces de ambos consortes estaban grabados con formidables hipotecas; pero no había diversión en que no se viese á los recien casados radiantes de juventud, de petulancia y de joyas.

En el hogar andaba muy mal todo. Concha era de aquellas desventuradas olvidadizas é ignorantes de Dios á quienes puede repetirse lo que el divino Maestro dijo á cierta mujercilla: *¡si supieras el don de Dios*! En punto á moral yo se que la condesa de Banyuls tenía conversaciones de una per-

Digitized by Google

versidad trashumanante. La portera de su casa, que no rivalizaba precisamente en lo pudibunda con una Catalina de Vastena, solía decir: *lo que es la niña habla que da grima.* Sí, Concha con el casamiento había desenfrenado su lengua, se creía perfectamente libre en palabras, al fin era casada. Vestía de *piel de seda* y se perfumaba con *piel de España* (!) pero debajo de tanta *piel* y de tantos blasones de condesa, parecía haber venido de las *Atarazanas.* En punto á limpieza, la cosa caminaba igual. Si el ama de llaves y las recamareras no ponían remedio, la ropa sucia permanecía sobre los ricos sofás de *marroquí,* y el servicio de té lleno de resíduos en la mesa de la sala. Lo que es en lo hacendosa la condesita era peor que en el hablar. Aprendió á tirar las medias que se quitaba, al desvan y á llamar á los criados con pestes. Solía beber copitas de *marraschino* y firmaba: *zondeca de Vanllules.*

Digitized by Google

VI

En la calzada, que conducía á la plaza de Toros, que de Colón llevó el nombre, hormigueaba la gente de á pie, los *charros* á caballo y los elegantes en coches de paseo, todo el mundo riendo y hablando con rara animación y llevando escrito en el semblante el loco entusiásmo de los que van á ver las fiestas de toros. Allá iba, dejando atrás á los otros vehículos, abriéndose paso, á medio atropellar, en los grupos de á pié, un descubierto *faetón* tirado por cuatro alazanes ingleses y lleno de la gentecilla más loca y elegante que en México se ha visto. Manejaba las riendas una muchacha rubia vestida de color de salmón con anchísimos y flotantes lazos de color de hoja seca. Sentábase á su lado un caballerito de cortas patillas rubias y detrás en las banquetas un montón de troneras bien vestidos y chisgarabises. No había más que echar ojo á la portezuela de atrás y el pintado blason de *Banyuls* decía á gritos vanidosos que allí iban Concha, su maridito y sus amigos. Los que le acompañaban esa

Digitized by Google

tarde eran los tres hijos de un abogadillo sin pleitos, tan pobres como empeñosos por ser contados entre los calaveras más aristocráticos y gastadores, para lo cual habían escogido como medio eficaz el ser parásitos inseparables del pródigo condecito de Banyuls.

Dentro del círculo, dvidido en dos semicírculos, uno de parda sombra, otro de claro sol, la muchedumbre ostentaba sus colores varios como los de un reptil venenoso que se enrosca á orillas de un camino, y hacía sonar sus rumores revueltos como de selva herida por el huracán. En la tendida gradería del sol brillaban los blancos é insuficientes vestidos y los anchos sombreros de palma de los plebeyos, las ropas de chillones colores de las mujeres que resaltaban como manchas obscuras los trajecillos cursis y deslustrados de los *rotos*. Junto á la barrerá de sombra una fila de mujercillas españolas (de esas que nuestra antigua Metrópoli deja venir entre celemines de horteras y toreros en las sentinas de sus trasatlánticos, como basura que se arroja al muladar) lucían su impudor, tendidos sobre el ba-

Digitized by Google

rrote delantero los clásicos mantones blancos floreados de vivos colores. Y detrás mofletudos comerciantes, satisfechos capitalistas, jóvenes de la mejor clase y holgazanes incoloros llenaban las gradas, sin que faltasen señoras y señoritas decentes á cuatro pasos de las meretrices. En los palcos de arquitectura arabesca pintados de amarillo iban apareciendo familias muy conocidas; y ese movimiento y ese rumor que precede á las funciones de toros inundaban los ámbitos del coso. Quien zanqueaba los peldaños del tendido en busca de un lugar vacío, quién caminaba tras la valla para ir á saludar á un amigo; uno golpeaba con roten las tablas, otro comía fruta; éste se limpiaba la frente con el pañuelo, aquél se hacía lenguas de la bravura de las reses por lidiarse. Y se aspiraba el húmedo olor de la arena recien regada y se oía el zumbido sordo de tantas pláticas interrumpido á veces por gritos de impaciencia ó por chistes de mal género.

El condecito de Banyuls apareció en su palco seguido de su mujer y sus pitanceros. Las ramerillas españolas se guiñaron maliciosamente los ojos y

Digitized by Google

hubo alguna que lo saludó con la mano como á viejo conocido. Dos aristócratas que fumaban y reían en el sitio de los jinetes comenzaron á murmurar si aun tendría Enrique con qué pagar los billetes de entrada, porque era público que sus negocios andaban pésimamente. En esto asomó en el palco presidencial el señor Juez de plaza, el padrastro de Enrique, acogido por la muchedumbre con ese ruido que yo no sé á punto fijo si es de aplauso ó de irrisión.

Poco después salía por la puerta de la cuadrilla un alguacil vestido á la antigua usanza, cabalgando en zaino potro andaluz, que haciendo corbetas y escupiendo espuma lució por todo el redondel, su más famoso paseo. Acercóse al palco del Juez, pidió la venia y la llave, que atada con un moño de púrpura y gualda le arrojaron y cogió al viento con limpia destreza, y partió al galope ágil y donairoso al son del general palmoteo. La banda musical de los *granujas corrigendos* comenzó á tocar una transcripción de Cármen, llevando el compás con golpes diversos cinco mil espectadores. La cuadrilla entró al redondel, mar-

Digitized by Google

chando con todo el garbo y salero que en Triana suele gastarse. Venían de á tres en fondo los estoqueadores y banderilleros atestados de lentejuelas y alamares y con las capas terciadas airosamente á su modo; en seguida los picadores, cuyos pantalones de ante, chaquetillas cubiertas de motas y rapacejos y combos y adornados sombreros hacían contraste con la flacura y enfermedad de sus rocines, y al fin las mulas embanderadas para arrastrar á los animales muertos y los mozos de plaza con sus vestidos de abigarrado mico. Agitando las monteras al aire saludaron al Presidente y al público y se distribuyeron por la periferia del coso.

Sonó el redoble de la corneta, se abrió el toril y, agitando los airones de la moña negra y colorada que acababan de elevarle, saltó á la arena el primer toro, negro como el carbón y cuyo rizo testuz y cerviguillo amoratado y rugoso indicaban su bravura y potencia. El primer matador (aquel Mazantini *tendencióso* chulo español que admiraron los mexicanos por gran precio), le quitó la moña á la fiera con una gracia que se derramaba y se la

Digitized by Google

mandó regalar á la Condesa de Banyuls, de cuyo esposo era íntimo amigo. Concha se sacó del dedo una sortija de brillantes y se la arrojó al espada. Al ver aquel lance un hombrecillo muy obeso de antiparras azules que estaba en el escaño inmediato, rechinó los dientes y lanzó un gañido inexplicable. Las turbas aplaudían. El torero con tres ó cuatro capeos elegantísimos y muy correctos le gastó la ligereza á la res. Ya los picadores la esperaban formando grupitos junto á la barrera con los peones, que meneando la capa atraían al cornúpeto. Se paró éste un instante, miró con asombro á los jinetes, rascó la arena con las pezuñas delanteras, olió el suelo, quedóse como indeciso, moviendo lentamente la cola y mosqueando alternativamente con las orejas y se arrancó de repente con fuerza de titan. Recibióle la punta de la pica, hiriéndole en el morrillo, saltó un chorrito de sangre, y, no bastando ni el esfuerzo del jinete ni la dureza del castigo á contener su ímpetu, atravesó con el cuerno derecho el caparazón, enganchó al jamelgo, y volcándole siguió su carrera con el asta ensangrentada, entre pe-

Digitized by Google

queñas nubes de polvo. El caballo herido rodó, embrocando en la arena la húmeda masa de sus intestinos con un charco de sangre y el picador cayó como cuerpo muerto, sonando su armadura contra las tablas de la valla. Concha aplaudía risueña con sus manecitas enguantadas de blanco. La sensibilidad, lo último bueno que le queda á la muejer, en Concha se había presentado en quiebra. La suerte de varas se repitió seis veces con igual ventura. La fiera dejó estampadas en el polvo otras tantas caballerías. Quedaba una semi-viva, echada, con la cabeza alta y desvendada, enredando una pata en sus propias tripas. El toro se acercó á rematarla, le vió venir, hizo vano impulso por incorporarse, bufó tristemente y dos cornadas la deshicieron el cráneo. El pueblo aplaudía, no á los lidiadores, á la bestia brava. Gritos obcenos y blasfemias atronaban el aire. Aquello no podía ser un pueblo civilizado, sino una horda de cafres vestidos.

El clarín tocó á cambio de suerte. Dos toreros empuñaron los rehiletes adornados de crugiente oropel y papelillos rizados; agitando los brazos citó

Digitized by Google

el uno á la res, que con la cabeza inclinada se fué sobre él. Desvió el lidiador su cuerpo con maña y clavó en la cruz del animal los dos palos (cuyos rejones rechinaron al entrar en la carne convulsa) y quedaron rectos y levantados como los cuernos de una babosa, mientras dos hilos de sangre bordaban la negra piel y el bruto adolorido y furioso corría ciego de cólera á buscar venganza. Poco después el toro, jadeante, con el lomo erizado de banderillas se detenía en medio del coso, lanzando como miradas de bestial desdén al divertido gentío. Sonó tercera vez el bronce. El espada, con terno de negro y dorado tomó el estoque y la muleta, se dirigió á Enrique Marot y brindóle la suerte de la fiera en estilo ménos ruín del que suelen emplear los de su clase. Erguido, y bien puesto, con la espada de azul empuñadura en la diestra extendida hácia atrás, en la siniestra haciendo temblar la engañifa encarnada, llamó á la fiera, que vino á embestir el trapo con noble estupidez.—Ese toro es noble como un príncipe—gritaba el de Banyuls poniéndose rojo. Cinco ó seis veces el matador hizo pasar al animal

Digitized by Google

atraído por la flámula, tan cerca de su cuerpo que la última le rozó con los pitones el cuerpo, y, viéndole colocado en buena posición, le hundió el estoque hasta el puño en lo más alto del lomo, más no con tanto acierto que le matase. Dos ó tres veces más aquel relámpago de acero, que el hombre blandía, desapareció instantáneamente envainándose en el cuerpo del toro, y éste vivía. Enojado el torero, intentó el descabello, la punta rasgó el testuz, levantóse un chorro de sangre, la fiera dió un salto descomunal y rodó exánime á los piés del matador. Una lluvia de sombreros, de tabacos y monedas cayó al redondel. Enrique Marot le arrojó al torero su cartera de piel de Rusia con billetes de Banco.

—¡Ah! tienes carteras y billetes para los toreros y no puedes pagarme doscientos pesos, grandísimo canalla —gritó una vocecita apretada por la ira. Y en dos por tres escaló el palco del condecito aquel hombrecillo de las antiparras azules, y cogiendo por la solapa á Marot, continuaba furioso: Págame, págame, no te irás sin pagarme, supinísimo tramposo. Enrique ha-

Digitized by Google

bía palidecido, acababa de reconocer á cierto rufian á quien le debía justamente doscientos duros por asuntos indecibles.

—Espérame, déjame—le respondió por lo bajo—todo lo tendrás.

—¿Sí? ¿cuándo? No me engañas más. Ahora te cubro de vergüenza.

—Vaya usted á mi despacho. Aquí no es lugar de cobrar cuentas.

—Me pagas ó te estrangulo y te doy tu *despacho,* aunque la trampa nos lleve á los dos.

Así que la algazara de los que aplaudían hubo sosegado un poco, muchos espectadores se dieron cuenta del lance que en el palco ocurría, un chusco de sol gritó con las manos ahuecadas en torno de la boca: ¡que pague! Otro: ¡no te lo comas! Uno de más allá: ¡si es el conde! ¡qué bochorno! Y el vociferar fué creciendo y las risas y el escándalo y en medio de la general algarada, la policía se llevó al acreedor y el conde de Banyuls abandonó el palco seguido de los suyos.

Digitized by Google

VII

Enrique guiando su carruaje, casi fuera de sí, volvía á su casa taciturno y desfigurado, su mujercita contra su hábito no chistaba, los otros iban consternados. Alfredo Rosete, el mayor de los tres amigos se atrevió á interrumpir tan enojoso silencio.

—Hombre, Enrique—dijo— yo no había osado decírtelo, porque no sabía si te pareciera bien. Si quieres papá puede arreglar tus negocios. ¿Para cuándo son los amigos?

—Hombre—repuso Marot—sí, si quiere tomarse esa molestia.

—¡Qué molestia! Sí, ya ves que esto anda mal, papá puede desenredar este lío.

—Acepto con mucho gusto.

Ocho días después el Lic. Rosete abrió un concurso de acreedores como apoderado de Enrique Marot y Villafranca. Yo no sé bien á bien la marcha del negocio; pero según mi leal saber y entender aquello acabó pésimamente. Enrique se quedó en la última miseria. La Sra. Echeveste tuvo que recoger á su nieta y al maridito en cali-

Digitized by Google

dad de arrimado para que no se muriese de hambre. En cambio, Alfredo Rosete paseaba por la calzada de la Reforma la realización de su más dorado ensueño, llevando las riendas de *su faeton tirado* por cuatro alazanes y del cual ni siquiera había borrado el blasoncito de Banyuls para sustituirlo con su monograma. Mientras su padre iba á todas partes en un cupé con idénticos escudos en las portezuelas.

VIII

El condecito no pudo resistir á tanto desengaño y á tanta humillación. La indiferencia de su madre, el abandono de sus amigos y el desprecio del mundo entero al ver su caída le hicieron mucho daño. La amargura del pan ajeno rociado con lágrimas y el mal trato de su mujer y su abuela política minaron su salud. Enfermó de larga y desconocida dolencia. La Sra. de Echeveste y su nieta al cabo de seis meses se cansaron del enfermo, que fué á terminar sus días una de tantas noches en la cama de un hospital.

Concha recobró su libertad y la ad-

Digitized by Google

quirió mayor con la muerte de su generosa abuela. Su viudez fué de esas cosas que claman al cielo. Las concurridísimas tertulias, que daba, hicieron raya en la sociedad y su honra fué el plato del día durante algún tiempo en los círculos de maldicientes magnates. Luego todo el mundo se cansó de aquella novedad, se fué familiarizando con el escándalo y acabó por callar sobre las cosas de la famosa viuda, que en aventuras amorosas y andando á picos pardos recorrió toda la escala social.

IX

Una mañana cayó en la quieta superficie de la sociedad murmuradora una gota nueva, que abrió un circulito y se fué extendiendo en otros concéntricos que se ampliaban más y más hasta deshacerse en los bordes del mundo elegante. La gota era gruesa y pesada y tenía sabor excitante, era la gran noticia: Doña Concepción Echeveste, viuda de Marot, se casaba, y con un viejo, con el riquísimo X.... tonto de capirote y hecho como adrede para abroquelar debilidades. Las

Digitized by Google

donas habían sido encargadas á París, por supuesto, sin vestido blanco, pero costosísimas, y todo se preparaba con extraordinaria magnificencia. Y rodó, rodó la murmuración y cátate que todo salió cierto y que una mañanita se casaron el viejo y la viuda con todo boato y que las felicitaciones que en presencia les dirigieron fueron muchas y muy aromatizadas y que las burlas de que en ausencia los hicieron objeto eran ruidosísimas, con bombo y platillos.

X

Como el Sr. X. . . . era tan viejo, su cabeza parecía de hielo y su corazón estaba casi helado, en aquel hogar hacía mucho frío y Concha, acaso para encenderlo, se entregó al frenesí de divertirse. El Sr. X. . . . se hastiaba, se fatigaba, se sentía consumido por tantas fiestas. Conchita no le dejaba punto de reposo ni restañar su bolsillo abierto. Bailes dispendiosos, comilonas y meriendas, idas y venidas, asistencias al teatro y cien otras bullas se sucedían empujándose como las visiones de un ensueño terrible que

Digitized by Google

agota el cerebro. Concha iba á todas partes, hasta á la Iglesia á ser madrina del estandarte de cierta cofradía, para brillar, para ser la primera, para que su nombre fuera mentado en todas partes; si no es al confesonario, y no por falta de culpas sino por sobra, á donde quiera iba, después de que hubo celebrado las segundas nupcias. El maridillo, más atontado que nunca, mareado por el continuo jaleo, ya no podía seguirla pegado á su brazo con su piltrafa de humanidad. Se creería que el propósito de ella era matarlo á fiestas para quedarse otra vez viuda.

XI

La señora de Z. . . . notó por aquel tiempo que su primogénito Heriberto casi no salía de casa de Concha. Con su finísimo olfato de madre y de buena dama (que lo era) comprendió que allí había para su incauto hijo redes más atractivas que la alegría de sociedad. Se ratificó en sus sospechas y una mañana que encontró á la de X. . . y fué en el paseo, la dijo su merecido y amenazóla si seguía pervirtiendo al

Digitized by Google

joven. El domingo siguiente las tribunas del hipódromo estaban cuajadas de gente. Entre nubes de polvo se veían las ropillas listadas de los *Jockeis* y se oían sus gritos y el ruido de la carrera y de los palos que les daban á los caballos. Dos mil ojos seguían los lances de la suerte, la incertidumbre embargaba los ánimos y tenía quietas las bocas. En ese momento se presentó Concha acompañada de un amigo, de Heriberto de Z. . . . sonriendo con aire de triunfo. *¡Tableau!*

XII

Varias veces Concha le había hablado al Sr. de X. . . . . de la conveniencia de adoptar una niña pobre por hija.—Ya tú ves, hijito,—decía— que una casa sin niños es una jaula sin pájaros. Si te parece buscaremos un huerfanito para servirle de padres. Yo para mí quisiera mejor una niñita. ¿Qué dices? ¿Lo hacemos? viejito.—No me gustan los muchachos—contestaba el anciano.—Ni ménos prohijados, pagan mal, son cuervos que uno cría para que le saquen los ojos.

Y era que Concha guardaba un re-

Digitized by Google

cuerdo fatal. Tenía momentos, eso sí muy breves en que un venerito escaso de amor maternal manaba en su gastado y árido corazón. Entónces ella sentía aquella humedad en su pecho como un rocío de cariño y de amargura. Entónces sentía en sí aquel recuerdo como una rosa fresca y bien oliente pero erizada de espinas. Padecía remordimientos, Se acordaba de una niña, hija de sus entrañas, regalada á la mujer de un zapatero remendón.

XIII

Una mañana paró á la puerta del asilo de Mendigos un landó tirado por dos caballos negros. Bajó Concha y pidió hablar con el capellán. Recibióla al punto el buen sacerdote con su acostumbrada amabilidad. Ella tomó asiento con ménos soltura que nunca y empezó á hablar con dificultad.

—Dígame usted, señor, sé que hay en este establecimiento una niña llamada Petra Ramos, una rubia ella, de ojitos azules, bonita, como de siete años.

—Sí, existe una asilada de esas señas— contestó el capellán, fijando

Digitized by Google

mucho la mirada en las facciones de la rica.—La policía recogió á esa niña hará un año en las calles. La pobrecita pedía limosna á los transeuntes y dijo no tener parientes, pues su madre y su padre, un infeliz zapatero, habían muerto de tifo.

El padre ya no miraba al rostro de la señora, sonreía bondosa é intencionadamente, creyendo haber descubierto lo que le importaba.

—Yo desearía ver á esa niña—agregó la Echeveste poniéndose lívida.

—No hay permiso para ver á los asilados en particular, si no es que prueben los visitantes ser sus próximos parientes.

—Pues yo soy pariente muy próxima de esa chiquilla.

—Si ella afirma que es sola en el mundo.

—¡Ay! señor, á usted puede una decírselo todo como en confesión; mire usted, es hija mía, sino que usted ya sabe. . . . . Dijo, y su color lívido se trocó en encarnado.

—Perdone usted, señora—añadió el padre después de una larga pausa—le haría usted un mal muy grande á Petra declarándole quién es; despertaría

Digitized by Google

usted en ella aspiraciones y deseos que ignora y que la harían muy infelíz. Aquí haremos de ella una obrerita honrada y felíz.

—No le diré nada de su orígen. Déjeme usted verla y acariciarla.

—No, su corazón de usted podría revelarlo todo. Sería un mal, convénzase usted, un grave mal. Puede enviar lo que guste para ella, eso sí.

Concha se limpió de sus ojos con el dorso del guante una lágrima perdida, y después de un silencio embarazoso se despidió á medias palabras.

XIV

En el gran Teatro Nacional se presentaba la clásica ópera de Saint-Saens, *Sansón y Dálila*. La flor y nata de las familias llenaba lunetas y palcos. ¡Qué lujo! Quien le viera no cercería estar en un pueblo tan empobrecido como el nuestro. Parecía aquello un ramillete de flores abierto y desgajado por el medio y lleno del resplandeciente aljófar de la mañana: las sonrosadas beldades y sus trajes tintes claros eran las flores, sus innumerables joyas las gotas de rocío.

Digitized by Google

El Sr. X. . . . . conversaba sigilosamente con su amigo el Lic. Robles en el palco de éste. Trataban de un asunto demasiado importante. De tiempo anterior Robles le venía insinuando la necesidad de divorciase de Concha, pero nada había logrado. En esta ocasión insistía con acopio de poderosos argumentos, y el debilísimo X. . . . . no hallaba cómo zafarse de la gatera en que le echaba su amigo. La obertura comenzó en medio de la general espectación: un preludio severo matizado de sentimientos con estructura de *oratorio* se levantó de la orquesta, al cual en breve se unieron religiosos y profundos lamentos del coro de hebreos, que, trás el telón corrido, lloraban su infortunio é imploraban misericordia. Los gemelos de muchos se volvieron á un palco. Concha, vestida de negro y atestada de brillantes, acababa de entrar con su cortejo de amigas y amigos. Robles echó una miradilla hácia ella y le dió una palmadita en el muslo á X. . . ., que se había quedado inmóvil y haciéndose el desentendido.

Levantóse la cortina. Ahí estaba los israelitas, cuyas voces emprendían

Digitized by Google

ahora una fuga hermosísima, enteramente clásica, tejida de perfectas armonías. Aquellas quejas magistrales llenaban el ambiente y parecían perderse desvaneciéndose en las profundidades del cielo. De pronto una voz robusta rasgaba la masa coral, como una respuesta del Dios de los ejércitos: Sansón estaba en la escena. Entraba diciendo un recitado potente y animoso; una arenga de guerra, un conjunto de gritos de atleta y luego entrelazaba un diálogo con el coro, campeando siempre sus notas robustas, que parecían amontonarse como las olas de un charco de lava, que se cuajasen para formar al unjido del Señor, al membrudo coloso de la Biblia. El fuerte Juez enardece con sus palabras los ánimos del coro, que luego empieza á cantar una plegaria sublime en que al par de las notas parece retorcerse suplicante el espíritu de un pueblo, pidiendo á Jehová aliento y vigor para sacudir el yugo del extranjero. Entra el tirano, Abimelech, sátrapa de Gaza, y al interrumpido acento de la oración suceden los insultos desacordes del poderoso contra aquella manada de esclavos, una ins-

Digitized by Google

trumentación riquísima, pero ininteligible borda esta escena. Sigue el raudal desleído de la orquesta y flota sobre él un himno de Sansón de notas desbaratadas é incoherentes como las sugestiones de la ira, himno que repite la muchedumbre arrastrada á la lucha por el atleta, á cuyos golpes muere el opresor. Un coro de viejos hebreos da gracias al Dios de sus padres por ese triunfo en una salmodía escrita en la tonalidad del canto llano, que es un himno de victoria religiosa, propio de un pueblo teocrático, parece celebrar el vencimiento teológico del espíritu sobre la materia. La orquesta toma luego un camino delicioso y florido hasta dar en un bailable severamente voluptuoso: las sacerdotisas de Dagon aparecen danzando guiadas por Dálila en el campo del combate. Los filisteos ensayan nuevas armas para vencer al libertador. Algo lúgubre hay debajo de aquellos sones traviesos y atractivos, se presiente la caída del electo. Dálila se adelanta á reducirlo, sonriendo de un modo cruel, con la convicción de que la hermosura y los hechizos mujeriles son más poderosos que Abimelech.

Digitized by Google

—¡*Ecco il lampo!*—exclamó Robles al oído de X. . . . . Este volvió la vista á su palco. Concha platicando con Heriberto, sin hacer caso de la partitura, de la cual no entendía un compás, sonría también como la heroína del drama.

La orquesta y la voz de la soprano desfallecían á momentos en misteriosos deliquios como la voluntad del héroe iba desfalleciendo; otros lloriqueaban como una mujer que conoce el valor de sus lágrimas para rendir al varón, y por fin el atleta caía fascinado y un golpe seco de orquesta, como estruendo de cuerpo que cae, ponía fin al acto.

—¡Ah! Sansoncillo, ya verás cómo te va por gurrumino—decía con sorna el Lic. Robles, al terminar los pocos aplausos que acogieron la no entendida música de Saint-Saens, y cuando comenzaba ese rumor de charla que invade los teatros en los entreactos.—Peor que á tí no puede sucederle—agregó dirigiéndose á X. . . . Tú eres el Sansón de la banca, el Sansón de la honradez, el Sansón de la seriedad; pero esa pícara te hizo rodar al matrimonio y todo lo has per-

Digitized by Google

dido, honra, tranquilidad y dinero.

—¿Honra? ¿por qué?— pregunté X. . . . . muy azorado.

—¡Tóma! por que todo el mundo dice de tí horrores y con justicia.

—¿Con justicia?

—Ya lo creo, como que tú lo tolaras todo.

—Pero, hombre, si no puedo, creeme, no puedo— decía el pobre muy apuradillo.

En el palco de Concha preguntaba Heriberto:

—¿Qué tal acto? ¿qué te parece?

—Déjate de actos—respondió ella, asestando los anteojos de nácar á una platea frontera.—Mira con qué ojos ve para acá tu madre.

Empezó el preludio del segundo acto, admirable descripción musical, que trasporta la fantasía á otros tiempos y lugares llevándola en sus alas estruendosas sobre campiñas desconocidas y valles y montañas. Levantada la cortina aparece un ameno rinconcito del valle de Sorec: ahí habita Dálila que cubierta de atavíos espera á Sansón, cantando una aria henchida de odio y sed de venganza, canto melifluo al estilo de la escuela antigua;

Digitized by Google

pero de miel emponzoñada que pica y corroe. No es la mujercilla venal del *libro de los Jueces,* sino la sacerdotisa fanática que aborrece al envaido do un dios extranjero y va á fingir amarlo para perderlo. El gran sacerdote de Dagon la anima en su empresa y bendice sus intentos en *duo* con ella lleno de encono y taimado como el corazón de aquella mujer. Sansón viene. Su *duo* con Dálila, el trozo culminante de la pieza, muestra singular maestría, todo el ingenio y pasmosa erudición de Camilo de Saint-Saens. La melodía, saliendo de la boca de la mujer, se retuerce como los anillos de una serpiente, ya blandos y resbaladizos, ya rígidos y matadores; y acaso entre ellos relucha la voz del varón con temas indecisos, con resistencias feroces, con desalentadas languideces. Ora el acento de ella tiene meneos de cabeza femenina en presencia de un amante, ora se infiltra con suavidad de halagos y caricias, ya se levanta con aire de resentimiento y duda, ya palpita preñado de pasión, sobre todo, en la cantilena *Rispondi á miei deliri,* que, en medio de la instrumentación más delicada que pedirse pueda, sur-

Digitized by Google

ge como extendiendo los innumerables hilos de una red inextricable que envuelve á Sansón, el cual como sugerido repite la cantilena misma. Las notas altas del titán ahora descienden, se hacen graves y apagadas como la voz de un moribundo: el león está rendido. Dálila canta con una suavidad acariciadora: la serpiente lame al león que tiene aprisionada. Sansón en voces pálidas de vergiieńza la declara el secreto de su fuerza. La ira de Jehová truena á lo lejos, sus miradas relampaguean en el horizonte, la tempestad sobreviene. Los violines ya no gimen de pasión ni hablan dulzuras, ahora se quejan como el viento en las ramas cuando llega la borrasca, las tropas zumban como el huracán que descuaja los cedros del Líbano, los contrabajos repiten ecos de trueno, las cornetas disuenan con toques de vergonzosa derrota y los platillos remedan el crepitar de los escudos antiguos suspensos en las encinas de la selva, cuando el soplo de la tempestad los hace chocar contra los troncos. El árbol corpulento ha caído.

—No de otra suerte sucumbiste,

Digitized by Google

chico—le decía Robles á X. . . . . al caer el telón y cuando todo el mundo aplaudía frenéticamente, unos porque habían entendido aquel primor de acto, otros por no quedarse atrás.

—Y ¿ahora qué quieres que haga?

—La demanda de divorcio, cuanto antes.

—Es un escándalo, al cual no podré sobrevivir.

—Morirás siquiera con honor.— Y siguió la conversación girando en la misma órbita.

Se inicia el tercer acto. Sansón con los ojos vacíos, trasquilada su luenga y santa cabellera, reducido á la condición de esclavo y aun de bestia, atado á un molino, da vueltas á la enorme piedra. Un rayo de luna penetra á la lúgubre estancia y da sobre el triste pecador. Su canto entrelazado de remordimientos y tristezas es un quejido del alma que recuerda sus flaquezas y se ahoga de sollozos al escuchar los gritos de sus hermanos los hebreos reducidos por su culpa á la esclavitud. La música va trazando un cuadro de dolor y corre lentamente como un río formado de lágrimas expiatorias, en un remanso eterno. La decoración

Digitized by Google

cambia de improviso, la pesada y soberbia arquitectura del templo de Dagon se destaca en el fondo. El gran sacerdote rodeado de los príncipes filisteos, Dálila y las sacerdotisas coronadas de flores y el pueblo celebran la fiesta de su dios.

Un coro dulcísimo con sobrio y elegante acompañamiento de orquesta rompe los aires. Danzas lascivas y ricamente instrumentadas hacen llegar aquella orgía religiosa al apogeo. Todos piden que venga Sansón para befarle. Traen al León ciego y desmelenado á quien un muchacho sirve de lazarillo. El sacerdote se burla de él y Dálila con exquisita crueldad se complace en manifestarle toda su falsía y lo mentido de sus caricias, mientras la orquesta con un sarcasmo que hiere hasta la médula se entretiene en repetir las más vehementes y apasionadas frases del duo de amor, que cantaban Sansón y Dalila en el acto segundo. El pueblo escarnece también inhumano, con zaña de hiena á aquél hombre medio muerto, cuya sola presencia le hacía temblar. El prisionero abatido horriblemente calla con ese silencio que dá frío. El

Digitized by Google

sacerdote y Dálila entonan en cánon el canto de la libación, cuyas notas hullen como coro frenético de Faunos y Bacantes, canto al cual afluyen las masas corales para convertirle en un himno supersticioso é inmenso, en tanto que la orquesta si apresura, se enardece, se inflama y estalla para pintar la embriaguez de aquel pueblo salvaje. Sansón en el colmo de la humillación, recita una plegaria brevísima pidiéndole á Dios sus antiguas fuerzas, ruégale al niño que le guía, le arrime á las columnas para apoyarse, se ase á ella, las derriba y general ruina sepulta con estrépito al pueblo todo y al vengador.

Una salva de aplausos, una ovación desbordada sigue á la caída del telón. Sólo el Sr. X. . . . . no aplaude, las puyas constantes de Robles lo tienen agobiado. El drama lírico de Saint-Saens se le ha metido en el magin como una astilla punzante, á fuerza de sugerírselo Robles; el infeliz está por llorar con la mano en la mejilla, recargado en la baranda del palco; mientras Concha abandona el suyo al lado de Heriberto que tararea un airecillo de *Manon Lescaut.*

Digitized by Google

—¿Qué sucede, Sansón? A derribar el templo, aunque te aplaste—dijo el abogado á X. . . . .

—¡Hombre!—respondió él y casi sollozando lo miraba con ojos que pedían compasión.

—Nada, mañana mismo presento la demanda. ¿Me autorizas?

—Has lo que quieras—exclamó desesperado X. . . . . y Robles se lo llevó del brazo,

XV

La demanda de divircio prosperó en los tribunales, gracias á los manejos de Robles. Aquello fué un escándalo mayúsculo que dió mucho que decir y que reír. Y tres meses después Concha quedaba sola, pero deveras sola, despreciada de la sociedad que pone el coco y luego se espanta de él; sola y mal vista por todos. Entónces se hizo silencio á su alrededor, hasta sus pasiones comenzaron á callarse; y ella que había vivido aturdida, empezó á oír los gritos de los remordimientos, que á todas partes la seguían como las Erinyas á Orestes. Y tuvo miedo y vergiienza de su vida y quiso

Digitized by Google

refugiarse en alguna parte; pero ¿quien la daría abrigo? Se acordó de que tenía una hermana, de la cual no había hecho caso nunca, de la cual se había burlado injustamente alguna vez, y pensó en buscarla.

Digitized by Google

LA MONJA.

I

Acaso hayáis conocido á Lina sin saber su nombre. ¿No visteis alguna vez á una jovencilla como de dieciseis años, de cutis moreno y cabello quebrado y castaño, ni hermosa ni fea, que modestamente vestida iba diariamente al templo de Santo Domíngo, muy de mañana, y con singular recogimiento permanecía arrodillada casi siempre en el mismo sitio, en el crucero de la derecha junto al altar donde se guarda la Santísima Eucaristía, y comulgaba muy devota, y sin ostentaciones, ni charlas en los canceles salía á buena hora para su casa? Pues esa fué Lina de Echeveste.

Digitized by Google

Todo el mundo la respetaba; hasta los parroquianos y dependientes de la taberna de la esquina, callaban sus inmundas bocas cuando la veían pasar esbelta y humilde, con la cabeza un poco inclinada como arbusto cuya copa se dobla un tanto al peso de sus frutos. En casa era sumamente hacendosa y amable. Su salita y las otras habitaciones estaban llenas de primores de sus manos. Un estantito con pocos y selectos libros, el bastidor, el costurero, la arquita de sándalo bien provista de instrumentos para labores mujeriles y un buen piano vertical eran su tesoro doméstico. Su madre la adoraba y sin embargo tenía la costumbre de reñirla por tonta, aunque en ausencia decía á todas las gentes que aquella hija era una perla inestimable que ella nunca había merecido.

Desde sus primeros años había oído Lina en la obscuridad de su adolescencia y en el silencio de su alma, como Samuel niño al lado del templo, la voz de Dios que la llamaba; pero á nadie lo había revelado, porque un instinto espiritual la enseñaba que *es bueno ocultar el secreto del Rey*. Suspiraba por vivir en el país de la gracia

Digitized by Google

sombreada por árboles llenos de frutos que son ingratos al sentido del hombre carnal, pero suavísimos á quien de ellos ha gustado, regado por fuentes de aguas vivas, oreado y fecundado por auras de bienandanza. Resolvíase á atravesar la selva de cruces que á ese país sirven de lindero y entrada; anhelaba por escudriñar y hacer vivienda en sus grutas fragantes y entrelazadas de eucarísticas vides; y soñaba con engolfarse por fin en el mar océano de infinito amor de Dios que acaricia las playas de ese mundo. Habíase hallado un hábil práctico que á esa región la guiase, un confesor de mucha ciencia y mucho espíritu. La mayor pena que entónces padecía era una ansia incurable de amar á Dios como ella quisiera, pena acompañada de opulento don de lágrimas. Reprendíale el confesor tanto llorar y tanto desasosiego, motejándola de avaricia espiritual y la mandaba estar quietecita. Sus días más felices eran cuando iba al locutorio de las monjas recoletas de A. . . . . á conferir con la abadesa sus inclinaciones y á suplicarla por caridad la admitiese en su bendito apartamiento.

Digitized by Google

II

Un día levantóse contra Lina un vientecillo de maledicencia, que, partiendo de la boca de su hermana, recorrió algunas casas y anduvo posándose aquí y allá en las lenguas de algunas beatas ociosas y perversas. Concha en una tertulia soltó por ligereza y por aversión á su hermana, una cosa que ella casi creía; está especie: "Con Lina no hay que contar, esa muchacha se ha vuelto inútil,, se vive en el templo, está perdidamente enamorada de su confesor." ¡Si hubiera sabido la infeliz mundana que el alma de Lina era blanca como la nieve de las altas montañas y que hasta cuando algún natural afecto de gratitud al director de conciencia apuntaba en su corazón, ella pugnaba por cegarlo como se ciega un venero poco abundante! Si hubiera conocido que su hermana en tratándose de afición á las criaturas era escrupulosa hasta la nimiedad! Pero ¿qué iba á sospechar de estas cosas Conchita, acostumbrada á traer siempre desbocado su corazón? El hecho es

Digitized by Google

que la calumnia inventada por Concha se esparció como lamparón de aceite en papel de estraza. Las jóvenes, que de ella la oyeron, la contaron entre sonrisitas hipócritas y disculpas de *relata refero* á otras amigas, éstas á sus primas, una de las primas á su peinadora, la peinadora á su tía la rezandera, que se lo comunicó todo, bajo secreto, eso sí, á las otras vagabundas del templo, y así bajó la murmuración de la gente de lambeles á la iglesia, y no faltó farisea caritativa que le hiciese llegar á los propios oídos de la candorosa víctima. Lina se sintió desfallecer de angustia al oírlo, y lívida y descompuesta y fuera de sí llegó á su casa, tan mortificada que casi quería dudar de su propia inocencia. Fatigada con el peso, que tan inícuamente le echaban á los hombros, sintió deseos de acogerse á Dios, único defensor de su honra, y pedirle venganza pero al elevar sus ojos tropezaron con los de un crucifijo que en actitud doliente los fijaba en el cielo como implorando del Padre Eterno el perdón de sus verdugos. Y al ver esto Lina no pudo emitir la intentada súplica, sino que arrastrada por el ejemplo de su Je-

Digitized by Google

sús acabó por decir: "perdónales, no saben lo que hacen;" y sus pupilas se bañaron de lágrimas.

Aquella falsa imputación creció como obstáculo insuperable al frente de la jóven. Al verla pasar en el templo ó acercarse al confesonario, ciertas gentes se hablaban al oído con ese cuchicheo que parece murmullo de aguas cenagosas que se nos vienen encima. Y ¡librárala Dios de que el confesor, que todo lo ignoraba, la diese alguna muestra de bondad! que al punto el codazo disimulado, el tirón del vestido el guiño de ojos ó las muecas significativas de las ruines devotas hablaban por mil lenguas. La pobre niña cuando algo de eso advertía, envolvíase en su virtud, se resignaba con la amargura de su cáliz, bajaba sus ojos y reprimía sus labios. Lina no era precisamente hermosa, ya lo he dicho, pero en esos momentos estaba encantadora: su rostro más pálido por la aflicción de espíritu, sus párpados entornados, su boquita suavemente cerrada, su recta nariz un poco comprimida de las fosas y los gajos de su nudoso cabello, que abiertos para formar el más sencillo de los peinados,

Digitized by Google

aparecían sobre su frente y bajo la calada orla de la mantilla; todo su semblante parecía como ungido de una luz indecisa, de un lampo vago y celeste, reflejo tal vez de la luz de su alma. Y ¡cómo contrastaba tan bella figura con las viejas asquerosas y muchachas envidiosillas, que la rodeaban, malévolas, gentes que nunca habían podido entender lo que es la virtud cristiana!

Urgida al fin por tantas hablillas hubo de revelarle al confesor su pesadumbre con todo el rubor y pena consiguientes; y el buen padre se concretó á reprenderla por su demasiado apego á la honra y á recomendarla que despreciase todo aquello, pues no había ni apariencias de lo que le achacaban, ya que su trato con el confesor no era ni aun en el confesonario más que el indispensable. Ella se sometió humildemente y prosiguió su camino sin hacer caso del vano estrépito; y presto logró ver derribada á sus plantas aquella Jericó, la altiva fábrica que en su contra la maledicencia había levantado.

Digitized by Google

III

Al cumplir su decimosexto año, el demonio la circunvaló y agredió con horribles tentaciones. Era su purificación pasiva. Presentábasele á cada paso la especiosa imágen del placer mundano y revoloteaban en torno suyo las ilusiones de amor como mariposas siniestras. Oía que susurraban á sus oídos excusados coloquios de galanes y damas y punteos de vihuela y letrillas eróticas y querellas que se arman al pie de las rejas; y parecíala recibir chichisveos de amadores . Ora dormida en su casto lechito soñaba con las delicias del hogar, se veía rodeada de niños que eran su vivo retrato, que la circuían como los renuevos á la oliva y que la llamaban con el más dulce de los nombres; soñaba el lícito amor de un hombre que era el bien de su corazón, el amparo de su debilidad y el cardinal apoyo de su casa; despertaba con unas ganas de llorar que no podía contenerlas; se acordaba de que Francisco de Asís, asaltado por una tentación semejante,, se revolcó en una

Digitized by Google

zarza cuyas espinas regadas por su sangre se cuajaron de flores; y ella se apretaba el cilicio que traía á la cintura y se volvía del otro lado encomendándose con infantiles palabras al ángel de su guarda. Ora sus tentaciones de amor se iban convirtiendo en imaginaciones obscenas y asquerosas al modo que el busto elegante y hermoso de las sirenas remata en deforme y negra cola de pescado; y pedíale ayuda á Dios é invocaba á la siempre Vírgen María para que interpelase por ella; pero se sentía abandonada y sola con sus miserias, más grandes que toda ponderación, como la gloriosa Angela de Toligno, y experimentaba un miedo horrible, mortal, de caer en aquellos lazos, un pavor como el que sufrió Magdalena de Pazzis cuando tuvo la visión de aquel lago de leones en que la parecía estar metida.

Era un asedio diabólico que se estrechaba hasta no dejarla quieta un minuto. Si olía una flor, si pulsaba las teclas de su piano, si se miraba al espejo para hacerse el tocado al instante se serpeaban en su fantasía perfumes y músicas y luces brillantes de sarao y, lo que era peor, olas de cieno

Digitized by Google

alborotadas y múltiples chocaban contra la blanca navecilla de su alma. Llegó hasta ignorar si consentía ó no en tales provocaciones, las tentaciones la dejaron algo como afición al pecado, como los insectos dejan su larva en la corola de la flor en que se posaron. Pero á la luz de la razón la noble doncella avanzaba invicta, erguida y luminosa aunque asediada por una legión de obscuros y feísimos demonios.

IV

Pasó la dura prueba y entró Lina en calma, pero calma tristísima; todo su fervor sensible apagóse, y ni en la oración hallaba los consuelos que otros días. La misma comunión del Cuerpo del Señor la era desabrida. Diríase que como á Agar se le había agotado el agua del odre en el desierto. Pensó entónces más que nunca, sin entusiasmos juveniles, sin ardores de la sangre, con la razón fría en irse con las monjas. Su madre era piadosísima, y sin embargo, cuando supo la resolución de su hija, resistió á dar su consentimiento. Una avenida de

Digitized by Google

reprensiones, de sátiras, de invectivas, se despeñó sobre Lina en su propia casa; era el himno rebelde de la carne y la sangre contra el espíritu. Mas la chica se salió con la suya, y al caer de una tarde, sin despedirse de ninguno para evitar escenas dolorosas y flaquezas del corazón, abandonó su hogar y caminó solita en dirección á la casa de las recoletas de A. . . . ., esquivando el encuentro de parientes y conocidos, como Santa Eulalia cuando huyendo de la granja, en que su padre la tenía escondida, tiró por trochas y veredas en la obscuridad de la noche para ir á Mérida en busca del martirio.

V

—*"Ven esposa de Cristo, ven del Líbano, ven y recibe la corona."*—cantaba una voz de contralto en el pequeño oratorio de aquella casita, en que, huyendo de la rapaz mano de la Reforma, han ido á refugiarse unas cuantas recoletas exclaustradas de A. . . . . Por la escalera subía una procesión: delante los monaguillos que llevaban

Digitized by Google

los ciriales y un estandarte con la imágen de Cristo crucificado, luego unas cuantas señoras invitadas y al fin Lina vestida de novia, resplandeciente de alegría, reflejando en su carita pálida la dulce timidez de su corazón, y sosteniendo en la diestra un cirio adornado con arandela de plata y ahuevados de tela de oro. Recibióla la abadesa con las otras madres y la condujo de la mano al Oratorio. La voz seguía cantando: *Ven esposa de Cristo.* El sacerdote esperaba, el altarcito ardía con antorchas. Sobre una mesa cercana estaba el hábito de sayal gris primorosamente doblado y cubierto de flores; y una airosa estátua del Niño Dios tenía con dos dedos de su diestra el anillo nupcial esculpido de nombres sagrados. Sonó breves momentos la voz del sacerdote y poco después contestaba Lina á sus interpelaciones, que venía á pedir el santo hábito, de su espontánea y libre voluntad y que nada dejaba pendiente en el mundo. Entró la pretendiente á la habitación contigua, las monjas la quitaron las profanas galas, sus cadejos rizos y castaños cayeron al filo de la tijera y la fueron vistiendo de las prendas de

Digitized by Google

la órden, mientras el sacerdote seguía rezando las preces oportunas. Luego salió transformada y dijo haber tomado el nombre de *Sor Angélica de la Visitación*.

VI

A los seis meses de noviciado Sor Angélica era inmensamente feliz. Su contento se leía en su cara, fresca y juvenil como rosa nueva, y, lo que nunca, había adquirido la color de las mejillas. Dios la socorría con los primeros regalos espirituales. Purificada por la calumnia, las tentaciones y la aridez, un día tuvo principios de oración sobrenatural. Iban dos meses que no podía orar, que su imaginativa resistía á los fantasmas piadosos como papel engrasado en que no puede escribirse y su corazón estaba seco como bagazo de caña azucarina. Luchando una tarde por hacer oración, de improviso surgió en su espíritu una luz súbita que la atraía á concentrarse en el fondo de su alma. Todas sus facultades acudieron á ella, como una colmena dispersa se agrupa en un punto al

Digitized by Google

percibir el olor de alguna hierba aromática ó el sonido del cencerro que á congregarse la convida; y también sus sentidos se convirtieron hácia adentro como agujas al imán. Cerráronse sus ojos, tapiáronse sus oídos, se adormeció su tacto y estuvo buen rato, que parecía un punto, en ver ella, toda ella, la claridad con que Dios la regalaba. Era el recogimiento extraordinario, primer peldaño ó, más bien, pie y comienzo de la mística escala que remata en la visión de la increada belleza. Los efectos de ese don fueron en Angélica un gran desasimiento de los bienes terrenales, que ahora le eran descoloridos y desabridos y un apego sumo á la oración. Mas el confesor la reprimía y exhortaba á que no se engolosinase con aquel deleite, no fuese que se afeminara su espíritu.

VII

Otro día, que en la sala de labor hacía un bordado de pelo de seda en finísimo cambray, figurando un esquife en mar tempestuoso, dejó repentinamente la aguja á medio clavar en la

Digitized by Google

tela y quedóse suspensa. Aquella luz volvía á aparecer en su alma, luz incorpórea, luz de aurora en el orbe de las inteligencias. En todo su sér se hizo profundo silencio, todas sus facultades quedáronse atónitas y asombradas de aquella claridad, como se quedaría Adán á la vista de la primer mañana. No sucedía ya como la otra vez que contemplaba aquel fulgor pudiendo pensar, reflexionar y formarse imaginaciones, sino que ahora todas sus energías permanecieron inmóviles y estancadas el momento que duró la intelectual presencia de la divina luz. La cual pasó como relámpago, pero dejando en la novicia una estela de amor á lo eterno, una aspiración poderosa á lo infinito, aspiración que la hizo ver con amargura el bordado que en las manos tenía, las cosas que la rodeaban y hasta sentir con repugnancia los latidos de su corazón señales de la vida mezquina y terrenal á que volvía como desterrada. Angélica había tenido siempre fé viva sin asomos de duda ni titubeos, mas cuando pensaba en que tenía de morir, el temor de lo eterno y lo desconocido la conmovia; pero ahora, desde que colum-

Digitized by Google

bró aquella manifestación de lo eterno y lo desconocido, de Dios, en su alma, ya se sentía con alientos de ir á la muerte serena y tranquila como quien tiene dentro de sí el dueño de los reinos eternales. Ahora la certeza de su fe se iba trocando en evidencia inmediata é irresistible.

VIII

Es el locutorio de las recoletas de A. . . . . un cuartito ajuarado con sofás y sillas de tejido de cerda, en cuyas mesas rinconeras abundan los nichos con esculturas del niño Jesús, representado en distintos estados y posturas, ya dormido, ya haciendo crucecitas en el taller de San José, ora engrillado y con caperuza de cautivo, ora sentado en un tronito de filigrana, con corona de rey en su cabeza y cetro en la mano, y hasta por cariñoso anacronismo, atado á la columna y flagelado; como si la quinta esencia de los afectos maternales, sublimados por la gracia, impidiese á las monjas á hacer figurar por donde quiera la infancia de Cristo. En ese locutorio conversaba

Digitized by Google

Angélica con su madre, la antevíspera de su profesión religiosa.

—No, no es posible, Lina, que Dios te mande que me dejes para siempre, que abandones á tu madre desolada.

—Por Dios, madre mía, todo se puede abandonar, como que en El se halla todo centuplicado.

—Dios, que es amor, Dios, que es padre, no creo que despoje á una infeliz mujer de un poquito de amor que tiene, de su hija.

—Si no te despoja, si no la pierdes, si la ganas para la vida del cielo, que es la verdadera.

—No puedo yo contentarme con esas reflexiones. Yo te quiero á tí para mi casa, para que estés siempre á mi lado, para que me enjugues el llanto cuando sufra y me cierres los ojos cuando muera. No comprendo otro modo de poseerte.

—Pero ¿á tu hija Concha la dejaste partir de tu casa para que viviese en otra esfera, para que fuese rica y elegante, y á mí no me dejas vivir en este reino de ventura y de paz para que sea rica de alma?

—Tu hermana Concha es el decha-

Digitized by Google

do de las hijas ingratas; pero á tí que eres buena no quiero perderte.

—Recuerda, madrecita, que tú perdiste á tu padre y á tu madre por tu esposo, para formar nueva familia.

—Será lo que tú quieras, pero no—contestó la señora acorralada por la contundente lógia de Sor Angélica, y agregó con llanto en los ojos:—Por ese Niño Jesús, cuyas imágenes están aquí, y que fué tan sumiso á su Madre, yo te mando que vuelvas á tu hogar.

—Ese niño, cuando fué hombre, salió de su hogar y dijo no tener más madre ni hermanos que los que se apacientan de su doctrina, abandonó á su Madre purísima por mí.

—Está bien, basta de pruebas, con el año que llevas de estar aquí hay suficiente para tus caprichos de muchacha. Estoy resuelta á sustraerte de aquí por la razón ó por la fuerza.—Dijo y salió enojada y presurosa, sin despedirse ni atender á las súplicas de la novicia que pugnaba por detenerla.

Digitized by Google

IX

La madre de Lina, ciega de egoísmo, tocó todos los resortes para salir con su intento, mandóle pedir á Concha una tarjeta para el Juez de Distrito y se presentó acusando á las Recoletas de A. . . . . de retención de una hija de familia.

A la noche siguiente fueron al pobre retiro de aquellas santas mujeres, el Juez, el conde de Banyuls y muchos policías con extraordinario lujo de fuerza. Casi rompieron la puerta y entraron preguntando por la jóven, que ahí tenían sustraída, y mirando con ojos de energúmeno á las monjas trémulas de pavura, interrogándolas y amenazándolas sin un ardite de la consideración que su sexo reclamaba. Si ahí se hubiese encontrado álguien que conociera á fondo á aquél Juez y á aquel granuja, hubiera podido gritarles: ¡Canalla! ¡A que no tratáis así á las *congregaciones de pupilas?*

Mientras la horda liberalesca registraba las habitaciones bajas Sor Angélica en el oratorio se echó llorando

Digitized by Google

á los pies de la Superiora y delante de dos asombradas monjas la dijo: Madre mía, ántes de partir hago los votos en vuestras manos, no quiero salir siendo simple novicia; con toda la efusión de mi alma hago en vuestras manos los sagrados votos.

—No, espera, hija de mi alma—contestaba la abadesa.

—Me llevarán, pero ligada con votos—decía Angélica, y hubiera querido grabarse en el pecho con hierro candente el nombre de Jesús, como Santa Juana Francisca Chantal, para mostrarle á todo el mundo quién era su amor. Pero el tiempo apremiaba, oían las voces de los hombres en la escalera y la novicia, no resuelta á dejarse coger como gacela en su manida, huyó de las habitaciones, subió á la azotea y ágil se descolgó al zaquizamí de la casa vecina.

Los liberales no dieron con su presa. Por lo cual, creyéndose burlados, se resolvieron á llevarse presas á las demás religiosas, que al fin eran cinco é infringían por eso lás *sacrosantas leyes* de la Reforma.

Pasó el escándalo. Lina permanecía oculta en la vecina casa, cuyo due-

Digitized by Google

ño, que era buen cristiano, la había recogido de su escondite y guardado en el seno de su familia. Las monjas, harto vejadas, salieron libres por influjo de algunos magnates católicos, y se fueron reuniendo otra vez una por una y á escondidas en otra casa. Recogieron mas tarde y dieron la profesión á su novicia, cuyo paradero ignoraba su egoísta madre. Y no fué esta la única vez que las garras del buitre liberal quisieron aprehender á aquella paloma, que suspiraba por la libertad verdadera, por verse libre, enteramente libre de sus pasiones, aún de su amor propio, para ascender sin trabas al espacio donde el sol de la belleza, de la verdad y del bien eternos vibra sin nubes sus venturosos rayos. Ya se ve, yo no he conocido peores enemigos de la libertad que los *liberales*.

X

Aquí comienza la vida de oración infusa de Sor Angélica. Quisiera referirla con la pluma de un Juan de la Cruz ó de un Alvarez de Paz y con toda la prolijidad que se merece: pero

Digitized by Google

ni soy digno de eso ni la concisión de este libro lo permite. Apunto solo unos cuantos rasgos de ella.

Muchas veces tenía Angélica la oración que llaman de quietud. Dios se presentaba en el fondo de su alma, y ella le sentía manar en cristalinos raudales como un venerito que va llenando el álveo del lago, en cuyo asiento brota, tan suave y mansamente que arrastra las arenas sin enturbiarse. Calma deliciosa é incomparable fruición penetraba su ser: envolvíase la voluntad en lazos de purísimo fuego amoroso sin arremetidas violentas, sin deseos desmandados, sosegada sin quemarse, verde y florida como la zarza de Horeb, en cuyo torno las llamas divinas culebreaban inocentes. El entendimiento irradiaba los reflejos de la soberana inteligencia, tan claros é intensos que ciegan como el sol los ojos que osan mirarlos. Y hasta la fantasía llegaban toques de íris, símbolos de esperanzas eternas; y parecíala tener engastado en su corazón el océano de la divina esencia, que marejaba con blandos oleajas. No era en su mano provocar aquel fenómeno de la vida mística, sólo pertenecía eso á la di-

Digitized by Google

vina voluntad. Cuando iban días de no tener esa oración, anhelaba por alcanzarla, soportaba nostalgías roedoras, y se quedaba mirando el puro espejo de la fuente, que en el jardincito había, cuando cerca lavaba, como diciéndola:

"¡Oh cristalina fuente,
"Si en esos tus semblantes plateados
"Formases de repente,
"Que tengo en mis entrañas dibujados!
"Los ojos deseados

y los reflejos del sol, que en el agua se miraba, parecían remedar tal vez, pero con suma bajeza, aquellos ojos intangibles, incorpóreos y relucientes de gracia y de inteligencia.

A veces perseveraba en aquella oración aún en medio de las diarias tareas y ocupadas sus facultades en otras cosas, sintiendo aquella paz interna, como si orease su frente el aire de la almena, en el espiritual castillo de su amor, azotandola suavemente con los flexibles y olorosos cabellos de su Amado; ó como si viviese embellecida escuchando al ruiseñor de la selva, mensajero del cielo, que prolongaba los trinos de su arpada lengua.

Digitized by Google

Otras veces su oración de quietud llegaba á convertirse en embriaguez espiritual. Introducida por *el Rey á la cueva de los vinos,* bebía de su mano el alma aquel néctar que chispea con centellas de amor, y, lo que á éste sigue, alumbrábase el entendimiento con el fuego del licor del espíritu, y alcanzaba á vislumbrar en bosquejo horizontes amplísimos de sabiduría, articulaba destrabadas frases intelectuales henchido de entusiasmo, modulaba con loca ternura su *verbo,* balbuciente, y eran como perlas y diamantes desengarzados de un collar celeste las parlerías de su frenesí. La caridad de Dios, ordenada hacia ella en aquella bodega suprasensible, se la venía al corazón como falárica inflamada y la producía dulce fiebre que consume hasta las médulas de la vida terrenal. Sentía asfixiarse de ventura como si recibiese saumerios de un bracerillo oculto de fuego sagrado. Al fin de esa embriaguez tenía furor de padecer por el Amado, sufría aquellas ansias que á San Ignacio Antioqueno acosaron en la travesía de su ciudad á Italia, y que le dictaban estas expresiones: *Deseo que me muelan los dientes de las*

Digitized by Google

fieras para ser harina de hostia que se ofrece á Dios.

A la embriaguez seguía el sueño espiritual. Aletargábase el entendimiento al calor de aquel vino que por sí discurría, como se adormece el peregrino sintiendo cundir por sus miembros el calorcillo del hogar hospitalario; mas no dejaba de conocer, sino que se adelgazaba hasta lo mas sútil, hasta no darse cuenta de sí como á la imaginación le suele acontecer con las visiones de un ensueño. Dormía su alma, pero aprendiendo á amar; el corazón velaba á la puerta de la blanca tienda del éxtasis, teniendo lista sobre el muslo la espada de las ansias y deseos.

Dios que con tocar las montañas las desmenuza y hace humear, y palpando la tiniebla la arrancó luz, y tentando la materia muerta en el principio la dejó vibrando como cítara inmensa con perennes armonías de vida, le daba toques en el alma á Sor Angélica y se hacía sentir y conocer de ella cual un ciego conoce al tacto las perfecciones de una cosa. Tocó una vez con su ala infinita en el abismo de su alma y ella experimentó la virtud del Increa-

Digitized by Google

do y vióle como rueda alada con llamas, con aspecto de ascuas y circundados por nimbos de lámparas, mirando girar rapidísima la rueda de la sabiduría divina, con igualdad sublime, llena de ojos por la haz y la contrahaz, ojos que son infinitos conocimientos, oyendo estrépito como de multitud de ejércitos, gustando el sonido del batir de sus alas como sonido de ríos despeñados y sintiendo en fin á Dios altísimo, que, al caer del espíritu santo, embiste al alma con llama de amor. Y de la misma suerte que al golpe de Sansón brotó la fuente, al toque de centella de Dios rompía en el alma de aquella mujer un manantial de abnegación que la hacía desear (morir de mil muertes fuera poco) disolverse, aniquilarse para amar de veras á aquél Sér que la tocaba.

XI

El día de Pascua de Resurrección, en el año cuarto de haber profesado, Sor Angélica de la Visitación estaba orando junto á un fanal que guardaba un precioso cuadro escultórico en ce-

Digitized by Google

ra, *la muerte de San José.* El casto Patriarca aparecía en su camita de palo, tales y como hoy las usan los pobres en México, cobijado con la colcha verde marcada con una J., teniendo cerca la mesita de noche con redomas de friegas, cucharadas y pozuelos. La Vírgen lloraba á los pies del lecho, con delantal y todo y Jesús, joven sostenía en sus brazos al moribundo. El grupo escultórico abundaba en impropiedad cariñosa y familiar, y el rostro del agonizante en terrible verdad. De pronto Sor Angélica cesó de ver el cuadrito y fijó sus ojos en un costado del altar, allí sus ojos veían una figura que se iba condensando, no era ilusión, era una nube undosa como bordada por luz de luna y en sus argenteos repliegues se fué formando una mano de hombre, blanca y fina como de rey, transparente su epidermis y surcada de azules venas, airosa y elegantísima; una cicatriz rosada y fresca adornaba su dorso y lucía, como engaste de rubíes, con una pasta de sangre y luz. Aquella mano tenía para Lina un atractivo irresistible, la encendía en amor, pero en un amor al cual nada le quedaba de sus senti-

Digitized by Google

mientos antiguos de mujer, amor de un espíritu sin sexo y sin sentidos, amor que ahonda en la forma y la materia hasta dar con la belleza ideal. A la visión de aquella mano siguió la de un brazo lindo y fuerte, y la del cuerpo todo del Señor medio envuelto en cendales de carmín y nieve, que le ofrecían las nubes. ¡Qué Fidias, ni qué Praxiteles, qué Apolo de Belvedere ni qué Júpiter Olímpico, ni qué hechura alguna de las que legaron al asombrado mundo aquellos divinos estatuarios de la Grecia! ¡Qué miembros tan bien modelados, niveos, inmaculados, castísimos, revelando en su suave flexibilidad y color florido el curso interno de la vida inmortal, como un bosque virginal de América, entrelazado sobre oculto río, indica con las flores, blandura y humedad de sus ramas y orquídeas que debajo pasan las aguas! ¡Qué curvas tan suaves y peregrinas las de sus contornos luminosos! Y ¿la apostura de su barba y su cabello? y ¿su boca como cacho de granada untado de luz? y ¿sus mejillas sonrosadas con reflejos del incendio de amor? Y ¿el mar de sus ojos? Oh, las clásicas imágenes de Adónis eran á

Digitized by Google

par de la suya, como figuras de fangoso cerdo, y retratos de estúpido las cabezas de los Apolos y los Joves.

Y Sor Angélica oía voces aéreas que la traían noticias de otras esferas más altas, como si escuchase las melodías de la voz de Cristo, que, sonando entre la sinfonía de los vientos y las olas, amansaba las tormentas, que hacía venir la salud á los cuerpos enfermos, que volvía sociales á los endemoniados huraños y que escuchaban en sus sarcófagos los mismos muertos.

Vez hubo que su espíritu estuviese descargado como en una noche serena, en que el callar de los bullicios del día, la pausa de los trabajos y el sosiego mismo de la luz de estrellas permiten al hombre oír con el alma la silenciosa armonía de los cielos. Entónces se remontaba su entendmiento en *visión caliginosa*. Dios se le manifestaba como habitando en la niebla, teniendo tinieblas por escondite y obscuridad por peana y escabel de sus plantas; es decir, que conocía á Dios por medio de una escala de negaciones; tomaba ideas de sabiduría, de bondad, de hermosura, de justicia y de otras perfecciones, tales y como se dan en las cria-

Digitized by Google

turas, y comprendía que esas perfecciones se predicaban de Dios de otro modo muy distinto, que Dios no sólo era justo, hermoso, sabio, substancia, sér, sino que estaba más allá de la más alta cumbre de la justicia, hermosura, sabiduría substancia y sér, y eso, que estaba sobre todo, permanecía obscuro, era el Incógnito al cual se adhería su voluntad.

Cuando, con tanto andar volando por las órbitas de oro de la contemplación, estuvo ya su entendimiento bastante claro, la divina Majestad fué servida otorgarle la vista más alta de su esencia, que en esta tierra puede alcanzarse. No la vió intuitivamente, porque eso no es dado hasta que el alma pase los fuertes y fronteras de la eternidad; sino que Dios se miró y reflejó en su limpia inteligencia, rayándola y encendiéndola con plenitud de luz, como se ve el sol desde el zenit en un cristal bien azogado y puro. Vió en admirable panorama intelectual la Trinidad inescrutable. El Padre, *el Cogitante* eterno, pensaba su propio sér, se conocía con adecuación infinita, y en el abismo de aquella idea surgía otro *Yo*, la segunda hipóstasis, el Ver-

Digitized by Google

bo, el Hijo. Y el Padre veía á su Hijo y le amaba con voluntad inmensa, y refluía del Hijo al Padre la corriente del amor, y se unían ambos con lazada que sólo ellos sabían anudar, lazada que entre ellos flotaba como espíritu de vida y aliento de amorosas ansias, tercer *Yo* que completaba el Sér absoluto y perfectísimo. Y aquellos tres *Yo* regían concordes la esfera única de un entendimiento y una voluntad sin límites en los perpetuos giros de la vida. ¡Oh Trinidad, oh secreto de la vida de Dios, oh Amor!

XII

El Dr. Gal, médico de las recoletas de A. . . . . se desesperaba con las enfermedades de Sor Angélica. Era el Dr. Gal un hombre muy correcto, á quien las monjas tenían por muy virtuoso y rezandero y que en el fondo pertenecía enterito á la escuela positiva. Era estudiador constante de esos fenómenos asombrosos que hoy comienza á clasificar la moderna sabiduría y que le parecen los primeros rudimentos de una ciencia nueva y

Digitized by Google

futura, los del *hipnotismo*. Así es que cuando las monjas vieron los primeros éxtasis y arrobos de Angélica y, poco expertas en tales casos, que no se habían presentado en muchos años, creyéndola enferma, llamaron al médico, éste al verla sonrió satisfecho. Le tocaba oportunamente de analizar prácticamente aquellas rarezas de la mística, que él tomaba á pie juntillas por efectos de la hipnósis, é iba á explicarlas científica y satisfactoriamente. Tal se propuso. Pero, ¡oh desventura! lo que á la monja sucedía no era lo mismo que él había observado en tantos experimentos con los enfermos del hospital.

A veces Angélica se iba desmayando paulatinamente y con suma suavidad, como si cayese desfallecida de amor sobre sostenes de rosas y puntales de manzanas á la manera de la Esposa del cántico, hasta quedar privada del uso de los sentidos. Era que al amor, que su voluntad sentía por aquél bien que en el entendimiento se retrataba clarísimo, recogía el alma poco á poco todas sus fuerzas para entregarse al acto de amor y abandonaba los sentidos. Allí estaba el éxtasis perfecta-

Digitized by Google

mente definido. Pero el Dr. Gal se decía: es la primer faz de la hipnosis, el letargo, esperemos; y las otras faces no venían, sino que continuaba el mismo plácido sueño. Gal la recetaba á la paciente posición horizontal, aire fresco, aspersiones frías, fricciones secas, amoniaco, éter acético, nitrito de amilo, y, nada, que el éxtasis duraba hasta que Dios quería, y tornaba después lo mismo. El médico recurrió á los medios sugestivos que hay para romper el sueño de los hipnotizados, y como si tal cosa. En varias ocasiones que estaba ella en sí, quiso hipnotizarla; la monja sonriendo le decía que era imposible, y él la hizo fijar la vista en un objeto muy reluciente, puso en juego los pases y demás, y la monja seguía espabilada y risueña. En suma, que era del todo refractaria al dichoso sueño.

Cuando Angélica caía en el rapto, cuando violentamente el Amor apagaba los fuegos de los sentidos externos é internos para encerrarse en la morada de su castillo y el alma perdía hasta la conciencia de si estaba en el cuerpo ó fuera de él; el cuerpo caía como herido de rayo, suspendíase la

Digitized by Google

respiración, el circular de la sangre y los latidos del pecho. Gal la observaba, punzábala con agujas ó la quemaba con cerillas sin que ella diese señal alguna de vida.—Aquí está la catalepsia perfecta—exclamaba para sí el médico.—Pero ¿la hipnósis suprema, el sonambulismo? Y la mandaba con grande imperio hablar, mover los brazos, sentir dolores, y Angélica como un tronco. La mandaba también que se hurtara bagatelas, y otros mil disparates para después que despertase. Y ella vuelta del rapto abría los ojos asombrada, incorporábase, sonreía con dulzura, saludaba cortésmente al médico y no hacía nada, mientras Gal se estiraba los rizados cabellos con disimulo. No, aquello no era los sueñitos y clarividencias y sugestiones del hospital llevados á cabo con tanta limpieza, con tan buen éxito. Además, ¿cómo se explicaban aquellas luces con que florecía su cuerpo á la hora de algunos raptos? Y ¿aquellas elevaciones del suelo desobedeciendo á la inviolable ley de la gravedad, como si se revelase la existencia del espíritu, cuyas fuerzas superan en mucho á las materiales? Y ¿todo lo que sabía la

Digitized by Google

monja, ideas muy altas, filosofías de muchos quilates, superiores á su instrucción, á su esfera y á toda sugestión posible, donde lo había aprendido, en aquellos desmayos? Allí había algo *irreductible,* como decía en su jerga el bueno del Dr. Gal.

Entre tanto Angélica seguía caminando por las ocultas veredas de la oración infusa en busca del sumo bien, ágil y experta como se desliza la corza en las noches de plenilunio por las quiebras de la montaña á buscar el manantial. Seguía cayendo bajo el sueño del éxtasis, y cuando Gal ensayaba despertarla, surgía el Amado conjurando á las criaturas que dejasen reposar á la escogida; y clamaba junto á ella: Vete, cierzo frío y ven, tú ábrego tibio y perfumado.

XIII

El Verbo Hijo de Dios, que Juan vió salir del cielo, vencedor para vencer, laureado de gloria, asestó el dardo encendido, que en su mano trae, al corazón de Angélica. Al toque y penetración del agudo fuego levantáronse tro-

Digitized by Google

cados en humo los últimos defectos terrenales de la doncella y quedó traspasada de la más dulce herida, que el amor causar puede; herida generosa por la cual expiraba el corazón alientos de vida. Dios, que es fuego consumidor, allegóse después á su espíritu y labró en él perenne llaga, de la cual extendíase por todo su sér un ardor que conforta y que regala ardor infinito que eleva y deifica, volviendo toda la humana substancia en lumbre de aquella tomada del altar que purificó los labios de Isaías. Y venía de vez en vez el Espíritu Santo á retocar la dulce llaga con el cauterio divino para sanarla avivándola y Sor Angélica vivía en la nueva vida, que reparte el jugo á los sarmientos.

En el alma de Angélica sonaba eterno coloquio de amor celeste y suprasensible. El Amado decía: Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles. Pasó el invierno, se fueron las lluvias y nublados, despuntan las flores en nuestro suelo y se oye arrullar la tórtola en la arboleda. El alma de Angélica respondía: Mi Amado es para mí y yo para mi Amado, que se apace entre azucenas. Eres hermoso como

Digitized by Google

el manzano entre los árboles, manojito de mirra para mi pecho, racimo de juncía olorosa cogido en las viñas de Engaldí.—Lirio criado entre zarzas—modulaba el Esposo—torre de David adornada de trofeos, cuyas almenas doró el sol con su primer rayo al amanecer y besa con su luz última en la tarde, huerto bardado, pozo cubierto, gruta con olor de agua que en ella mana, hermana mía, tus renuevos forman un vergel de granados.—Oro de Tibar son tus cabellos—clamaba la esposa—fuentes de agua viva tus ojos, arroyuelos de púrpura en canales de nieve hacen tu color, tus manos parecen alabastro bruñido colmadas de jacinto, tu estatura como el Líbano, tu aliento como los efluvios aromáticos de las hierbas silvestres, dulsísimo el eco de tu voz.—Proseguía el Altísimo: Me he mirado en tus ojos, grandes, llenos de resplandor y viveza como los de las palomas tripolinas. Amiga, te asemejas á mi carroza de batalla; vente, ven de las cumbres de Sanir y de Hermón, guaridas de leones, infestadas de leopardos.—Vente.—La esposa suplicaba: levántame en tus alas como de águila, llévame en tu ardiente carro; ven por mí,

Digitized by Google

ligero como los gamitos de Bether.— Y las criaturas como resonando los ecos del santo epitalamio en la inmensa cítara del universo, cuyas cuerdas vibran bajo los dedos del Amado, cantaban en coro: Belleza increada, gérmen de todo amor, que florece en la creación, sello de oro que nos ha marcado al principio ¿dónde te encontraremos?

XIV

Lina de Echeveste, Sor Angélica, varita de humo formada de perfumes de mirra é incienso, que subsiste del páramo, azucena de tallo tan alto como una pica guerrera y coronada de granos de oro, princesa que avanzaste gallarda pisando graciosa con cáligas reales, tu historia será gota de rocío en la corola marchita de este libro, tu corazón, generoso como zumo de uvas en vaso de oro, no debía aparecer entre los ruines séres pintados en estas páginas; los rasgos de tu vida, aquí esbozados, son luz que sirve para que mejor se destaquen las sombras nocturnas *del campo contrario*.

Digitized by Google

EL ENCUENTRO.

CONCHA se encaminó en su coche muy temprano á la casa de las Recoletas de A. . . . Vestida negro y con una boneta de terciopelo y abalorio sobre sus rebeldes cabellos rubios no parecía la de antes. Iba agitada como una chiquilla por esa inquieta timidez que padecen las gentes mundanas cuando tienen que pedir algún favor á las buenas gentes de iglesia. Más de una vez se había preguntado: pero ¿qué voy á decirla?—y estuvo al punto de gritarle al cochero: ¡vuelta á casa! Pero ella misma se respondía: voy á desahogarme, á pedirla consuelo, á rogarla que le pida mucho á Dios por mí. Llegaron, bajó del carruaje sin saber qué hacía, llamó con la aldaba, latiéndole violentamente el corazón. Abrióse el zaguán y penetró

Digitized by Google

á aquella santa mansión que respiraba recogimiento y tranquilidad. La hicieron esperar en el mismo locutorio de los muebles de cerda y de las múltiples estátuas del niño Jesús. No sabía qué hacerse en aquellos minutos de espera. Al fin sus ojos inquietos se fijaron en un objeto que por la puerta mal cerrada se alcanzaba á descubrir en el patio, un laguito artificial que encerrado en sus márgenes de follaje y herido por el sol parecía diamante en cerco de esmeraldas. Ese objeto y su brillo, que de hito en hito miraba, como niño que se complace en que lo deslumbre un resplandor, le simbolizaba algo como halagiieñas esperanzas.

La monja entró cubierta con el velo. Concha se puso en pie.—Buenos días, señora,—dijo con naturalidad Sor Angélica.

—¿No me conoce. . . . . me conoces?—tartamudeó Concha.

—No tengo presente su fisonomía; será porque el velo.. . . . .

—Soy María de la Concepción Echeveste— exclamó ésta lívida como un muerto y con la boca enteramente seca.

Digitized by Google

Angélica se levantó el velo y apareció su rostro transparente como de cera y sus ojos que radiaban como dos luceros en la ceja de una nube. Y dijo sin transportes: ¡Bendito sea Dios! hermana mía, que has venido.

La muchacha se echó sin darse cuenta, convulsa y sollozando en brazos de la monja. Lo que entre las dos pasó, lo que se dijeron, no lo sé referir, no puedo tanto.

Una hora después salió la pecadora con los ojos enrojecidos. A los ocho días entró á hacer los ejercicios de San Ignacio, y actualmente vive con cierta piedad muy mediocre, sin dejar del todo sus exquisitas comodidades y elegancia, lo cual me hace creer que su conversión no fué tan abnegada como fuera de descarse. En la sociedad no la reciben, pero sí en los templos y ahí quiere ser dominante. Ve con particular predilección á cierta estátua de Nuestra Señora, que tiene en casa, que dizque se llama la *Vírgen del combate* y que más parece Amazona Merovingia que Reina purísima de los cielos. Y procura tener por confesor algún sacerdote afamado y sentarse en lugar notable en las iglesias. Sin embargo,

Digitized by Google

tiene Concha sus horas en que se siente desolaba y en que el íris de la esperanza parece extiguirse entre las nieblas de su conciencia. Horas en que se halla como abandonada de Dios. Horas que en tiempo de expiación suelen tener los pecadores, y que son como un remedo de aquellos instantes terriblemente sublimes, que por nosotros y por nuestras culpas padeció Cristo en la Cruz, cuando sumergido su cuerpo en las tinieblas del Gólgota y su alma en las negruras del castigo divino, sintióse como abandonado de su excelso Padre. De esas horas suele tener Concha cuando se engolfa en los recuerdos de su pasado.

Digitized by Google

LOS PESCADORES DE DOTES.

I

Te acuerdas, Berta Molphe de aquel cenadorcillo con techo de rosas blancas, por cuyas rendijas se cuela y entrelaza aquella enredadera de hojas tan profusas como obscuras, cuyo barniz brilla intensamente y cuyas florecitas pálidas son en extremo delicadas? ¿De aquel cenador que hay en la quinta solitaria donde tu bondad y la de tu familia me dieron oportuno albergue y plácido retiro cuando convalecía de mortal enfermedad? Nunca me olvidaré de esos lugares. Allí arribé cuando volvía mi barca de andar queriendo atracar en las costas de la muerte y entró allí como en puerto tranquilo y abrigado. Allí me parecía despertar á nue-

Digitized by Google

va vida y conocer otra faz del mundo, cuando veían mis ojos la luz caudalosa, las arboledas y las flores de ese repuesto lugarcillo. Sentía como si hubiera sido arrojado por el mar amenazante de la enfermedad á una playa encantada. Todo para mí era nuevo y creía estar soñando, cuando débil y trémulo me paseaba con ayuda de bastón por las arenosas callecitas ribeteadas de fresales, cuando me sentaba cansado en las banquetas rústicas que rodean los gruesos troncos de los umbrosos aguacates, ó cuando contemplaba desde las azoteas el panorama del valle y la magnífica puesta del sol. Pues allí, en ese cenadorcito donde os leía, á petición vuestra y cuando me iban á visitar, los versos *"del fondo del alma"* y donde Lola tu hermana recitó á muchos ruegos su primer ensayo, allí me contaron esta historia que ahora te escribo, no para tu provecho, ya que á Dios gracias no estás en el caso, sino para que se la des á leer á esa amiga tuya de quien me hablaste compadecida la otra tarde.

Digitized by Google

II

El 20 de Junio de 84, zarpaba de Santander el *Ciudad Condal* con rumbo á Veracruz. En la cubierta había todo ese movimiento de gente que precede á la partida de un navío. Un sacerdote mexicano, el P. Villa, que regresaba de largo viaje por Europa, sentado en un banco junto á la mura de babor leía su Breviario. No léjos un hombre, á todos visos montañés, hablaba con un chico bajito y regordete como un matorral de Asturias. Ambos se parecían como dos gotas de agua, eran sin duda padre é hijo; ambos vestían de la misma tela y el propio color, como si hubiesen recortado para el niño las ropas viejas del padre, y los holgados pliegues de sus pantalones indicaban la ausencia de ropa interior. Estando ambos en pie con desgarbada postura, el hombre callaba á veces y se quedaba mirando con la vista baja, con esa melancolía propia del español apurado, y el mozo aguardaba que le hablasen, indiferente y ojiabierto. La sirena del buque lanzó á

Digitized by Google

los aires su estridente silbido, el hombre intempestivamente se dirigió al sacerdote y le dijo con hablar muy cerrado: "Oiga, cura, sé que usted va á México, allí va este mi hijo, ahí se le dejo. Lleva quince pesetas y dos cartas de recomendación. Que me le guarde mucho." El padre le miró asombrado sin darse cuenta de lo que era aquello, el hombre le dió un leve cachete al niño y sin mas se escurrió del barco.

En toda la navegación el Padre apénas volvió â ver al españolito (que venía en el entrepuente con veinte ó treinta chiquillos como él que se embarcaron para México con la esperanza de hacerse barrenderos de oro en este fabuloso país) si no era al salir del comedor, á cuya hora allí estaba esperándole para gritarle:—¿Qué no se acordó traerse en el bolsillo algún pedazo de torta? Yo tengo hambre, que acá nos dan solamente bacalao y café negro.—Al llegar á Veracruz, cuando el Padre se disponía á descender al bote, se le emparejó risueño y satisfecho Antolín Borona, que así se llamaba el chico, con la gorrita puesta y el hatillo bajo el brazo, diciéndole:

Digitized by Google

—Vengo con usted—El Padre no tuvo más recurso que traerle consigo. Cuando saltaron al muelle el P. Villa le preguntó naturalmente por las cartas y el dinero que traía. —Mire usté—respondió Antolín—las pesetas las he *jugao* en el barco y *perdío*, en cuanto á las cartas aquí deben venir—y sacó de un vademecum mugroso, que traía en el seno, dos cartas arrugadas. El Padre leyó las señas de los sobres, una era para Veracruz, otra para México; quiso llevar al chico y entregarlo en la casa que indicaba la primera.

Entraron al almacén de abarrotes. El dueño los recibió sentado al escritorio. Saludóle el Padre con mucha cortesía, obteniendo por única respuesta un gruñido y la sacramental: *¿qué se ofrece?* Mostróle la carta al abarrotero, la abrió bruscamente, pasó sus ojos por ella y dijo, tirándola sobre la mesa:

—Esta carta no es buena

—¿Cómo no es buena?—preguntó el Padre alarmado.

—Es decir, que sería buena si yo no hubiese reñido con el que la escribe; pero es que ya hemos reñido.

—En ese caso usted verá qué hace

Digitized by Google

con este niño. Yo por pura caridad le he traído. Nada tengo que ver con él.

—Yo tampoco.

—Yo de todos modos se lo dejo á usted.

—Déjele en la calle ó haga lo que le dé su gana.

—No es posible.

—Ya verá como sí lo es.—Y el abarrotero se había quedado mirando á otra parte con español desdén, como indicando que no quería decir palabra más en el asunto. Y el Padre tuvo que cargar otra vez con la pegada cruz de Antolín Borona.

Cuando, á la noche siguiente, se dirigían dentro de un simón por las calles de México, al domicilio que señalaba la otra carta, el Padre callaba y se oía el ceceo de Borona que hablaba algo por lo bajo.

—¿Qué haces, hijo?—exclamó el sacerdote.

—Calle, que voy rezando unas *salves* que le he *votao á* la Vírgen de Santoña porque esta carta sí salga buena. —Y en efecto, salió buena y Borona quedó instalado aquella misma noche con calidad de meritorio en la lonja

Digitized by Google

de ultramarinos: *"La cuenca del Duero."*

III

¡Qué cosa más bonita es la solemnidad de los premios en el Colegio de las Damas del Sagrado Corazón! El amplio salón de rasgadas ventanas, las graderías laterales cubiertas de alumnas vestidas de blanco con elegante simplicidad, el forito del fondo lleno de luz del día, las religiosas de negro ropaje con larguchas y carrujadas cofias, que gravedosamente van y vienen á medio paso, las guirnaldas de flores artificiales ó de pintado laurel con que el Arzobispo corona á las educandas premiadas, todo eso y otros mil pormenores que no quiero mentar hace delicioso conjunto. Aun los premios repartidos con extranjeriza y transigente prodigalidad, las fabulillas y diálogos escénicos recitados con sonsonete dulce y gemebundo y las peregrinas inclinaciones de saludo á la inglesa que hacen las chicas, con ser exóticas, tienen no sé qué de agradable. Pero lo que sí es hermoso sobre

Digitized by Google

todo encarecimiento es la ofrenda de las coronas en el devoto templecito de la casa; y lo que hace pensar mucho, y también es muy bello, es la despedida de las alumnas que, concluida su educación, deben salir para siempre del Colegio. Entre éstas se contaba ese año María Hortensia Lazalde, aquella chica muy crecida para sus años, alta y esbelta como una palmera real, aunque no muy bella de rostro. Sus facciones eran casi bruscas, algo desproporcionadas si se quiere, como su carácter, pero lo que es gracia no les faltaba, como tampoco le faltaba color de leche y rosa á su cútis. Dos cosas tenía notables María Hortensia, aparte de su gallardía y estatura, la una era cosa de la cara, la otra del corazón, tenía unos dientes blancos, apretados, firmes y parejos que, siendo muy bonitos, parecían, vamos, capaces de mascar medio mundo. Y tenía en su corazón un deseo tan tenaz como insaciable de ser amada. Había oído cierta vez la consabida frase de que la mujer nació para el amor como el rosal para cubrirse de flores. Habíala tomado al pie de la letra, y sentía sed, verdadera sed de hallarse

Digitized by Google

quien la quisiera, quien la adorara con todas sus facultades. Hortensia, comprendiendo que sus dientes eran bellos, tenía vicio de mostrarlos, y pensando que el colegio era el mayor obstáculo para dar con su amador del calibre que apetecía, estaba en áscuas por salirse de él. Sin embargo, aquél último día de su estancia allí experimentaba dolor y tristeza por abandonar aquel nido en que al calor de su alma había criado tantas ilusiones, y en donde á la sombra de las buenas madres habían formádose seguros y buenos sus sentimientos. Llegada la hora del embarque, tenía pena y miedo de hacerse á la mar.

Tocóla decir el discurso de despedida á nombre de sus compañeras, y lo dijo ahogándose de emoción; recibió de manos del Prelado la crucecita de oro, que en recuerdo les dan á las que parten, y mojó con dos lágrimas las manos que le rodeaban el cuello con la cadenilla de esa cruz. Cuando se deslizaban por el pavimento del oratorio las educandas, con el blanco tul echado sobre el rostro, coronadas de flores reverentes, sin dejar de oír el rumor de sus pasos, como si fuesen

Digitized by Google

dos filas de ángeles, cuyo andar ingrave no rozara el suelo; iba tristey cabizbaja. Cuando las bendijeron con el Santísimo Sacramento colocado en el radiante ostentorio; y todas inclinaban la cabeza, ella sintió también doblarse su corazón al peso de inexplicables presentimientos. Y cuando dejó como las otras sus guirnaldas en el perchero colocado junto al altar, creyó haber dejado una porción del alma y salió como fuera de sí de la capilla, y poco después del colegio.

IV

La familia de Hortensia no era rica, pero siempre había jugado á serlo; vivía en casa elegante, tenía coche, vestía á las chicas como princesas y frecuentaba la mejor sociedad: era familia de apariencias, ejemplar de una clase que abunda entre nosotros. Por esto acaso pasaron meses y Hortensia no dió con su *ideal,* con aquel pretendiente, digno de ella, que la amase con todo su corazón, sin reservarse partícula.

Topó, sí, con muchos cortejadores,

Digitized by Google

pero, ó parecíanle bajos ó no traían á su ver la ofrenda del amor absoluto con que soñaba. Llegó, pues, á adquirir fama de desdeñosa y á presentarse como mujer de nieve, como una especie de Diana cazadora del género cursi, cuando estirada y esquiva paseaba en landó abierto ó discurría por los salones del gran mundo. María Hortensia había sacado unas pretensiocillas. . . . . que ni el *sursum corda* la alcanzaba. Pronto careció de galanteadores, agravóse su sed de amor, padeció histerismo y nostálgias, sus flatos y negros humores se acentuaron y una melancolía insondable anegó su corazón.

V

Antolín Borona, el hortera de *la Cuenca del Duero,* había crecido y crecido trás del mostrador, entre borrachos y criadas Trabajaba como bestia desde las cuatro de la mañana hasta las once de la noche y sabía resbalar con alpargatas á las mil maravillas, mejor que patinador ruso, para despachar garbanzos y aguardientes. Criado

Digitized by Google

en ese lodo, que en tiendas y cantinas se amasa con alcohol, tenía algo del cerdo que en lodo se cría. Ya no le quedaba ni gasofia de la inocencia que trajo de la montaña santanderina, pero sí toda su rudeza y tosquedad aumentadas en quinta y tercía. Para hablar pestes y obcenidades, de nadie era zaguero. Tenía sus dos ahorros bien guardados. uno de dinero, trescientos pesos de los cien por año que ganaba desde hacía tres, pues los otros dos desde que vino al país casi no le habían pagado. Era el otro, ahorro de vicios que se habían venido almacenando en su corazón todo ese tiempo en aquel medio ambiente fétido y corruptor en que el mozo vivía, vicios de pensamiento, porque los otros costaban. Contaba diecinueve años Borona y tal era cuando conoció á María Hortensia en la fiesta profana que hacen anualmente los espoñoles en el Tívoli, el día de la Santísima Vírgen de Covadonga. La vió Antolín altiva cual ninguna, la creyó muy rica y concibió un *proyecto*.

Digitized by Google

VI

—Oiga, patrón—le decía Antolín á su amo, una noche después de haber cerrado la tienda—yo quiero ser propietario.

—¿Propietario de qué?—repuso el otro azorado.

—Pues ahí es nada, de tienda.

—Anda, chico, que yo no te guardo arriba de trescientos pesos.

—Por eso, quiero que usted me haga propietario.

—Vamos, que no te entiendo pizca.

—Es el caso que he visto á una rica heredera, que, vamos, me convendría; pero si no me presento con algo de capital, me mandan á. . . . . los *talleres de Cajo;* con que póngame una vinatería, al menos de seiscientos pesos, cuando me case y me venga el dote, le pago el doble y. . . . asunto *arreglao.*

El amo pensó el negocio, creyó que le convenía y. . . . . he ahí que esa tienda pintada de verde, que ostenta un rotulón de rojo y amarillo con el

Digitized by Google

risible nombre de *"La gran ciudad de Potes,"* abierta frente á los balcones de María Hortensia Lazalde, es *propiedá* del señor Don Antonio Borona. Y hete ahí á Antolín como el asno enmascarado de la fábula, con nuevo disfraz, trás del mostrador ó en la puerta, sacudiéndose á cada minuto el polvo de los pantalones nuevos, atusándose el bigotillo, con el pelo indócil abierto á duras penas por la raya inclinada al lado izquierdo, muy risueño, muy alegres sus ojitos, esperando con paciencia heróica de pescador de caña que aquel dote se le venga al anzuelo.

VII

Cuentan que cierta vez un hombre del pueblo, de lo más pobre, astroso y feo que en la plebe se ha visto, se acercó á una elegante señorita, que sentada con otras jóvenes en la banqueta de un jardín público estaba hecha un sol de hermosura y riqueza, y que, mostrándole un papel sucio, mal doblado y peor escrito, la importunaba diciendo:— Niña, hágame favor de enterarse.

Digitized by Google

—¿Que es algún memorial pidiendo limosna?—preguntó la dama.—Valla usted á casa, aquí no.

—No, niña, si es que me cuadra mucho su merced y. . . . . á ver si entramos en relaciones.

—Valla usted de aquí, atrevido, canalla. . . . . gritó ella.

—Pues, niña, como yo he oído decir que ustedes las mujeres escogen lo peor, y peor que yo no hay. . . .

Y María Hortensia escogió lo peor, porque en verdad sería difícil hallar un novio peor que Borona. *Marido y bretaña han de venir de España,* solían decir nuestras tatarabuelas. Y acaso por ese apotegma podría haberse regido Hortensia, que presumía de ser purísima criolla y de sangre azul; mas no lo hizo por eso; vió la constancia de Antolín, á quien no le calaban desdenes ni desaires y tomóle por el hombre del amor absoluto que ella apetecía. ¿Qué la importaba fuese quien fuese con tal que la perteneciera totalmente un corazón? Y remedio no hubo y no valieron oposiciones, ruegos ni lloros de la familia Lazalde. Contra todo viento y marea Hor-

Digitized by Google

tensia fué sacada de su casa y depositada por órden del gobernador y se procedió al matrimonio.

Había un ligero inconveniente: Antolín no tenía ganas de confesarse, habíase vuelto poco católico y medio clerófobo. Pero tenía por dependiente á un pobre batueco, alto y recio como un roble y tonto como un pedernal, y á éste le pagó un par de duros porque fuera á confesarse en su lugar. Y fué el batueco; cuando le preguntaron su nombre para asentarlo en el certificado, dijo llamarse Antonio Borona y ese obstáculo se allanó. Y, señor, que se casaron y Borona se presentó en el templo con tan poco disimulo de su avaricia que llevaba prendidas en la corbata dos perlas negras, que todo el mundo le había conocido á la mamá de Hortensia.

VIII

Muy pronto la luna de miel se cubrió de nubarrones. Hortensia se desengañó, había creído encontrarse un océano de amor y se hallaba sólo una charca. En cuanto á Borona. . . . .

Digitized by Google

también se desengañó. ¡Qué chasco! La muchacha no poseía arriba de tres mil pesos de capital. Antolín no durmió toda una noche y partes de otras pensando en aquello que no parecía cosa de verad sino pesadilla.

—¡Venir á América—exclamaba Borona entre interjecciones soeces y tirándose de los pelos—trabajar como acémila, hacer el amor con la paciencia de un perro y atarse con el matrimonio para dar en la miseria de ruines tres mil duros! Y ¡tener que pagarle seiscientos de ellos á su ex-patrón! Borona reflexionó mucho sobre aquella desgracia y pronto apareció dominándole la atrabilis que le arrastraba á maltratar de palabra y aún de obra á *su señora*. Y pronto la tristeza arrebujada en su albornoz de sombra se sentó en aquel hogar.

A fuerza de reflexionar el abarrotero concibió un segundo *proyecto*. Tenía Hortensia una hermana menor, Blandina, niña apénas núbil, alta, delgada, esbelta y linda como vara de nardo, inocente y buena como una palomita. A ese ángel le echó el ojo el *gachupín* para su *proyecto*. Si lograba casar á Blandina con su dependiente

Digitized by Google

el batueco que era tan alma de cántaro; él (Borona) manejaría los otros tres mil durillos. Pues ¡manos á la obra! Una noche se entabló este diálogo entre patrón y dependiente.

—Oye, Toribio, ¿has *notao* qué guapa es mi cuñadita?

—¡Uh! sí, D. Antonio es una perluca la niña Lupe.

—No digo esa, penco, la otra, la Blandina, que sí es oro en paño.

—¡Uh! sí, guapa como el peral del tío Roque de mi pueblo.

—¿No te gustaría para casarte con ella?

—¡Uh! si yo soy un pobre, mas feo que el enanuco del Rey del cuento que me contaba mi *agüela*.

—Eso no hace al trapantojo. Haremos un trato.

—Usté determine, patrón,

—Tú le cantas el amor á la mocita, yo te protejo y hago que *mi señora* te ayude y si te casas yo administraré el dote, porque tú no sabes.

—¿Estamos?

—¿Qué si estamos? Por el Cristo de Burgos que vino por la mar, que sí—replicaba el batueco sonriendo sandiamente.

Digitized by Google

IX

La tarde de un domíngo Hortensia consumó el gran sacrificio, no por generosidad, no por grandeza de alma, por vileza, por cobardía. Su marido la había urgido con brusquedad, con amenazas á que inclinase el corazón de Blandina á aceptar el amor de Toribio, y ella no pudo resistir, tuvo miedo, y ella, la altiva, la desdeñosa, humillada como leona á los golpes del domador, comenzó mansamente á insinuar en el ánimo de su hermana que ya era tiempo de que amase. La débil niña la escuchó asombrada al principio, pintóse luego de rubor y acabó por sonreír como una loquilla. Hortensia, cuando hubo terminado su coloquio con ella, no pudo más, salió á la próxima habitación á enjugarse los ojos, el alma se le despedazaba de haber tenido que desempeñar tan innoble papel y con su propia hermana. Comenzó ésta á recibir cartas, que redactaba y escribía Borona, porque su dependiente—decía él—no andaba poco lerdo que digamos en estilo y orto-

Digitized by Google

grafía; pero con todo eso las dichas cartas resultaban, como su autor, insoportables. La chica se divertía con ellas, rogaba á Hortensia que se las explicase, lisonjeábala que le dijesen piropos aunque fueran de batueco y agradábala sobre todo, que la dijesen fruslerías. Cierta vez la envió Toribio por consejo de Borona un rorro muy grande, muy rubio, de ojos muy azules, que decía: *papá y mamá,* que la hicieron creer entre la hermana y el cuñado era su vivo retrato y que la hechizó por completo. Lo que acabó de prender en amor el corazón inocente de Blandina fué ¿quién lo creyera? el oír las zafias pláticas de Toribio. Los domingos en la tarde, que el patrón le permitía subir á conversar un ratito con ella, él hablaba apénas, todo cortado y lleno de turbación; más cuando la niña le preguntaba de su tierra y familia, el pobre mocetón se soltaba contando con humilde franqueza los trabajos de su infancia pasada en guardar ovejas en los hórridos y escarpados riscos de su patria, cómo *la quinta* le había arrancado de su hogar, la tierna despedida de su madre cuando se apartó para siempre,

Digitized by Google

sus penas en la guerra de Cuba, los bancos de palos que recibió en el cuartel y su fuga al través de la *manigua*. Y le mostraba sus horrendas cicatrices y sus brazos *tatuados* y alguna que otra lágrima rezagada que tenían los ojos del pobre imbécil y Blandina acababa por llorar de compasión. Era aquello reproducción, algo cursi, de la escena en que Otelo le relataba sus aventuras á Desdémona, hasta por el contraste que hacía el membrudo y moreno jayan con la delicada y blanca niña. En suma, que enredada Blandina en tantos hilos, como de consuno tejían su hermana, su cuñado y el batueco, cayó indefensa como mosquita en telaraña. Sus amores tuvieron mucho de forzados, lo que tiene de feo una flor que sorprende en capullo y abre á mano el jardinero. Pero al fin Toribio la llevó al altar, y fué ese día el pobre sin hallar qué hacerse con las mangas de la primer levita que le llegaban hasta las falanges, y con la corbata que pugnaba por estrangularlo.

X

D. Antonio Borona allí está muy satisfecho, orondo, radiante, en su nueva tienda *"La Audacia."* Esta sí que es tienda, con cinco puertas, rótulo de marmaja y oro, escaparate de limpio y ancho cristal, colmado de botellas lujosas, de chorizos, uvas, frutas secas, langostinos y tortuguitas vivas, con su piso nuevo cubierto de aserrín, su mostrador esbelto coronado de modernas balanzas, de bandejas con viandas y del enorme queso de Gruyére, sus pilas de cajitas de conservas y sus ringleras de frascos y botellas desde las cristalinas y sutiles de anisete Mayorquin hasta las barrigonas y negras que contienen el aristocrático Champaña. Esta sí que es tienda, establecida con los dineros de su mujer y su cuñadita. Ahora sí que Borona marcha boyante y feliz. Allí está Toribio trabajando siempre como un negro, y allí está también clavado en una de las puertas un escudo de hoja de lata con un dragón rojo en campo negro, señal de que la casa está ase-

Digitized by Google

gurada de incendio, porque el previsor Borona ha tomado una póliza de diez mil pesos por lo que pudiere acontecer; en fin, que Borona ha concebido un tercer *proyecto*.

XI

Borona y sus dependientes dormían en la trastienda. Todo era obscuridad en el interior de *"La Audacia."* Se escuchaban en sinfonía los acompasados ronquidos de Toribio y sus compañeros. Antolín levantó la cabeza en su cama.— Duermen profundamente — dijo para sí y se escurrió de las sábanas descalzo y medio desnudo. Anduvo á tientas rumbo al mostrador, se metió debajo de él, volcó por torpeza un alcuza de aceite, dió al fin con lo que buscaba, una garrafa con aguardiente, raspó un fósforo con mucha cautela, lo aplicó á la superficie del líquido. La llama azulada é indecisa comenzó á levantarse, serpeó fluctuando y llenó el vaso. Antolín la vió crecida ya y vigorosa, retiróse del sitio y se metió en su cama. Es de saber que Borona llevaba diez días de estar

Digitized by Google

vaciando la tienda clandestinamente, substrayendo y vendiendo lo que de más precioso había en ella y en vista de lo cual la Compañía aseguradora había extendido la póliza de diez mil duros. Antonio esperó con suma inquietud en su lecho, observando minuciosamente los reflejos pálidos y violáceos que podían verse por la puertecilla entornada. Después de un minuto los reflejos se tornaron más vivos y amarillentos: la madera del mostrador ardía ya. Antolín aguardó alerta. Un olorcillo acre flotaba en el ambiente, la claridad aumentaba, pronto se oyó el zumbido de las llamas. Antolín saltó de la cama gritando: ¡Toribio! ¿qué se quema? ¡Toribio! Sacudió por el brazo al batueco, despertó éste azorado, dieron voces, se incorporó otro de ellos y Antolín ganó el patio gritando: ¡Socorro! ¡socorro! Media hora después el incendio de *La Audacia* estaba en su apogeo. Inmensas lenguas de fuego escupidas por las cinco puertas lamían retorciéndose los muros, el mostrador mercantil sudaba gruesas gotas de una mezcla indefinible, entre la trápala de las llamaradas se oían en su vientre

Digitized by Google

los traquidos de las botellas y estallar con estruendo de cañonazos los barriles medio vacíos y la humareda, espesa y teñida de reflejos, se agitaba en los aires como revolviendo sus brazos en los espasmos del dolor. En la calle los bomberos atropellaban gente, muchos jefes de policía y próceres y militares, que habían venido daban órdenes contradictorias, la plebe se había apiñado y de aquí allí, levantando las manos al cielo, llorando, desseperándose y dando voces de que estaba arruinado. Pues, señor, que la lumbre se lo comía todo y que Borona con algunos trabajos logró que la Compañía aseguradora le pagase las diez mil águilas.

Diez días después Antonio había desaparecido, su mujer se volvía loca de dolor, muchos pensaban que se había suicidado de pesar, el batueco Toribio le buscaba afanoso por todas partes y algunos, paisanos de Borona, al oír los rumores, que en público andaban, sonreían maliciosamente. Y Borona no parece hasta el día.

Digitized by Google

XII

Tal fué la historia que me contó en el cenadorcito de las rosas blancas la misma Hortensia. Llegó una mañana acompañada de mi madre á ese lugar cuando yo estudiaba. Estaba inconocible, demacrada, sin poder tenerse en pie, la respiración fatigosa y descompuesto el semblante, Había quedado en la última miseria y enferma del corazón. Como supiese que yo estaba en el pueblo, donde una antigua compañera de colegio la tenía de limosna en su casa, fué á contarme sus penas para consolarse algo y á despedirse de nosotros para siempre porque se iba á otro día al hospital, de donde temía no salir más. Yo la pregunté por su hermana, cuando hubo concluído el relato de su infortunio.

—Está muy pobre—me dijo—Toribio gana al mes veinte pesos y no cuenta con más. Figúrese usted á la desdichada de Blandina viviendo en un cuartucho, muy mal vestida y medio muerta de hambre.

—Y ¿sabe usted algo—la pregunté

Digitized by Google

—del rumbo que tomó su esposo?. .

—Sé que está en una republiquita *mayor ó menor* de Centro América, haciéndose muy rico en negocios puercos con el gobierno.

Todos callamos. María Hortensia sonrió con infinita amargura, enseñando sus dientes *blancos, apretados, firmes y parejos,* que aún quedaban como ironía del pasado en aquel rostro disforme y macilento. Cuando la acompañé hasta la puerta, no habló casi nada. En la puerta me despedí de ella con esa tristeza profunda con que se ve partir á álguien, que nunca se ha de volver á encontrar en la tierra. Yo estaba convencido de que se despedía para siempre. Lleno de conmiseración la ví alejarse apoyándose en la pared; y pensé en Dios, mar en que se lavan las almas y beben el olvido de sus desdichas.

P. D.—Sobre la plancha, no del todo limpia, del Hospital H. yacía un cadáver de mujer, cuya blancura y fineza indicaban que era de gente algo distinguida. El Dr. Gal, nuestro conocido, daba una lección práctica de patología interna, había rasgado el pecho con gran maestría y mostraba en

Digitized by Google

su mano el corazón de la muerta, el corazón de Hortensia ¡infeliz! haciéndoles notar á los discípulos la descomunal hipertrofia del músculo. Uno de los estudiantes, algo romántico, murmuró:

—Esa mujer debe haber amado mucho y sufrido más.

—¿Por qué lo dice usted?—preguntó Gal.

—Por el estado de ese corazón.

—No; si la ciencia moderna ha demostrado que el corazón no es órgano de sentimiento alguno.

—¡Ah!

Digitized by Google

ERA UN ANGEL....

I

Yo le dí la primera comunión una mañana del mes de Mayo en aquel templecito blanco, circuido de fresnos, á cuya puerta se levantan como centinelas dos adelfas, que ese día estaban engalanadas de púrpura, casi cubiertas de flores. ¡Qué hermoso era Miguel, qué bueno, qué inocente! Su bondadosa madre cifraba en él las mejores esperanzas de su devoto corazón: creía que su hijo había de ser con el tiempo un santo sacerdote.

Yo leí más de una vez en sus ojos la candidez inmaculada de su alma. Yo supe por las palabras de sus labios incontaminados sus primeros pensamientos que tendían á Dios alados y resplandecientes; y sonreí con satis-

Digitized by Google

facción como el agricultor al ver tras de la primera lluvia las verdes lletas del trigo naciente, que pugna por abrirse paso en la esponjada gleba.

Cuando le iba á dar la comunión, abrió de par en par sus ojos azules y obscuros. Llenos de lágrimas se parecían á las violetas que en el valladar de su casita de campo la mañana escogía para guardar sus mejores gotas de rocío. Cuando le puse en su dulce boquita la forma consagrada, me empapó de llanto. Y lloré....de gozo... casi tanto como su madre.

II

Cinco años después fuí una mañana al templecito blanco de los fresnos y las adelfas, mas no á darle de comulgar á Miguel, de quien no sabía el paradero; á arreglar la conciencia desbarajustada de una pecadora afligida. Cuando regresaba en el tranvía, entró un jovencito rubio y tomó asiento frente á mí. Era Miguel había crecido mucho; aun era bello, pero su hermosura limpia de otro tiempo tenía no sé qué de abandono y desaseo muy notables. Un velo inexplicable

Digitized by Google

envolvía sus pupilas semejantes á una fuente enturbiada cuando el ganado la ha revuelto al abrevarse; y el bigotillo y la barba incipientes eran á su cutis delicado lo que el jaramago á un muro que empieza á arruinarse, lo que la maleza á un barbecho abandonado.

Luego que advirtió mi presencia procuró hacerse el desconocido; inclinó la cabeza para ocultarme su rostro con el ala de su sombrerito de paja, y abriendo un libro, que en la mano traía, comenzó á leer ó á fingir que estaba leyendo. ¿Por qué se me escondía Miguel? Ni deuda ni ofensa tenía pendiente conmigo.

Yo me dí á mirarle con insistencia por sobre las hojas impresas de negro y rúbrica de mi Breviario, y pude notar que se iba enrojeciendo. A l fin no pudo soportar mis miradas y, aprovechando un instante en que me asomé por la ventanilla del coche, se levantó y salió á la plataforma posterior del vehículo. Yo seguí mirándole á través de los vidrios pegoteados de avisos ferrocarrileros. Ahí medio sentado sobre el filo del pecherón de fierro continuaba con la vista en el libro, como

Digitized by Google

vergonzoso y sin hallar qué hacerse. Y yo le veía y veía también la ferrovía que íbamos dejando atrás, cuyos rieles atersados y brillantes parecían ir perdiendo á lo lejos su paralelismo y acercándose el uno al otro hasta confundirse en un punto que luego desaparecía en lontananza, como se confunden y desaparecen las cosas del pasado, cuando de ellas estamos muy distantes.

¿Por qué no me hablaba Miguel? ¿Por qué huía de mí?

III

La noche de ese día, en que me encontré con mi antiguo hijo espiritual, volvía á mi domicilio después de ayudar á bien morir á un enfermo, y al entrar por uno de los portales hoy derruidos me hicieron volver la cabeza los gritillos y risotadas de una de tantas mujercillas como infestan las calles céntricas de nuestra benemérita ciudad, á las primeras horas de la noche. La perdida forcejeaba con un hombre decentemente vestido por quitarle algo que llevaba él en la mano. La luz del vecino arco eléctrico le dió

Digitized by Google

de lleno al calavera, rutiló irizándose en el diamante de su sortija y pude ver su rostro. Era. . . . Miguel. Sentí misterioso escosor en mi mano derecha, como si en ella estuviera aún reciente y tibio el llanto con que me la mojó Miguel cuando le puse en la boca la hostia consagrada. Involuntariamente procuré limpiarla en los embozos de mi capa. Tenía Miguel razón para no hablarme y para huir de mí.

Digitized by Google

ORO Y GULES.

(CUENTO HERALDICO).

QUE noche tan obscura y tempestuosa!

El estrecho camino que lleva á Jamay, pueblecito ribereño del lago de Chapala, camino encajonado entre un cerro alargadísimo y las movedizas aguas de la laguna, parecía desierto y horrible. Oíase sonar el viento en los matorrales remedando gritos de fuina, á los cuales se mezclaba el hueco rumor de las pequeñas y repetidas olas del Chapala, que al chocar en la orilla hacían algo como el resuello de muchos que se estuviera ahogando. Y sonaban también con intermitencias los goterones de las nubes, que iban

Digitized by Google

pasando arrebatadas por el aire del norte, con ese ruido que rompe de pronto, recrece furiosamente y cesa á lo mejor. No se alcanzaba á ver más luz que un punto rojo engastado en lo alto del cerro, punto casi mate, sin destellos, medio ahogado por tanta tiniebla. Era el farolillo, que noche con noche encienden en la puerta de la ermita consagrada en aquellas asperezas á Nuestra Señora de Guadalupe. A veces un relámpago hacía flamear su bandera de mil pliegues por el nubloso cielo, arrastraba vertiginosamente sobre la inquieta laguna lampos disolventes y vagos, que apenas alcanzaban á rielar en la superficie; y entonces se veía el pedregoso camino culebreando entre monte y agua, los riscos parecían hacer sesgos, y la cresta del monte se destacaba obscura en el cielo menos obscuro, para borrarse muy pronto como una raya que se traza en el agua.

Pudieron escucharse luego pisadas de caballos que galopaban. Dos ginetes desembocaron por aquella parte donde el camino encorbándose en forma de hoz es más estrecho y guijarroso, Sus caballos estornudaban cabe-

Digitized by Google

ceando con frecuencia, señal de haber corrido mucho.

—Ya podemos ir al paso—dijo uno de ellos con voz sorda acortándole la rienda á su cabalgadura.

Sí, ya estamos al otro lado de Jamay. Ese pueblo me da temor. ¡Son tan pérfidos sus habitantes!

—Ya me tienen sin cuidado. Hagamos nuestras cuentas.

—Veamos si el viento nos deja encender un cigarro. El que esto dijo logró después de dos tentativas inútiles inflamar una cerilla, y, teniendo con el dedo meñique de la siniestra la brida de su caballo, ahuecó las manos para proteger la llama é inclinó la cabeza con el cigarro en la boca. Bañóle entonces el rostro el recogido fulgor de la cerilla. Era joven, como de veinticinco años, de semblante torvo y desalmado, de ojos muy brillantes, de bigote negro y bien recortado. El otro se inclinó también hacia la luz para ver un objeto que sostenia con ambas manos. Y vió en efecto con feroz complacencia una mascada de China amarillenta empapada en sangre; y en el ajado regazo de ella un montoncito de onzas de oro españolas,

Digitized by Google

que fulguraban al escaso reflejo de la cerilla con intermitentes destellos.

—Vamos, que te llevaste lo mejor—dijo el del cigarro.

—Y ¿la red con escudos que tú traes?

—Yo no, me la ha quitado Martínez. Yo sólo pude sacar una talega con pesos que va en los vaquerillos de mi montura.

—Ya te conozco, Balcárcel, tú nunca dices la verdad.

—Déjate de historias. Lo que has de hacer es tirar esa mascada que está llena de sangre, tío Tonche.

—Tienes razón.—Luego ambos callaron como preocupados. se oyó un crujir de seda que se rasga y el caer de un cuerpo pequeño á la laguna.

—Ahora sí—exclamó tío Tonche—hasta Ocotlán y mañana. . . . será otro día. Y los ginetes se perdieron en las revueltas del camino.

II

Esa misma noche, á eso de las nueve, acababa de cerrar dos puertas de su tienda Don Policarpo Torres de la

Digitized by Google

Riva y entornaba la tercera de aquella tienda que está en el costado de occidente de la plaza de la Barca y en cuya fachada hay un rotulón enorme donde se lee "Los dioses del Olimpo" con letras entrelazadas de figuras mitológicas. Don Policarpo era el tipo del avaro lugareño. Hijo de españoles, recalcitrante á toda innovación, entregado al comercio desde sus primeros años, jamás había querido casarse ni vivir acompañado. Se afeitaba todas las mañanas muy temprano toda la cara, se envolvía en su capa de paño azul que había estrenado cuando era mozo, se calaba el alto sombrero de faldas anchas, iba á misa primera, volvía á abrir la tienda de abarrotes y ropa, recibía á sus dos dependientes, se desayunaba y comía de la fonda, vigilaba el comercio todo el día, á las seis de la tarde tomaba chocolate, despedía á los dependientes porque durante la noche no lo robaran, cerraba él mismo sus puertas y se metía por aquel caserón enorme, solo, sin un criado siquiera, á dormir en su ruín alcoba. Eso se disponía á hacer la noche que digo cuando un hombre embozado en una manta negra de pelo se presentó á su

Digitized by Google

puerta y le dijo con acento distinguido y buenos modales:

—¿No me podrá usted hacer favor de venderme unos cigarros puros?

Don Policarpo le vió de piés á cabeza, sintió el frío de la desconfianza y quiso decirle que no era hora. Pero el deseo de vender algo y á buen precio, junto con el aspecto elegante del comprador lo hicieron responder: Sí, señor, pase usted.

Don Policarpo saltó el mostrador con la dificultad que le imponían sus muchos años, y se encaramó sobre el sotabanco para bajar los cajoncillos de cigarros. Cuando volvió la cabeza siete embozados estaban dentro y habían cerrado cautelosamente la puerta. Tores de la Riva quiso dar voces y pedir socorro; pero al instante subió hasta donde él estaba uno de los embozados, le cogió por el cogote y vió Don Policarpo el relámpago de un puñal en la mano de aquel hombre, sintiendo el frío de la acerada hoja cundirle por todo el cuerpo. Los bandidos lo rodearon; todos llevaban pañuelos que les cubrían las caras hasta abajo de los ojos. Uno de ellos rugió con voz fingida: Viejo tacaño, entréguenos todo el

Digitized by Google

oro que tiene.

—Yo no tengo oro—contestó Don Policarpo haciendo un gesto de amargura.

—¿Cómo es que no tiene? Vengan las llaves.

—Tampoco tengo llaves.

—Délas por la buena, Don Policarpo—agregó el que había entrado so pretexto de comprar tabacos y que era el mismísimo Balcárcel.

—No perdamos tiempo en rogarle —dijo otro. Y el que primero le amagó, levantando con suavidad el puñal clavóle la punta sobre los huesos del torax al lado derecho. Torres sintió un dolor agudísimo y vió á la muerte asomar la cabeza y reírse de su situación. Las llaves—les dijo—están en el bolsillo derecho de mis pantalones. Dos de los embozados le acabaron de maniatar por detrás, un tercero se abalanzó á sacar las llaves, y ya con ellas en la mano comenzaron á abrir cajones y armarios y á extraer cuanto de precioso había en ellos. Pero encontrando que algunas arcas no se abrían con aquellas llaves, le exigieron las otras, que eran menester. Como él negase tenerlas, el bandido que le lleva-

Digitized by Google

ba agarrado por el lagarto del brazo le hundió el puñal algunas líneas más. El infeliz Torres de la Riva les indicó un escriño en que estaban las otras llaves. Pero al inclinarse para sacarlas el heridor de Don Policarpo se le desprendió el pañuelo que lo enmascaraba y apareció una cara de indio con ojos pequeñitos como de cerdo, una brocha de cerdas en la barba y unas cuantas cerdas por bigotes. Era tío Tonche el que en sus mocedades había sido dependiente de Don Policarpo.

—Antonio, no seas malo—exclamó al reconocerle Torres—róbame; pero no me asesines.

—¡Ah! ¿me conoce?—dijo tío Tonche y golpeó con la mano cerrada el pomo del puñal para que entrase otro poco en el pecho del infeliz.

Así transcurrió gran parte de la noche. Don Policarpo, en medio de aquella gazapina de infames recorría los aposentos de su casa aguijado á pinchazos, que ya no sólo en el pecho, sino por todo el cuerpo le propinaban, iba con pasos vacilantes, descolorido, con la frente cubierta de frío sudor, padeciendo á veces estremecimientos

Digitized by Google

convulsivos como si la muerte le hiciera cosquillas, dándoles á los asaltantes posesión de todo. Ellos escudriñaban arcas, roperos y cajones, volcaban baúles, esparcían por el suelo paquetes de medias de seda, piezas de brocado, telas de China, bretañas y cambayas, sacaban de las cajas fuertes y cofres, costalitos llenos de duros, torreones de onzas y alhajas antiguas y regaban de vino y sangre el pavimento.

III

A la mañana siguiente dos sobrinas de Don Policarpo, que iban á Misa de cinco pasaron frente á la tienda y vieron una de las puertas á medio cerrar y que había luz dentro. Creyeron que estuviese enfermo el tío, determinaron cerciorarse. Una de ellas asomando la cabeza preguntó:

—¿Qué está usted malo? tiyito

—Entra, Concha, hija mía—respondió una voz muy apagada.

Concha entró y halló á Don Policarpo en un lago de sangre, tendido en el piso con el busto recargado en el frontal del mostrador.

—¡Por Dios!—exclamó la joven

Digitized by Google

azorada—¿qué le ha sucedido á usted?

—Me han robado cuanto poseía, todo, todo, los ahorros de sesenta años y lo que me dejaron mis padres; me han asesinado.

—Pero. . . . . .¿Quién? Corro á traer el médico.

—Trae al cura, porque me muero.

Concha dejó á su hermana Martina guardando al herido y fué presurosa á llamar al sacerdote.

Tres horas mas tarde entregó su alma á Dios Don Policarpo Torres de la Riva rodeado de sus sobrinos, no sin que antes hubiera reveládole á su sobrino Juan, hermano de Concha y Martina, secretos terribles acerca de sus matadores.

Por otra parte, el crimen de la Barca quedó impune por un misterio inexplicable. Los asaltantes de "los dioses del Olimpo" permanecieron ignorados, aunque la murmuración pública solía pronunciar muchos nombres, entre los cuales figuraba el de cierto sujeto, que en aquellos días ejercía autoritativo cargo en el cantón.

Digitized by Google

IV.

Tío Tonche, el jefe, ó cuando menos el guía de aquellos bandoleros, se radicó por fin en la capital de la República y dedicóse á adular á un prócer del liberalismo con tanto empeño y tan buena fortuna que muy pronto resultó electo diputado al Congreso de la Unión por un distrito de Jalisco, precisamente aquel donde se cometió el asesinato. Ya la creo, si Tío Tonche, ó como ahora se llama Don Antonio García y Sánchez, le adivinaba los deseos al Señorón, á cuya sombra se había arrimado. Le regalaba cajas de añejos vinos, puños de oro repujados para bastones, gemelos de brillantes para la camisa y hasta caballos normandos mandados expresamente traer, todo con el oro del infeliz Don Policarpo Torres de la Riva, á quien Dios haya perdonado. Era Tío Tonche el brazo derecho de ese personaje para algún asesinato proditorio, que se ofreciese, para *proteger* huérfanas ó viudas que al personaje le *hubiesen caído en gracia,* y para todo lo malo

Digitized by Google

que aquel feliz mortal intentase en la bondad de su olímpico corazón.

Era ó es también Tío Tonche un anticlerical de siete zuelas, que trabaja por arrancar del pueblo mexicano el fanatismo, la abyección, la ignorancia y demás ruindades en que mantiene sumergido al país el clero, el odioso clero. Y en ese papel está perfectamente Tío Tonche, porque solo le faltaba al clero tener por adicto y amigo á un hombre que vale lo que ése

Todavía falta algo: Don Antonio García y Sánchez es. . . . noble, es ilustre. La otra tarde—que acompañado por Julio Torres de la Riva, el hermano de Concha y Martina y sobrino de Don Policarpo (q. g. h.), esperaba yo que nos dejasen paso los muchos carruajes que transitaban lentamente por las calles de San Francisco, ví pasar muy cerca un *cupé* reluciente y pavonado con altos é impacientes frisones, del cual me llamó la atención un blasoncillo acuartelado de oro y gules en la portezuela. Busqué al dueño de aquel escudo naturalmente. Y ¡cuál sería mi asombro al contemplar arrellanado dentro del coche y con un aire que decía: *míreme qué*

Digitized by Google

guapo, á un hombre muy moreno, de colosal abdómen, con sortijas de diamantes muy gordos en los dedos, ó un hombre indio con ojos pequeños como de cerdo, con unos cuantos pelos hirsutos en la barba y el bigote!

—¿Qué, no es él?—pregunté volviéndome pasmado hacia Julio.

—En persona—respondióme sonriendo de un modo terrible.

—Y ese escudo de armas?

—Lo mandó pintar.

—Pero ¿qué significa? Oro y gules. . . .

—¡Qué ha de significar! Que en el oro que le robó á mi pobre tío y en la sangre que le hizo derramar estriba toda su nobleza.

Y ¡luego dirán que la heráldica es cosa del tiempo viejo!

FIN.

Digitized by Google

Digitized by Google

INDICE.

	Páginas.
Dedicatoria	3
Rosa-Cruz	7
Las Educandas de S. Amor.	61
Las Dos Hermanas	106
La Monja	152
Los Pescadores de Dotes	194
Era un Angel	222
Oro y Gules	227

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS

3024365155

0 5917 3024365155

MODERNA LIBRERIA RELIGIOSA
JOSE L. VALLEJO S. EN C.
SAN JOSE EL REAL Nº 8.
MEXICO.

Digitized by Google